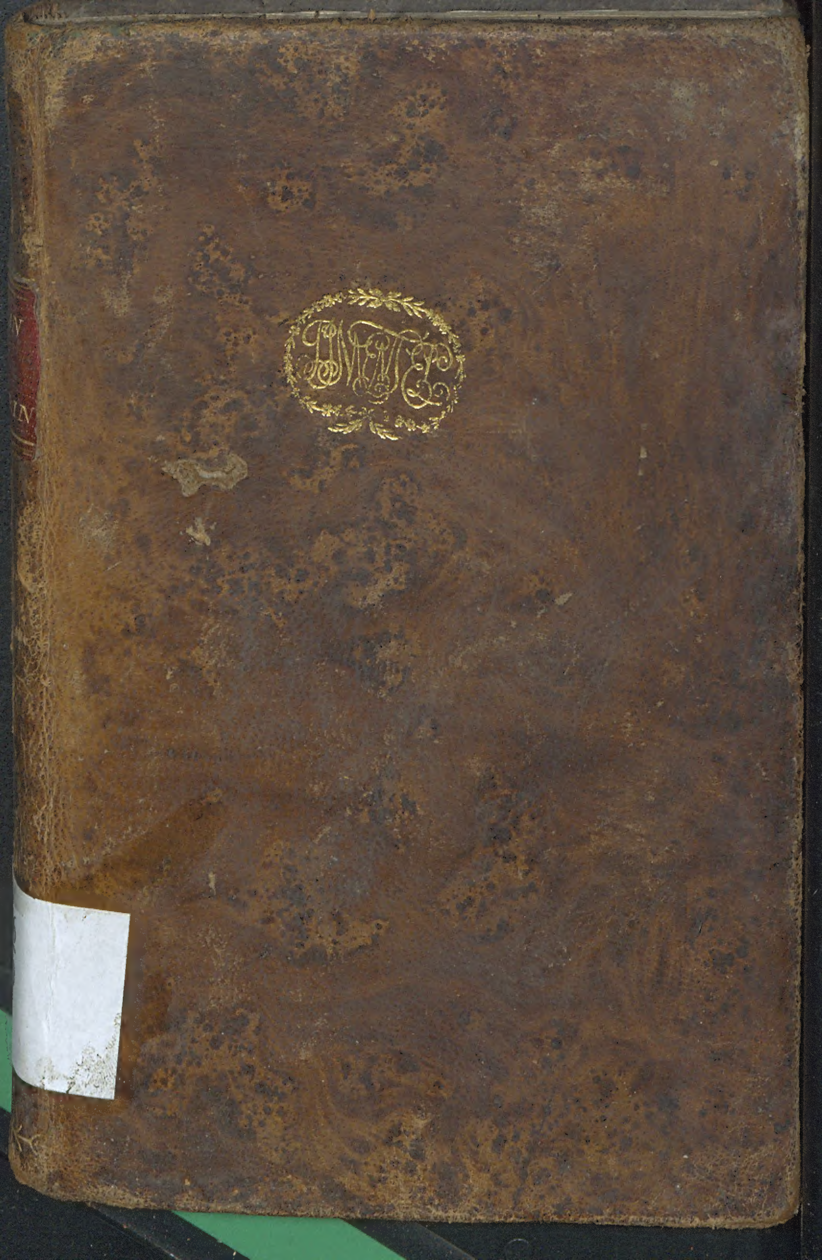
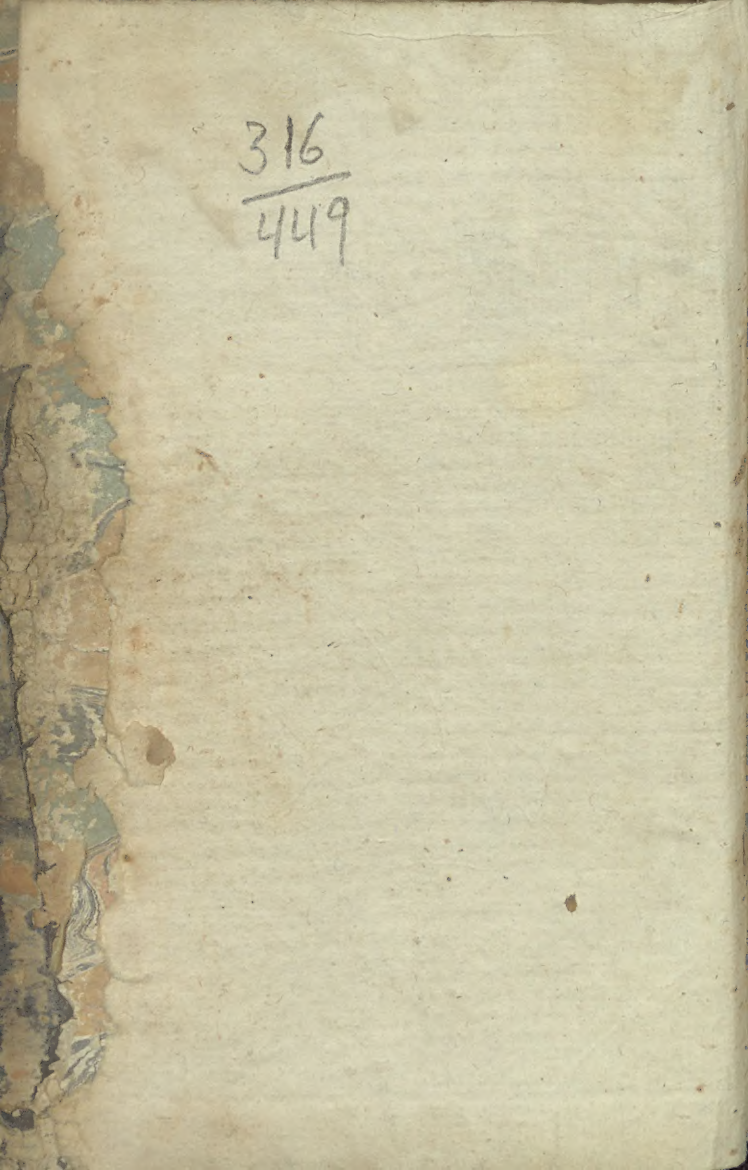







316
449

EL DEAN DE KILLERINE,

Ó SEAN

*MEMORIAS DEL CONDE DE ****

ESCRITAS EN FRANCES

POR MR. PREVOST,

Y TRADUCIDAS AL CASTELLANO

P. D. J. A. U. Y M.

SEGUNDA IMPRESION.

TOMO IV.

MADRID MDCCC.
POR DON PLÁCIDO BARCO LOPEZ,
CALLE DE LA CRUZ.

EL DEAN DE KILLERINE.

LIBRO DÉCIMO.

No teniendo que me pudiesen reconvenir de exceso, quando se trataba de probar mi cariño y mi zelo á mis hermanos, pensé en pasar yo mismo á Madrid; pues á un hombre tan curioso y deseoso de instruirse como yo no le faltaban pretextos. Este fué el único motivo que tuve para decírselo al Rey Jacobo, porque queria evitar todo lo que pudiera disminuir la opinion que S. M. tenia de la firmeza y valor de mi hermano. Mi cuñada no era tan conocida, que hubiese llamado la atencion del público con su enfermedad y muerte, cuya noticia no habia llegado á S.German, y por lo mismo no dudé que pudiésemos tenerla oculta igualmente todo el tiempo que á nosotros nos pareciese conveniente. Al dia inmediato me fuí á la Corte, y obtuve del Rey, sin explicar el motivo, permiso para hacer el viage de España. Puso no obstante límites á mi ausencia, pero el motivo era para mí de mucho honor. Con la esperanza que tenia de que iban bien sus armas en Irlanda, me dixo que procurase darme prisa á volver para aumentar su Corte quando el felíz éxîto de sus cosas le per-

mitiese restituirse á sus Estados; y aun fixó mi vuelta al principio del invierno; esto es, á una situacion en que el fin de la campaña le indicase el juicio que podia formar de la fortuna. ¡Esperanza frívola, que fué despues desmentida por una multitud de acontecimientos muy opuestos! Pero por la misma razon habia depuesto algunas semanas antes el intento de mandarme pasar á Irlanda, para apoderarme del tesoro de Milord Linch. Por grande que fuese la facilidad que hallase en sus primeras ideas, quando se imaginaba que sus tropas me podrian favorecer, juzgó despues tan ventajosamente de su expedicion, que creyéndose cada dia en vísperas de una señalada victoria, contaba ir á recoger el tesoro con sus propias manos, y desistió de su intento.

Como estaba yo seguro de partir para Madrid, y jamás mis preparativos pedian ni mucho tiempo, ni un gran cuidado, solo dilaté mi salida hasta el dia siguiente. Retardó mi proyecto, y aun quasi me obligó á abadonarle del todo cierto incidente que no me habia ocurrido. ¿Podria nadie imaginarse que hubiese obstáculos capaces de detenerme, si no declarase yo de ante mano que el único que hubo podia' obligarme á renunciar á otra cosa todavia mas urgente, ó formar con el mismo intento empresas mil veces mas penosas y dificiles?

No habiendo cosa alguna que nos precisase á comunicar á Sara Fincer la muerte de mi cuñada, ni el motivo de mi viage, me proponia despedirme de ella con las demostraciones re-

gulares de mi estimacion y afecto, sin hablarla de otro modo de mi partida, que encargándola cuidase mucho de su salud en mi ausencia. Supe no obstante al llegar á S. German, que habia enviado á preguntar muchas veces por mí con la mayor ansia, y luego que pasé á su casa fué extrema mi admiracion al oirla hablar, no solo de la muerte de mi cuñada, sino del proyecto de mi viage, como si hubiese sabido de mí mismo ó del Conde hasta las mas menudas circunstancias. Algunas palabras que se la escaparon acalorada de los diversos movimientos, cuya naturaleza tardé algun rato en conocer, me dieron tambien á entender que no ignoraba las aventuras de su rival, ó què á lo menos sabia de ellas todo lo que no habia sido únicamente confiado á la discrecion del Conde y á la mia. Yo la miraba atónito, aguardando en lo que iba á parar aquel preludio. Levantándose en fin de su silla con una accion tan viva, que no pude equivocarme mucho tiempo en su verdadera causa, me dixo: ¡Ah, mi querido Dean! creeis que os dexe yo marchar solo á España, quando el Cielo me vuelve la vida por tan felices acontecimientos? ¿Hay por ventura alguna otra persona que vos en el mundo á quien mejor pueda fiar el éxito de mis esperanzas? Tengo las pruebas mas generosas de vuestra amistad; y si me fuese preciso fiarme de otro que de mí para executar lo que deseo, no tendria que ir mas lejos para escoger un protector y un ministro en vos. Pero lo que al presente os ruego, es que seais mi guia. Llevadme con vos: no tengo obs-

táculo alguno que vencer, que pida el miramiento de vuestra prudencia: solo deseo llegar á Madrid, y me atrevo desde entonces á esperarlo todo de la fuerza de la honradez y del amor.

Habiéndome recobrado durante este discurso, comprehendí lo que confieso que la multitud de mis ideas y ocupaciones no me permitió considerar hasta entonces; esto es, que la muerte de mi cuñada volvia á Sara fundadas esperanzas en su legítimo derecho, y que no teniendo ya que contrarrestar en el corazon de mi hermano otra cosa que el pesar, no era imposible que él tomase respecto á ella sentimientos, á que mil veces reparé le pesaba no poder rendirse. ¿Porqué se habia de obstinar en rehusarla su corazon? ¿no hallaba en ella todas las virtudes y gracias que antes no pudo menos de admirar? Me parecia tambien que su paciencia en medio de tantos trabajos la daba un nuevo lustre; y sea que el afecto que yo la tenia aumentase á mis ojos su mérito, sea que efectivamente hubiese sacado este fruto de la adversidad, mil veces advertî desde que estaba en casa del Conde, que su entendimiento, su dulzura, su política y su modestia se perfeccionaban cada vez mas. En el instante mismo en que hacia yo retroceder mis reflexîones á lo pasado, no dexaba de hacer una observacion presente, que por sí misma llamaba mi atencion. Informada, como conocia yo que lo estaba, del desarreglo de mi cuñada, me admiré de que no se la escapase ninguna expresion denigrativa, ni

la menor señal de aquel gozo insultante que tan fácilmente siente una muger con los infortunios de su rival. Apenas pronunciò su nombre; y este esfuerzo que hizo sobre sí misma aumentó la opinion que siempre tuve de su dulzura y de su modestia.

Sin embargo unas expresiones que me cogian tan de nuevo me pusieron en un apuro de que me costó mucho trabajo salir. Necesitaba yo de alguna deliberacion para exâminar si tenian alguna cosa que las hiciese no poder executarse. ¿Podia acaso renovarse un matrimonio que se habia anulado públicamente? ¿y si la separacion fué legítima, podrian volverse á unir sin un nuevo vínculo? ¿qué probabilidad teniamos tampoco de disponer á Patricio á recibir una nueva esposa en el mismo momento que supiese la pérdida de la que únicamente amó? Este último pensamiento era por sí solo suficiente para inspirarme mi respuesta, y por lo tanto dexé la discusion de los otros para tiempos mas libres. Sin hacer otra objecion á Sara, que la que se presentaba tan naturalmente, la pregunté si los primeros momentos del dolor eran un tiempo apropósito para conseguir el efecto de sus esperanzas. Convino en la fuerza de este obstáculo; pero manteniéndose igualmente firme en su resolucion, me propuso mil expedientes que la parecian capaces de conciliar todas las dificultades. Yo me guardaré muy bien, me dixo, de presentarme desde luego con vos. Lo veréis solo para participarle la muerte de su dama. Vuestro zelo y vuestra prudencia se emplearán en

moderar los primeros movimientos de su dolor; y quando le creais dispuesto á recibir mi visita, me esforzaré por mi parte á hacerle admitir mis consuelos. Si lo que él echa menos es el placer de ser amado, ¡ay! bien pronto conocerá que lo que le queda excede á todo lo que ha pedido.

Este exceso de amor y de bondad me arrancó lágrimas y elogios; pero temeroso siempre de un proyecto en que se me ofrecian mil dificultades invencibles, si no me obstiné en condenarle, exîgí á lo menos que se le comunicase al Conde y á la Condesa de S...., haciendo depender mi consentimiento de su respuesta. ¡Quál fué el dolor de Sara quando encontró en ambos la misma oposicion á sus deseos! En sus primeros movimientos me protestó que nada era capaz de detenerla, y que si yo me negaba á servirla de guia, sabria tomar sin mí el camino de España, y llegar á Madrid tan pronto como yo. Dudé entonces si su mismo interes y el de Patricio me obligaban á abandonar el intento de mi viage. Mis cartas podrian traer á mi hermano por grados al conocimiento de su pérdida, y proporcionarle tambien insensiblemente los consuelos que podian volver la paz á su alma. Preveía yo que despues de haber como agotado en la distancia la primera impetuosidad de su dolor, se hallaria bastante satisfecho con encontrar un remedio mas dulce en la ternura de una muger que jamás habia aborrecido, y de quien estaba seguro que era constantemente querido. Tal vez me hubiera fixado en esta resolucion, si la Condesa no consiguiese por otros

medios que Sara mudase la suya. La hizo presente, que debiendo mirarse como una muger que no pertenecia ya á mi hermano sino por los deseos del amor, el bien parecer la imponia unas leyes de que parecia estaba olvidada. Este consejo, sin tener tal vez toda la solidez que la Condesa se persuadía á sí misma, causó tal impresion en un caracter tan virtuoso como el de Sara, que la obligó á reprimir sus mas impetuosos deseos. ¿Pero con qué ardor no me suplicó tomase yo por mi cuenta su asunto, ya que ella perdia la esperanza de manejarle por sí misma? Veinte veces me repitió hasta las voces de que deseaba me sirviese. Queria escribirlas, y entregarme una carta, y solo despues de mil discursos y esfuerzos la obligué á conocer la fuerza de mis primeras objeciones, y confesar, que la precipitacion no convenia á sus esperanzas.

Me ví finalmente en la libertad de poder hacer mi viage; y como mi diligencia era correspondiente á mis deseos, apenas tomé el reposo necesario en el discurso de un tan largo camino. Patricio me recibió con una franqueza, que me anunció de un golpe que encontraria en este amable hermano todas las qualidades que me hacian su amistad tan preciosa. No quedaba en su memoria vestigio alguno de nuestras pasadas diferencias: pero el ansia con que me pidió noticias de su esposa, me anunció desde luego todas las dificultades de mi empresa. Me renovó las quejas que muchas veces nos dió en sus cartas del larguísimo intervalo que habia

entre las de Milady y las suyas; y haciéndome á un mismo tiempo cien preguntas sobre su salud, sobre sus ocupaciones, y la ternura que para con él conservaba, solo alivió algun tanto mi apuro con el derecho que me daba de responderle con la misma confusion. Menos trabajo me costó hacer verisímiles los pretextos de mi viage. El deseo de verle, y la ocasion que de estar él en Madrid me proporcionaba para conocer á España, eran unas razones tan naturales, que persuadiéndole de mis intentos, le inspiraron todo el interes que yo deseaba para satisfacerme. En la disipacion que podia causarle este exercicio esperaba yo hallar momentos favorables para mi intento; y no urgiéndome el tiempo, que me dexaba tantos dias en que escoger como eran los que faltaban para volver Patricio á Francia, no tenia la menor duda de que una empresa conducida por tantos grados tèndria al fin todo el efecto que me atrevia á prometerme.

Esta facilidad de lisonjearme se aumentó todavia mas con un descubrimiento que hice á los primeros dias, y que una apariencia de verdad presentaba á mi vista en un sentido que efectivamemte era propio para aumentarle. Por el cuidado que tuve en informarme de los criados de mi hermano, supe quales eran sus costumbres en Madrid, y una de ellas era que veía familiarmente á una señora jóven, cuyo mérito habia causado en él bastante impresion; la qual era viuda, y dándola erta qualidad permiso para recibir á los extrangeros, pasaba él en su casa

quasi todo el tiempo que no empleaba en sus asuntos. Tal vez hice un poco de traicion á mis principios, deseando que la hubiese cobrado alguna inclinacion, y el mismo interes de Sara Fincer no me impidió desearla este obstáculo. Fuera de que no podia yo figurármele tan fuerte, que me hiciese temer mucho trabajo en vencerle; y el hacerme dueño de su dolor era vencer uno tan poderoso, que todo lo demás me pareció una friolera. Si no me cercioré de un golpe por él mismo de la disposicion en que se hallaba respecto á una muger cuyas gracias me ponderaron tanto, no fué sino para sacar mas utilidad, haciendo servir para mi intento, sin que él tuviese la menor desconfianza, las luces que queria yo adquirir por otro camino.

Preguntando por muchas personas de quienes podia recibirlas, procuré entablar conocimiento con un caballero Español que veía con freqüencia á la misma señora, y que por hablar la lengua ftancesa, era sumamente accesible á los que podian hablarle en este idioma. Por sola la circunstancia de amigo de aquella señora le creeria unido con ella por los mismos motivos que deseaba á Patricio, si desde la primera ocasion que tuve de hablare de ella no me bosquexase un retrato que no me pareció propio del pincel de un amante. Me la pintó como una presumida, vana y loca, que baxo una falsa apariencia de modestia y de dulzura ocultaba todo el artificio de que es capaz una muger que solo pretende agradar, y que no limitándose ya á tener en sus cadenas un amante solo, se esforza-

ba continuamente á extender sus conquistas, sin otra atencion que la de disfrazarse con tanta destreza, que cada uno de sus favoritos se creyese seguro de no tener rival. El tal habia conseguido curarse de una infelíz pasion que la profesó por mucho tiempo, por la experiencia que tuvo de sus traiciones; lo qual no estorbaba, que por el aprecio que hacia de su talento y de otras buenas qualidades que aun advertia en ella, conservase una especie de afecto á su persona, á que mas bien daba el nombre de gusto que de amistad. Quando en el discurso de nuestra conversacion supo que Patricio era mi hermano, me declaró con franqueza, que viéndole tan continuo en casa de esta buena viuda, quasi no dudaba que el amor tuviese mucha parte en sus visitas, y me aconsejó le diese sobre esto los avisos que creyese propios para librarle del peligro. A lo menos, añadió, estoy seguro de que en esa casa hacen estudio de agradarle; y me ofreció convencerme de ello por mis propios ojos.

Lejos de asustarme con esta pintura, una inclinacion de esta especie era precisamente lo que yo creía capaz de divertir bastante á Patricio para hacerle menos sensible el golpe que tenia que darle, sin exponerle empero á afeminarse tanto el corazon, que no recibiese fácilmente un remedio, que sería siempre mucho mas fuerte que el mal. Admití gustoso la oferta del caballero Español, y previniendo á mi hermano desde el mismo dia sobre la ocasion que se me presentaba de introducirme con una dama conocida su-

ya, dispuse mi visita para el dia inmediato. Veréis, me dixo friamente, una dama de un mérito distinguido, y no necesitais de otro que de mí para introduciros en su casa. Hallé en este discurso un ayre de bondad que confirmó todas mis ideas. Quedóme tambien tan poca duda, que no pude menos de hacer algunas reflexîones sobre la inconstancia del corazon humano, á quien no basta una pasion sola para ocuparse todo entero: y si este pensamiento me dió mas esperanza que nunca de componerme mas fácilmente con Patricio, sirvió quizá para inspirarme una compasion mas viva que la que antes tenia de la suerte de mi cuñada. No por esto crea nadie que queria yo pasar por lo que pudiese haber de criminal á los ojos de Dios en aquel trato, ni tampoco dexar de contribuir á apartar de él á Patricio; pero si me queria aprovechar de la tal qual distraccion que pudiese haberle ya causado, para conducirle con mas facilidad al fin de mi empresa, deseosó de hacerle para siempre felíz, y librarle de los peligros de que hasta entonces estuvo continuamente rodeado.

El mismo Patricio me hizo acordar del empeño que conmigo habia contraido; y presentándome á la señora F..... (asi se llamaba la viuda) con una recomendacion tal como lo permitia el bien parecer en la boca de un hermano, bien pronto me dió motivo para conocer la consideracion con que ella le trataba. Desde el primer momento hubiera comenzado mis observaciones, si el caballero Español, que era ya de la tertu-

lia, no se acercase á mí para empeñarme en una conversacion qne no pude evitar. Un resto de indignacion que conservaba aún por su aventura, le determinó sin duda á informarme del caracter de sus rivales, Uno ,, cuya figura era muy recomendable, habia sido el primer amante de la señora F... desde la muerte, y quizá,añadió con soflama, desde los últimos años de la vida de su marido. Tambien puede ser que sea el único á quien ella amó jamás de buena fe: pero como es pobre, la llegaría á ser muy incómodo en la medianía de su fortuna, si se hubiera picado de una fidelidad que la estorbase pensar en otro que en él. No sería imposible justificar asi su locura en su orígen. De qualquier modo que sea, una desgracia peor aún que la pobreza, obligó á este amante á alejarse de Madrid en el momento que ella habia sujetado á su imperio un viejo muy rico que aqui veis, cuyos bienes la prometian mas dulzura que su primer empeño. Perdió de consiguiente por lo que toca al amor tanto como ganaba por lo respectivo á la fortuna; pero para reparar esta pérdida se proporcionó bien pronto un nuevo esclavo en ese Oficial (esto me dixo enseñándome uno que estaba en frente de mí), á quien destinaba para llenar las funciones del ausente. Entonces fué quando á mí tambien me esclavizó la funesta pasion que por mucho tiempo me ha cegado. Soy rico y de una edad tan propia para agradar como mi buena presencia: diéronme á entender que eran bien admitidos mis obsequios, y emplearon todo el artificio posible para ase-

gurar mi conquista. Ignorante de lo que lo sucesivo me ha hecho felizmente descubrir, me creí único dueño de un corazon que me parecia de un precio inestimable; ó á lo menos no tuve sino ligeras sombras por parte del viejo, que no tiene bastante firmeza de ánimo para disimular una dicha de que se supone él solo en posesion. Dí á entender algunos recelos que se tomaron por una chanza. En una palabra, el Oficial mas reservado que todos, gozaba en secreto de los derechos que se habia adquirido, y el viejo, que pasaba á mis ojos por un rival poco peligroso por sus deseos, me parecia contentarse con que le mirasen con algun agrado. De aqui es que todos tres nos hallábamos asociados en la misma dicha; y tal vez duraria aún mi ilusion, si el primer amante no hubiera venido á sacarme de ella sin querer. Obteniendo libertad para volver á Madrid, recobró al punto la plaza que habia dexado, y si bien notó que tenia concurrentes, la presencia del viejo y la mia, á que siempre acompañaban muchas liberalidades, de que él mismo participaba, no ofendió su delicadeza. Pero no creyéndose obligado á la misma sujecion que tenian el arte de exîgir de los otros, tuvo tan poca cautela, que al fin me abrió los ojos, y obligó á irme poco á poco separando de una amistad en que os confieso tengo todavia la debilidad de hallar algun gusto. Aun no penetro, añadió, quales son sus miras con Milord vuestro hermano, ni el modo con que éste corresponde á ellas. Sé bien el origen de su amistad. Ella es sobrina y heredera de nuestro

Embaxador en Francia ; y la ocasion de ser vecina de Milord la ha hecho buscar medio de tratar á un hombre amable, baxo el pretexto de informarse de la salud de su tio. Reparad el cuidado que pone en agradarle, la atencion con que escucha quanto sale de su boca, y el tono lisonjero con que acompaña todas sus respuestas. Él caerá en el lazo, si no tiene ya la desgracia de haber caido, y vos le haréis un oficio verdaderamente fraternal en avisárselo.

Noté en efecto que la señora F..... estaba únicamente ocupada en agasajar á Patricio. En el mismo instante que cesando de hablar el caballero volví ácia ella los ojos, oí el tono que tomaba para demostrar su gozo ó su admiracion. Prevenido por la relacion que acababa de oir, y llena todavia la memoria de mi aventura con Madama de N....., creí penetrar aquel velo engañador, y no le hallé tan seductivo como me lo habian representado. Sin embargo, las acciones y discursos de Patricio me persuadian aun que estaba mas deslumbrado que yo, y al verle sostener el mismo ayre de preocupacion, no me quedó duda de que se hallaba mas empeñado de lo que tal vez él mismo imaginaba.

Habiéndome dado la noche libertad para hablarle á solas, no aguardó á que yo le pusiese con mis preguntas en la precision de explicarse. Habeis visto á la señora F..... me dixo con seriedad, y sin duda habréis hallado en ella un mérito superior á su sexô. Quise dexaros tiempo para conocerla antes de deciros las razones que tengo para visitarla. Continuó despues contán-

dome que habiendo trabado conocimiento con ella de resultas de algunas cartas que recibió del Embaxador de España en París, gustó tanto de su talento, que en las satisfacciones que con ella tuvo la confió una parte de las aventuras de su vida; en la qual no se olvidó de contarla la historia de su matrimonio: y no habiendo podido ocultarla en lo sucesivo el pesar que tenia en recibir tan pocas noticias de su esposa, obligó á la señora F..... á que le ofreciese el medio de su tio el Embaxador para proporcionárselas. Aunque no fuese muy natural emplear un medio tan extraño quando él tenia en París toda su familia, el temor de que nos quedase aún contra su esposa algun resentimiento que nos entibiase demasiado en servirle, le movió á aceptar unas ofertas que á nadie perjudicaban. Las primeras cartas del Embaxador le llenaron de mil ideas que aun no habian podido aclararse. Representaban á mi cuñada en un estado tan brillante, que era á la verdad muy distinto de aquel en que él la dexó. Elogiando sus gracias el Embaxador, de las que aseguraba hallarse instruido por sus propios ojos, hablaba de la agradable vida que pasaba Milady en París, y la citaba como modelo de todos los atractivos juntos de la fortuna y de la belleza. Esta carta de la que solo habian leido á Patricio los artículos que trataban de esto, le causó inquietudes que observó la señora F..... Aprovechóse de ellas para profundizar mas en los secretos de mi hermano, y averiguando mejor lo que parecia entristecerle, se valió de toda su destreza

para reparar el mal que imprudentemente le habia causado. Las cartas que despues vinieron jamás traxeron noticias que no fuesen conformes á los deseos é ideas de Patricio; y como evitábamos con cuidado en las nuestras decirle lo que únicamente servia para turbar inútilmente su sosiego, llegó á persuadirse que el Embaxador se habia engañado en sus primeras relaciones.

Bien veis, me dixo, que con los continuos sobresaltos en que me tiene la ternura con que amo á mi esposa, he debido adquirirme un conocimiento que me proporciona cada semana noticias tan seguras de su salud y situacion. He cometido la injusticia de creerlas menos ciertas viniendo por vuestro conducto y el de mi hermana, y siempre estoy con el sentimiento de recibirlas muy rara vez de mi esposa misma, que segun parece no halla en nuestra correspondencia un gusto igual al mio. El cuidado que constantemente ha tenido el señor Embaxador de informarme de su salud y demás circunstancias, me ha servido de remedio contra los tormentos de mi ausencia, y me consuela de las nuevas órdenes del Rey, que todavia me detienen aqui en su servicio. Veo, añadió, á la señora F..... como un recurso que en beneficio de mi amor se me ha proporcionado en Madrid. La hablo menos de sí misma que de mi esposa, y la dulzura de su trato me equivale á la felicidad que no puedo hallar sino en Francia.

Fácil es de imaginarse quanta admiracion

me causaria este discurso, que suponia aún viva á mi cuñada, y siempre tan arreglada su conducta como sus sentimientos Inquietábame la buena fe de mi hermano; y la indignacion que tuve al verlo tan cruelmente engañado por unas personas en que no podia yo suponer los mismos motivos que en mí para dilatar el descubrirle su mala suerte, iba quasi á hacerme disipar de sus ojos tan peligrosas tinieblas, que me parecian ocultar necesariamente algun odioso misterio. Sin embargo un momento de reflexîon sobre lo importante qne era penetrarlo, me bastó para moderar inmediatamente aquel ímpetu, y aparenté tambien adoptar sus ideas; y sin comunicarle lo que habia yo sabido del caracter de la señora F...., alejé todo lo que podia traernos á esta conversacion, para asegurarme la libertad de saber al otro dia mas á fondo unos artificios que me convenia saber.

No se presentaba otro camino para adquirir estas luces que el del caballero Español, á quien tenia yo las obligaciones que he referido. A pesar del afecto que conservaba á su antigua señora, conocia yo en él un fondo de resentimiento que le disponia siempre á seguir las nuevas pruebas que podia descubrir de su perfidia, y aun á realzarlas con mas fuertes colores, para confirmarse al parecer en la resolucion que habia formado de no ser ya suyo por el amor. Presentí no obstante por otras pruebas que no me habia engañado en esta conjetura, y creyendo poder descubrirme á él sin dar nada al acaso, le conté todo lo que sabia de mi

hermano, sin ocultarle que muchos hechos constantes que destruian absolutamente todas las suposiciones de Patricio, me hacian sospechar en la señora F..... alguna negra impostura. Una escena tan nueva para él excitó todo su ardor para descubrir los resortes; y como no era de ella misma de quien debia instruirse, concluyó despues de muchas reflexîones, que no podia aguardar de este conducto mayores luces que de sus cartas. Sabia el sitio en que las guardaba, y el gusto que se figuraba tener en hallarla culpable de alguna nueva traicion, le sirvió de un motivo tan poderoso, que resolvió arriesgarlo todo para hacerse dueño de sus secretos por medio de este robo. Me admiré que desde el primer dia pudiese salir con una empresa cuya dificultad él mismo habia conocido. Envióme recado de que fuese á su casa, y triunfante con lo que ya habia descubierto, me mostró apenas me vió desde lejos un paquete de cartas, que juntamente con la gaveta en que estaban guardadas habia robado.

No me habia comunicado el camino que pensó escoger para servirme, y por grande que fuese la satisfaccion que me causase verle con tan seguros documentos en las manos, no me atreví á alabar una temeridad que segun mis principios y modo de pensar, tenia mucho de extraordinaria y aun principié dándole alguna reprehension de una accion tan poco comedida, y exîgí á lo menos que las cartas que no pareciesen tener relacion con nuestro asunto, permaneciesen inviolablemente cerradas. No fué

menester leer muchas para averiguar una horrible trama. Al mismo tiempo que la señora F... cobraba una fuerte pasion á Patricio, el Embaxador concebia los mismos sentimientos respecpecto á mi cuñada. Las primeras noticias que envió á Madrid vinieron acompañadas de la confesion de su afecto, que ella se guardó muy bien de leer á mi hermano. Descubriendo por el contrario que la mera relacion de las diversiones de mi cuñada hacia en él una impresion demasiado viva, y que la inquietud que parecia resultarle podia llegar a ser bastante fuerte para hacerle abandonar prontamente a España; se aprovechó de las luces que de él habia sacado para empeñar al Embaxador á que no escribiese ya nada, que no viniese de acuerdo con la idea que mi hermano tenia de su esposa. Su esperanza era ablandar insensiblemente su corazon, ínterin el Embaxador tendria la misma libertad de formar sus ataques contra el de mi cuñada, y quando despues de diversos acontecimientos, de que únicamente he referido aquellos de que hasta entonces me hallaba informado, supo la muerte desgraciada de Milady, concibió una esperanza mas viva de vencer el corazon de Patricio, y reducirle quizá á ofrecerla su mano y su corazon.

El Embaxador pues era del número de los que habian conspirado contra la virtud de mi cuñada, y sus cartas hacian fe de que no se creyó de los mas desgraciados: quejábase no obstante con freqüencia en las respuestas que aparentaba dar á las preguntas de su sobrina,

de que el objeto de su pasion no se la tenia á él en los términos que quisiera para ser felíz. La trataba de ligera y caprichosa, que parecia no buscar otra cosa en los placeres que la diversion, y que lo que menos la ocupaba era el reposo y satisfaccion de un amante. Estas quejas eran capaces de reintegrarla un poco en mi opinion; pues creía yo ver por un testimonio que no me era sospechoso, que si hubo desarreglo en su conducta, procedió menos de una inclinacion grosera al desórden, que de la ligereza de su genio, ó como lo pensó el Conde de S..... de la flaqueza de sus sentimientos. Sea la que fuese la idea que hayan podido formarse de mi relacion, debo á mi cuñada la justicia de que el Embaxador, confesando el grado de favor en que creía estar para con ella, se lisonjeaba de su afecto á una muger tan encantadora, como de la mas gloriosa fortuna que el amor podia ofrecerle en Francia. ¿Mas cómo se habia de concebir que pudiese ella haberle ocultado el trato familiar que tenia con otro amante, sin creerla bastante artificiosa para haberle engañado con una falsa exterioridad? Y en esta suposicion, ¿no se la deberia mirar como una muger tanto mas taymada, quanto no pudiendo en una tan tierna edad haber adquirido por su experiencia propia tanta destreza, solo se podria atribuir á la corrupcion de su entendimiento, y á la natural perversidad de su caracter? A menos que no se quiera dar el honor de tanto arte á la habilidad de Madama de N...., que quizá no necesitaba de

un espacio muy largo para formar sus discípulas.

¿Mas quál era la suerte de Patricio en haber vuelto á caer en España en manos de una muger de la misma índole? No tenia sino la rectitud de su corazon para defenderse de ella, porque siendo tan metódicamente acometido por una muger tan hábil como la señora F..... jamás concebí se salvase por otro medio de un peligro que todos los dias se renovaba. Poseido de la idea de su esposa, ni aun le ocurrió que otra muger pudiese pensar en agradarle. Sus expresiones mas lisongeras las atribuía únicamente á su genio naturalmente agasajador; y esta razon, junta al placer que tenia en recibir por su medio noticias de su esposa, le hacia hallar mas satisfaccion á su lado que en todas las tertulias de Madrid, en que su mérito y distinguida clase le hubieran hecho mucho lugar. No tuvo el mismo cuidado que yo de tomar informes que le harian mirar á otra vista el trato de una muger tan desarreglada. Era sincéramente amigo de la señora F....., y todos los ardides de la locura no le habian podido inspirar otro sentimiento mas tierno.

Despues de leer con mucha atencion todas las cartas del Embaxador, empeñé al caballero á poner otra vez en órden en la misma gaveta las que no nos hacian al caso, y habiéndole sacado la palabra de que me dexaria las otras, le dí gracias por un servicio en que estaba yo bien persuadido que buscaba mas el de

satisfacer su curiosidad que la mia. Faltábame hacer uso de tantas piezas importantes. Me figuré vivamente qual debia haber sido la sorpresa de la señora F..... al saber de mi hermano que acababa yo de llegar de París, y que no pudiendo ignorar la muerte de mi cuñada, era ésta la primer noticia que á mi llegada debia comunicarle. Creyó en efecto trastornadas todas sus ideas; pero reparando con una mirada la tranquilidad de Patricio, juzgó inmediatamente que por algunas razones le habria yo ocultado la triste nueva; y fixándose en este pensamiento, nada mudó de su ordinaria alegria. Sin embargo no dexó de parecerla que mi silencio incluía algun misterio, y la impaciencia de penetrarlo no la permitia sosegar. De aqui es que quando yo mismo pensaba hablarla en secreto para hacerla servir, tal vez á pesar suyo, para mi principal empresa, tenia ella misma iguales deseos de hablarme, y encontré á mi vuelta en casa de Patricio un billete, en que me hacia las mayores instancias para que pasase á su casa.

Fuí allá inmediatamente. La utilidad de que ella me podia servir se reducia á proporcionar modo de dar las tristes noticias que era preciso comunicar á Patricio. Dexaba yo aparte sus intenciones que no me parecian para el muy temibles, y conociendo no obstante el poder que tenia en su corazon, no dudaba tendria la misma habilidad para consolarle que para complacerle. Me era muy indiferente la persona á quien deberia yo esta obligacion, y lo que era capaz de

inspirarme agradecimiento no me imponia necesidad alguna de conceder mi estimacion. Recibióme con semblante muy afable, y con un agasajo que me hizo poner alerta contra sus intentos. Ocurriame sin cesar á la memoria el exemplar de Madama de N..... Era sin embargo concederme mucha ventaja sobre sí, el confesarme desde el principio de la conversacion, que tenia fundadas grandes esperanzas en mi bondad; y continuando en el mismo tono, me dixo que la estimacion que á mi hermano profesaba la hacia desear que él la tomase alguna incilinacion; que habiendo sabido la muerte de su esposa, no tuvo por conveniente decírselo, y que segun parecia tenia yo alguna razon de usar con él el mismo misterio, pues presumia que no le habia aun informado: que la que ella tenia para callar no era otra que el temor de afligir demasiado á un hombre á quien amaba con la mayor ternura, aunque todavia no hubiese tenido la dicha de interesar su corazon; que sabia por las muchas veces que se la habia confesado, la viva pasion de que estaba poseido, y que previendo el excesivo dolor, á que se abandonaria, al saber la pérdida de su esposa, querria mejor inspitarle algun cariño ántes de darle esta noticia, con la mira de fortificarle contra golpes tan imprevistos; que si queria yo contribuir á su intento, dilatando de concierto con ella noticias que fácilmente se podian suspender, no desconfiaba de triunfar al fin de su corazon; y que tomando algunos informes sobre su nacimiento y consideracion en el mundo, hallaria yo quizá que no

relacioncon muchas exclamaciones, me contó que la señora F ... despues de anunciarle muchos dias un secreto de importancia, que parecia no saber como comunicarle, acababa finalmente de hacerle una horrible pintura de la conducta de su muger; que él no pudo turbarse ni aun por un momento con tan negras imposturas, pues no estaban revestidas del menor colorido de verisimilitud; que queria hacerme á mí mismo juez, á mí que la conocia por un tan largo trato, y que siempre habia tenido tantas luces para penetrar el interior de una persona; que en lugar de aquella modestia que en ella habia yo visto, y de la que se podria decir que era un perfecto modelo para las demas de su sexô, se la atribuía la conducta mas libre y mas disoluta; que veían en París, entregada á toda suerte de deleytes, á aquella á quien él dexó, como me era notorio, en la Quinta del Conde, y que siempre prefirió la soledad del campo á vivir en París. Pero lo que no podia repetir sin indignacion y sin furor, era que se hablaba de ella como de una cortesana, que se habia ya dado á conocer por varios lances, y que no se preciaba de tratar á sus amantes con demasiado rigor. La señora F..... era la que vomitó todos estos horrores, y la que no se avergonzó de ponderárselos como un servicio importante; la señora F... sí, á quien hasta entonces creyó amiga suya, y en la que supuso tanta bondad y candor como gracejo y discurso. No la hubiera con todo eso acusado de un tan horrendo exceso de calumnia, y sabiendo que ella mantenia alguna corres-

pondencia en Francia, querria mejor persuadirse que la habian engañado sus infames corresponsales; pero en vista del acaloramiento con que él se opuso á tantas y tan infernales acusaciones, protestó que nada habia ella afirmado de que no tuviese pruebas muy circunstanciadas en una multitud de cartas. Se imaginó, continuó Patricio, que tendria yo la credulidad de referirme á su palabra. Pedí la prueba que me ofrecia en sus cartas, y quisiera en efecto saber quién fué el pérfido que tuvo atrevimiento para trasladar tan descaradamente la malignidad de su corazon al papel. ¿Mas qué es lo que ha sucedido? La señora F..... despues de resistirse mucho, baxo pretexto de no comprometer á nadie, fingió ir á buscar las pretendidas cartas, y volviendo en el mismo instante con exclamaciones fingidas, se quejó de la pérdida de una gaveta en que estaban guardados todos sus papeles. Juzgad la impresion que habrá hecho en mí un artificio tan grosero. Me separé de ella inmediatamente, creyendo hacerla un gran favor en no llenarla de injurias, y he jurado no volver jamás á verla.

Ahora bien, prosiguió mirándome de un modo que indicaba su pena: ¿no es verdad que soy el mas desdichado de todos los hombres? ¿Qué quiere de mí esta señora F.....? ¿Qué razon tiene para arruinar la reputacion de mi muger, y llenarme la imaginacion de estas horribles chîmeras? ¿Acaso es ella quien las inventa? ¿Las ha recibido efectivamente del Embaxador de España, ó de algun otro corresponsal? ¡Ah!

sí me atreviese á pensar que fuese capaz Sara Fincer de una venganza tan villana......

No pude menos de interrumpirle, y este nombre respetable me pareció tan injustamente mezclado entre tantas invectivas, que le afeé una sospecha tan indigna de él. Hasta entonces le escuché tranquilamente, y reflexîonando en cada palabra de las que oía, no me costó trabajo el comprehender quanto me dixo. Era cosa clara para mí que la señora F..... creyó tomar el mejor camino para prepararle la noticia de su pérdida, diciéndole que su muger merecia poco ser llorada. Las cartas que quiso producir eran las que tenia yo en mis manos; y asi Patricio, que no me vió dar señal alguna de admiracion, ni otro indicio de pesar é interes sino el nombre de Sara Fincer, me miró con algun género de inquietud. Parecia que á pesar de toda su preocupacion á favor de su esposa, causó mi silencio algunas dudas en su corazon, y que aguardaba á que yo me explicase para salir de esta incertidumbre. La mia no era menos molesta. ¿Qué podia yo responderle sin empeñarme demasiado, y sin ponerme en la precision de venir de un golpe al punto á que no queria llegar sin nuevos miramientos? Lejos de pensar como la señora F..... que se debiese principiar por la infidelidad de su muger, creí deber dexarle ignorar eternamente este odioso artículo; y sin conocer el amor por experiencia, juzgaba que de todas sus pérdidas, las que causa la perfidia son las mas crueles y humillantes. ¿Mas era posible reparar una indiscrecion que no habia yo previsto?

¿Podia á lo menos hacerlo sin alterar la verdad que merecia aun mas atencion? Y pues era forzoso venir tarde ó temprano á explicaciones inevitables; ¿porqué habia yo de despreciar una ocasion que el mismo Patricio me ofrecia, y en la qual le ahorraba de algun modo toda la emocion de que ya se habia resentido?

Sin embargo, las razones que hasta entonces me lo estorbaron fueron todavia mas fuertes. Ofrecióseme tambien otra en la injuriosa duda que mostró respecto á Sara Fincer. Fácil en preocuparse contra los que creía poco afectos á su muger, ¿quién me podria asegurar que no tendria para conmigo la misma injusticia, y que no llegaria yo á serle de una vez tan odioso, aunque no fuese por otro motivo que por el de no parecer tan afligido como él de su desgracia? Pareciame tambien que la señora F..... merecia por la docilidad en seguir mi consejo el que no la dexase yo en el apuro en que la habia puesto conservando sus cartas; y si su conducta debia ser castigada con alguna humillacion, no tenia yo razon para contribuir á su castigo. Dependia de mí, haciéndola restituir secretamente sus cartas, ponerla en estado no solo de justificar la verdad de su relacion, sino de acabar á un mismo tiempo lo que ella habia empezado; y si era de temer que Patricio concibiese demasiado ódio al orígen por donde le vinieron tan funestas luces, esto era tambien una razon para desear que este ódio recayese sobre una loquilla que pretendia menos el servirle, que el contentar su vanidad ó su ambicion, traba-

jando en seducir su corazon.

Dí pues mi respuesta de un modo tan equívoco, que deseoso Patricio de saber todo lo que lisonjeaba sus ideas, no vió en ella sino la refutacion de las injuriosas confianzas de la señora F..... Un marido menos ciego por el amor, desconfiaria alguna cosa del ayre y tono que observé, porque no solo mis expresiones, sino todos los exteriores movimientos que acompañan á la voz fueron cuidadosamente medidos, para no exponerme á la reconvencion de haberlo engañado con falsas apariencias, y contaba yo menos con lo que le decia de favorable, que con la disposicion en que él se hallaba al oirme. De aqui es que sus mismas reflexîones me pusieron en riesgo de declararme. No pude oirle hablar con aquellos extremos de su felicidad, y tenerse por tanto mas felíz quanto de tal modo excitaba la envidia, que irritaba el ódio y la calumnia, sin tener lástima de su ceguedad, y aun sin exhortarle claramente á moderar unas enhorabuenas, que la inconstancia de las cosas humanas sujetaba á grandes contratiempos. Nada era capaz de hacerle sospechosas sus preocupaciones. Veinte veces me tomó por testigo de la modestia y virtud de su esposa; y no parando la atencion en si yo le respondia, continuaba congratulándose de que le hubiese cabido la suerte de tener una muger cuyo talento era por lo menos igual á sus muchas gracias.

Encomendé al Cielo el cuidado de curar sin violencia tan poderosas preocupaciones, y el dia siguiente empleé toda mi destreza en pasar á ma-

nos de la señora F..... las cartas de su tio, sin que pudiese ella sospechar á quién debia semejante restitucion. Preví con mucha razon que no bien se veria otra vez con aquel tesoro en sus manos, quando haria avisar á Patricio. Estuvo éste dudoso de si debia ó no volver á su casa, y advirtiéndome de los motivos que tenia ella para suplicarselo, me refirió con expresiones de mucha burla su obstinacion, que comenzaba ya á mirar con alguna mezcla de cariño. Su visita fué corta. Le ví volver, pensativo á la verdad, y con el semblante bastante abatido para persuadirme que no tenia tranquilo el corazon; pero tan determinado con todo eso á desechar toda suerte de luces, que afectando sonreirse luego que me vió, me dixo con un tono irónico, que venia de ver la obra maestra de la malignidad. He leido, añadió, muchas cartas, que contienen en efecto una parte de lo que me habian contado; pero no dudareis un momento que la señora F..... las habrá compuesto todas desde ayer, para reparar la imprudencia que cometió en excederse un poco en lo que dixo.

Confieso que esta confianza excitó mi inquietud hasta lo sumo; repliqué solo con un movimiento de cabeza, que no le impidió continuar: pero lo que os costará trabajo comprehender, añadió, por lo raro que es se lleve tan adelante el descaro, es que ofendida de la resistencia que he hecho á creerla, ó para confirmar segun parece sus calumnias, me ha asegurado que mi muger ha muerto. Asustado sin querer con una noticia tan sin fundamento,

no pude menos de responderla con mas seriedad, diciendo, que vos acababais de llegar de Francia, y que ella sin duda se olvidaba de haberos visto en su casa dos dias há. Me ha dicho que vos sabeis igualmente la muerte de mi muger, y que yo recibiria de vos las mismas noticias. Este loco atrevimiento me ha hecho salir de su quarto sin replicar.

A pesar del ayre tranquilo y risueño que todavia se esforzaba á aparentar, me miraba con tanta atencion durante su discurso, que necesité de toda mi presencia de ánimo para no mudar de semblante. Meditaba yo al oirle el tono que debia tomar para responderle, y quando acabó no tuve otra cosa por el pronto que decirle, sino una simple reflexion sobre la viveza de la señora F....... á la que atribuí por motivo los sentimientos de ternura, de que ya él habia empezado á desconfiar. Mi frialdad y el modo con que evité contestarle directamente, le persuadieron de tal suerte, que todos los discursos que acababa de oir eran otras tantas chîmeras, que si añadió algunas palabras á lo que habia dicho, solo fué para quejarse de la señora F... cuyo celebro se imaginó estaba aun mas trastornado por un acceso de locura, que su corazon por el amor.

Si á alguno ha causado admiracion que despues de mi deseo de que recibiese de ella la noticia, á que tenia yo tanta repugnancia comunicarle por mí mismo, no me haya aprovechado de un principio que ella tenia ya tan adelantado, sobre todo quando no se trataba

sino de una palabra para concluir la obra ; solo me justificaré con la sorpresa que me causó el verlo tan distante de abrir los ojos quando volvió como quando fué á su casa. No era menester ciertamente mas que una palabra para darle las funestas luces de que tan tenazmente huía ; pero dependian de esta palabra todos los efectos que yo temia producir. Volviendo por lo tanto á las primeras ideas que me traxeron á España, resolví aguardar que la madurez del tiempo, y la distancia de su pérdida hiciesen mi empresa mas fácil. No era poco el haberle hecho á lo menos pensar que las desgracias que le habian anunciado eran posibles, y no dudé que el haberlas mirado con alguna incertidumbre, no fuese una razon de consolarse mas fácilmente quando llegase á saber sin alguna duda que eran efectivamente ciertas.

Rompió pues toda comunicacion con la señora F....... y en el espacio de alguas semanas de descanso que le dexó libres el cuidado de sus asuntos, me propuso, ya que habiamos recorrido los principales edificios, paseos y demás curiosidades de Madrid, el ir con él á dar una vista á los alrededores. Consentí gustoso en acompañarle; pero no pudiendo menos de visitar otra vez á la dama española, hurté algunos instantes para cumplir con esta visita antes de que nos partiésemos. La hallé en una impaciencia suma por saber el efecto que produxeron sus confianzas, y la dexé muda por la admiracion quando la aseguré que no habian hecho impresion alguna en el ánimo de mi hermano.

¿Pero no habeis vos añadido algo, me dixo, para confirmar mi testimonio? Sintióse mucho de mi sinceridad al responderla, que razones poderosas, que la supliqué me excusase, me habian obligado á suspender mis resoluciones; y protestándome que sabria tomar otros medios para hacer conocer á mi hermano que yo era quien le engañaba, y no ella, me puso en una nueva inquietud, que me acompañó en todo el curso de nuestro viage. Reparé en esta última conversacion que Patricio tenia mas parte en su ternura, que la que yo podia imaginarme de una locuela tan refinada como el caballero español me habia pintado. Me habló de Patricio con demostraciones de un interes tan vivo, y ponderó sus buenas prendas con tantos elogios, y se mostró tan afligida de la opinion que debia él haber formado de su persona desde que la creyó capaz de engañarle con calumnias, y tan sentida contra mí, á quien con razon acusaba de haberla dexado en el precipicio en que la metí, que no pude dudar que el mérito de mi hermano habia hecho una verdadera impresion en su corazon.

Las órdenes del Rey, cuya execucion detenia á Patricio en España, estaban ya cumplidas por su zelo; y la única causa de su tardanza era la dilacion de los Ministros, que le habian señalado para oir la respuesta de su amo un plazo demasiado largo. El temor que me quedaba de las amenazas de la señora F....... me obligó á prorogar la duracion de nuestro viage por las cercanias de la Corte hasta el tiempo

en que preveía podria verificarse nuestra vuelta á Francia. Mi hermano, á quien hice esta proposicion, la aprobó sin conocer el motivo. Dexamos en Madrid uno de nuestros criados, con órden de tener prontos nuestros equipages para el dia en que determinábamos volver, y como la respuesta de la Corte era negocio de un momento, contábamos tomar el dia siguiente el camino de Francia. Nada podia lisonjear mas la impaciencia que tenia Patricio de volverse á París.

Durante nuestro viage ocurrieron mil circunstancias que me presentaron ocasion de declararme; pero despues de haberlo dilatado tanto tiempo, no creí me obligase razon alguna á darme prisa; y como el remedio que yo aguardaba de la antigüedad de sus desdichas se fortificaba de dia en dia, me persuadí finalmente que no sería demasiado tarde venir á las últimas declaraciones en el camino desde Madrid á París. Nuestros discursos, en el que hicimos para satisfacer nuestra curiosidad por las inmediaciones de la Capital de España, versaron sobre asuntos muy opuestos al principal objeto de que me hallaba poseido. Los usos del pais, la política, la religion, las letras, suministraban siempre una materia muy abundante á dos viageros, que habian procurado adquirir algunas luces por medio de sus estudios. No experimentamos un momento lo pesado del fastidio. Sin embargo, yo no podia estar continuamente al lado de Patricio viéndole en aquella tranquilidad, sin llorar su situacion. La tristeza, la muerte, to-

das las pasiones violentas, me parecian andar al rededor de él, con una cruel ansia por hallar entrada en su corazon. Tenia yo perpetuamente á la vista este triste espectáculo; y con la amargura que me causaba, me obligaban el cariño y el zelo á dirigir muchas veces á Dios mis ardientes súplicas, que me costaban un doble esfuerzo para ocultarlas á mi desgraciado hermano.

Executado sin obstáculo nuestro proyecto, dexamos á Madrid quasi luego que llegamos, y nuestra diligencia en alejarnos fué proporcionada al ardiente deseo que tenia Patricio de volver á ver á la que mas amaba. Era de presumir que las dilaciones, el disimulo, los mismos miramientos no podian servirme de nada. Mas con todo no comencé desde el primer dia el triste oficio que tanto tiempo habia causaba el suplicio de mi corazon. Dexé pasar ocho dias, que empleé tanto en vencer mi repugnancia, como en estudiar los términos con que me habia de explicar, pareciéndome que ganaba alguna cosa con dilatarlo. En fin una pequeña aldea, en que el mal tiempo nos obligó á pasar la noche, me proporcionó una ocasion á que mil veces habia yo renunciado por el rumbo filosófico que tomaba nuestra conversacion. Interrumpí á Patricio en medio de una reflexîon excelente, y previendo á lo que ya me habia dicho podia conducirle, le dixe con un profundo suspiro: Detente, querido hermano, y no tengas dificultad en hablarme sincéramente. ¿Conoces toda la firmeza que aparece en tus principios, y

crees que el uso de una filosofia tan sublime no es superior á tus fuerzas? Mostró admirarse con esta pregunta, pero me respondió sin detenerse: Tal vez no os prometeria la misma fortaleza de ánimo en todos los momentos del dia, y me acuerdo de mil ocasiones fatales en que me he hallado mas débil que mis máxîmas. Pero en un instante como este, en que estoy lleno de todas las ideas que acabamos de disputar, y en el grado de calor en que han eñardecido mi razon, hay pocas pruebas á que no me crea con fuerzas para resistir. ¡Y bien, querido Patricio! repliqué entonces, haz pues uso en este momenio de toda esa fuerza. Te lo he ocultado á pesar mio, y el cielo me es testigo de que todos mis disimulos y dilaciones no han tenido otro orígen que el tierno amor que te profeso. Mas tocamos ya el instante en que me veo precisado á desengañarte. Tu muger ha muerto: hace muchos meses que la perdiste; y si es para ti un consuelo el decirte que su conducta no la ha hecho digna de que la llores, confirmo á lo menos una parte de las acusaciones de la señora F....... Hubiera continuado en mi discurso, si el movimiento que le ví hacer no hubiese sido tan capaz de asustarme. Un ayre furioso de inquietud y desesperacion desterró desde luego la dulzura, que era el natural adorno de su semblante, pero no le impidió no obstante, á prestar toda su atencion hasta la última palabra; pero despues de combinar segun parece los hechos y los testimonios, no viendo pretexto para desconfiar de mí, y recordando todo

lo que la señora F....... le habia referido, y cuya mayor parte le confirmaba yo tan claramente, perdió por un instante todo imperio sobre sí mismo, hasta echar precipitadamente mano á la espada, como si solo pensase en traspasarse el pecho. No atribuiré sino al socorro del cielo la fuerza que su alma tuvo en el segundo movimiento con que se defendió del primero, porque estaba yo muy distante de él, para detener un transporte tan arrebatado. Si habia puesto tan furiosamente la mano á la espada, la retiró con el mismo ayre despues de reflexîonar por un momento el disparate que iba á executar consigo mismo; y dexándose caer en la primera silla que encontró, levantando los ojos al cielo, y extendiendo los brazos, estuvo mucho tiempo sin que se le oyese una palabra ni un suspiro. Acerquéme á él; y cubriéndose los ojos con una mano, me apartó de sí con la otra. Parecia un reo asustado por sus remordimientos; y seguramente le causaba tanto horror el crímen de otro, como deberian causarle los suyos si se hallase culpable.

No se me escapó el movimiento de su mano, y seguro por el que inmediatamente sucedió, de que habia retardado el primer transporte de su corazon, no me dí prisa á disipar la confusion y pesar en que le veía abismado. Eran estos unos afectos, de que ya no temia yo la misma violencia. Procuré aún guardar largo rato un triste silencio, para darle lugar á conocer que participaba sincéramente de sus penas; y que si tuve la crueldad de causárselas, comenzaba mucho antes que él á sentirlas. Esperaba yo que despues de haberse entrega-

do interiormente á toda la impresion de un golpe tan terrible, iba á dirigirme, ó justas imprecaciones contra la perfidia, ó quejas mas tristes y mas tiernas, que me guardaria muy bien de condenar; pero levantándose despues de un quarto de hora de silencio, y continuando en cubrirse los ojos con la mano, hizo seña á su ayuda de cámara, á quien mandé antes llamar para servirle, que lo llevase al aposento en que debia pasar la noche. Al acercarse á mí, me hizo una respetuosa cortesía, que me obligó á decirle algunas palabras para detenerle: pero la misma seña que me habia hecho ya para alejarme de sí, me dió á entender que en vano emprehenderia seguirle. Mandé á sus criados que apartasen de él las armas que traía, y todo lo que muchas veces contribuye con demasiada oportunidad á aumentar el dolor.

Retirándome yo mismo á mi quarto, ¿á qué exceso de amargura no tuve el desahogo de entregarme? ¡Qué exclamaciones las mias! ¡Qué tiernas y dolorosas las voces que dirigí al cielo! ¡Ó Patricio! ¡Ó hermano digno de mejor suerte! Que dulces satisfacciones no hallarias en mi compasion, si vieses todo su exceso; ó si acaso es un consueló en lo extremo de la desgracia el conocer un corazon tierno que éntre á la parte de ella, ¿quánto no se mitigaria tu quebranto al ver las sincéras lágrimas con que lloro tus infortunios?

Á la órden ya dada á los criados añadí la de que volviesen á la puerta de su quarto, y al menor ruido que oyesen entrasen, sin dar-

se por entendidos. Por todo el espacio de una noche que pasé de rodillas en oracion, oprimido el corazon con las lágrimas que solo se exhalaban en el ardor de mis deprecaciones, me ocurrió mil veces ir á sorprehenderle, y hacerle recibir aun á pesar suyo los auxîlios de mi zelo. Pero conocia yo su caracter: incapaz de atender á objeto alguno exterior quando tenia el alma ocupada de algun sentimiento; zeloso por ser solo hasta en los mas ligeros intereses que podian tocar su corazon; ¿quánto no aumentaria sus penas mi importunidad? Aguardaba no obstante que me concediese al otro dia libertad de verlo, y ya tenia preparadas las expresiones que convenian á mis pensamientos y á su situacion; pero me salieron fallidas mis esperanzas, pues presentándome por la mañana á su puerta, supe de su ayuda de cámara que queria absolutamente estar solo, y que ni aun á mí me habia exceptuado en esta órden. No quise insistir, contento solo con lo que me aseguraban de haber pasado la noche en una grande quietud, pues el único ruido que oyeron fueron sus propios suspiros. Todo aquel dia fué para mí un nuevo exercicio de compasion y dolor. Por la noche se me acrecentó la pena, al saber del ayuda de cámara que se hallaba su amo acometido de una peligrosa calentura, y que tocando por casualidad sus manos, las halló tan ardientes, que apenas se podia sufrir el ardor. Hice una nueva tentativa para verle, y si no desechó mi proposicion con demasiada dureza, mandó darme una respuesta, que para

la ternura de mi corazon fué todavia una ley mas fuerte. Me envió á decir que bien se hacia cargo de la parte que yo tomaria en su pena, y que agradecia mi compasion, pero que en las violentas agitaciones que combatirian su corazon estaba resuelto á no salir de su quarto sino muerto ó tranquilo. Toda la lástima de que me hallaba poseido no me impidió sonreirme cariñosamente de esta respuesta. Tomé el partido de dexarle á la bondad de su caracter; tan seguro de que se haria digno de la proteccion del cielo, como lo estaba de que jamás abandonaria éste tanta probidad y rectitud.

Ya habiamos pasado un dia y dos noches en un lugar infelíz en que apenas encontrábamos las comodidades mas necesarias para la vida; quando á la mañana del dia segundo, saliendo de la posada para tomar un poco el ayre, veo á lo lejos una silla que venia caminando con toda la diligencia de la posta, precedida y seguida de muchos criados á caballo, que daban á entender era sugeto de importancia el que venia dentro. Un movimiento de curiosidad me determinó á aguardar que llegase á pasar por delante de mí aquel equipage para poder hacerme cargo de lo que era, pero quedé sumamente admirado al oir que me llamaban por mi nombre, y mucho mas quando ví asomarse á la portezuela de la silla la señora de F...... que unia diversas demostraciones de gozo y amistad á los gritos con que se esforzaba á un mismo tiempo á dárseme á conocer, y á detener al cochero.

Aunque mi primer pensamiento fué mirar este encuentro como un contratiempo, no pude negarla aquellas expresiones de urbanidad que debia tanto á nuestro anterior trato como á su sexô. Lo primero que me preguntó fué si estaba con mi hermano. Sería preciso violentar demasiado la verdad para ocultárselo; y así la respondí que habia venido con él á aquella misma aldea, y que me obligaba á detenernos una repentina enfermedad que le tenia en la cama. Acordándome inmediatamente despues del sentimiento que ella tuvo en pasar á sus ojos por autora ó cómplice de una multitud de calumnias, pensé que trayéndola el acaso siguiendo de aquel modo nuestras huellas, debia yo aprovechar la ocasion que me ofrecia para retardar la parte que habia yo tenido en su pena. Parecióme tambien que despues de haberme mostrado tanta estimacion y afecto á mi hermano, podria ella emplearse con algun zelo en consolarle; y de todas estas ideas concluí, que sin hacer nada que no fuese regular, podia convidarla á que se apease para tomar un momento de descanso en la misma posada. ¡O cielo! ¿dudais vos, exclamó inmediatamente la señora F....... que tenga concluido mi viage, quando encuentro lo que me le ha hecho emprehender? Esta aldea es mi término, pues en ella os vuelvo á hallar: y haciendo que la ayudase á baxar, me dió un abrazo tan apretado y cariñoso, como si fuese yo el único objeto de su viage y sus caricias.

Empezaba á quejarse de mis sinrazones, ya

por haber dexado á mi hermano en un error que habia redundado en contra de ella por la pérdida de su estimacion, ya por haberle movido á salir con tanta precipitacion de Madrid, que no hizo caso ni se despidió de un gran número de sus mejores amigos. Interrumpí sus quejas con las disculpas que creí deberla dar por la primera, y la confesé sin rodeos que si en Madrid me habia hecho culpable de alguna cosa, dos dias há que estaba reparada mi falta por la claridad con que habia hablado á mi hermano. Juzgareis, la dixe, por el estado en que vais á verle, de las razones que yo tenia para retardarle esta noticia. Aumentándose su impaciencia, solo instaba por ir á verle en su aposento, pero moderé este empeño, diciéndola que era precisa mucha precaucion para verle, y que yo mismo que me lisonjeaba de su cariño, hacia dos dias que solicitaba permiso para visitarle, y no lo podia conseguir. Prometióme conformarse con las mismas precauciones, y acompañándome á pie hasta la posada, me contó los motivos que la traían á Francia. Tengo tres, me dixo con todo aquel gracejo que la era tan natural, y os confieso que me es necesario el primero para que sirva de velo á los otros dos. Siendo el Embaxador mi pariente mas inmediato. todos están prevenidos de la intencion en que mucho há me hallaba, de aprovechar la ocasion de su embaxada para ir á Paris. ¿Mas porqué he de disimular? Tengo grabada en mi corazon la imágen de vuestro hermano; y no hallo consuelo quando trai-

go á la memoria la mala opinion que ha formado de mí. Iria al cabo del mundo por seguirle, y hacerle ver lo justificado de mis intenciones. Y vos que me atraxisteis su ódio, ¿no estareis por ventura obligado á hacerle ver mi inocencia? No la negué que esto era para mí una obligacion, y que era ya cumplirla el haberme en fin explicado con mi hermano. Llegamos á la posada, y mandé entrar recado á Patricio para que admitiese nuestra visita; y el nombre solo de la señora F...... y su inesperado arribo le dispertaron de su mortal letargo. No solo se arrepintió de haberla tratado antes con desprecio, sino que trayendo á la memoria todas las precauciones que habia ella guardado para darle las primeras noticias de su desgracia, recobró con el agradecimiento que creyó deber á su amistad todos los sentimientos de estimacion con que antes apreció su mérito. Sin embargo, se contentó con mandar que todo esto se lo dixese su ayuda de cámara, y excusándose con la indisposicion en que ella no podia dudar que estuviese, la envió á decir se dignase dispensarle su visita por entonces.

No mostró agraviarse con esta negativa; antes bien compadeciéndose de su situacion, de que la hacian una triste pintura, me dixo con aquel tono que supone ya una familiaridad muy arraigada: y bien, querido Dean, aguardarémos á que quiera vernos, y tendremos por ahora el gusto de pensar que sabe lo cerca que de él estamos, á cuya resolucion no me pareció

oponerme. La soledad de Patricio no podia ser tan larga como aparecia, pues los negocios del Rey lo llamaban necesariamente á S. German, y si la calentura no se agravaba para justificar su tardanza, sabia yo que habiendo avisado á S. M. nuestra salida de Madrid, debia él estar firmemente persuadido de que aquel Príncipe estaria contando los dias de nuestra marcha. Encargué á su criado que se lo hiciese á la memoria, y aun miré este aviso como una prueba que me haria juzgar de la profundidad y peligro de sus males. Nada respondió á lo que el ayuda de cámara le dixo, como si igualmente fuese insensible al cuidado de su obligacion y al de su vida.

Esta obstinacion me pareció un efecto tan peligroso de su dolor, que comencé á meditar mas sériamente en los medios de sacarle del letargo en que estaba; pero la señora F......, mas diestra ó menos reservada que yo, halló modo de introducirse en su quarto antes de concluirse el dia, y fiada en la confianza que con él habia tenido, consiguió, tanto por sus modales cariñosos, como por la sorpresa que su presencia debió causarle ser bien recibida, y aun que la escuchase. Ella misma fué la que me dixo al salir lo que pasó en aquella conversacion, en la qual la dió satisfacciones muy sumisas de la dificultad que antes tuvo en no creerla sobre la desgracia de su esposa; y hablando de su desgracia como hombre que no espéraba ya sobrevivir á ella, la suplicó se encargase de una comision para mí, que él no te-

nia valor para cumplirla personalmente. La vista del Dean, la dixo, es para mí un tormento mas insoportable que la muerte: él sin duda triunfa del objeto de mis penas: siempre le hallé opuesto á mi matrimonio, y por la misma razon debe haber deseado verle tener un éxîto infelíz. ¿Y como me persuadirá jamás que teniendo á mi muger á su vista, y siendo testigo de su conducta, no haya podido oponerse á todo lo que me habeis contado de su desórden? él, á quien es tan natural el tono de censor, y que ha estado estudiando toda su vida el modo de incomodar á su familia con su indiscreta y excesiva moral? Creed pues que ha tenido un placer maligno en ver caer á mi muger por grados, y que se lisonjea de un efecto que parece probar la superioridad de sus luces sobre las mias. No es esta una confianza, continuó, que á vos os hago; decidle de mi parte lo que yo no tengo valor para echar en cara á un hermano, pero de lo que estoy bien seguro es, de que jamas le perdonaré. Y supuesto que me hallo encargado de los asuntos del Rey, que solo consisten ya en entregarle el tratado que acabo de hacer en su nombre con la Corte de España, proponed á mi hermano que acabe mi comision llevándole á S. German. Tendré para con él dos obligaciones, una, la de haberme libertado de su presencia, y otra, la de proporcionarme la libertad de huir igualmente del resto de los demás hombres, con quienes no quiero ya tener la mas mínima comunicacion.

Lisonjeada la señora F...... con la confianza

que la mostró con este discurso, y previendo sin duda que para curarlo de su tristeza, como tambien para el intento que tenia de ganar su corazon, la vendria bien para valerse en mi ausencia de todo su talento y artificio, respondió aprobando su intento, y aun exhortándole á no variarle. Haciéndome esta relacion, en que procuró no mitigar con alguna expresion de política todo lo que habia de humillante para mí, emprehendió persuadirme al mismo tiempo, que siendo lo que mas convenia á la situacion de mi hermano el reposo y la soledad, debia yo concederle la satisfaccion que me pedia, y fiar á ella el cuidado de tranquilizar su espíritu. Imaginándose despues dar mas verisimilitud á esta promesa con la formal confesion de sus sentimientos, me declaró que no teniéndose por indigna del afecto de un hombre de honor, esperaba merecer el de mi hermano con todas las pruebas que podria darle de una pasion honesta; para disponerle, si era posible, á concederla algun dia el título de su esposa. Me veis empeñada por esta mira, me dixo, no solo á no omitir diligencia alguna para restablecer su salud y su reposo, sino á hacerle mudar de disposicion respecto á vos, y adquirir yo por este medio el mérito de conservar la paz y union en vuestra familia. Partid, querido Dean mio; cumplid con la comision que él os encarga, y no dudeis que mis cuidados os le hagan hallar otra vez tal como debe serlo para vos, quando nos volvamos á ver en París; porque bien sabeis, añadió sonri-

yéndose, que pronto le haré yo perder ese ódio que manifiesta tener al mundo, y la resolucion que tiene de huir de él.

Por grande que fuese el pesar que me causase el oir este largo discurso, me sentí mucho menos afligido de la injusticia de mi hermano, por el cariño que me hizo mirar inmediatamente como delirio de un corazon y espíritu enfermos, que ofendido del atrevimiento y presuncion de una muger á quien no habia visto quatro veces en toda mi vida. ¿Qué causa tan poderosa podia hacerla olvidar el decoro á que la obliga su sexô, y venir en pos de un hombre que de ningun modo la pertenecia? ¿ni cómo tenia valor para atribuirse el derecho de arreglar mi conducta, y los asuntos de nuestra familia? Patricio sí fué su amigo; y bien comprehendia yo que en mas de quatro meses que estuvo en Madrid, habiéndose pasado pocos dias sin verla, pudo tener con ella alguna confianza que la daba motivo á una parte de sus esperanzas. Pero por ventura ¿tenia ya tanta seguridad de su cariño, que se creyese autorizada para tomar imperio sobre lo que dependia de él, y se figuraba acaso que tuviese yo otra dependencia mas de mi hermano, que la de la ternura de la sangre y zelo de la Religion? Tal vez intervenia en ese resentimiento un poco de zelos; pero los creía justos, considerando que Patricio concedia á una extrangera demostraciones de confianza y amistad que á mí me negaba. La sospecha que él tenia de mis sentimientos me parecia digna de perdon atendida

las primeras agitaciones de su dolor, pero no podia yo disimular que se entregase de tal suerte á su injusticia, que la manifestase públicamente con una conducta tan dura como sus discursos. En fin, lejos de rendirme á la proposicion que se me hacia de su parte, protesté á la señora F...... que nada me haria consentir en abandonarle un momento, y que no cometeria tampoco el yerro de acabar una comision, de que el Rey no podia pedir cuenta á otro que á aquel á quien se la habia encargado.

Alegó sin duda la señora F...... á mi hermano como un gran mérito la injuriosa exâctitud con que me refirió sus expresiones, y no me atrevo á apostar que no añadiese algo á las mias para envenenar mi respuesta. Pasóse lo demás del dia sin ocurrir lance alguno, y solo le empleé en reflexîonar lo mal premiado de mi zelo, que jamás me grangeó de mis hermanos sino pesadumbres y desayres. Á eso de las doce de la noche, quando la amargura de mis ideas tenia al sueño muy distante de mis ojos, oygo un ruido de coches y caballos, que creí serian el equipage de algun viagero. La especie de reposo en que me hallaba, por la libertad que á lo menos tenia de abandonarme á mis tristes reflexîones, no se turbó con aquel ruido, porque no tenia el menor presentimiento de los nuevos males que me amenazaban. Pero quando desperté, que fué un poco tarde por el desvelo en que habia pasado toda la noche, Jacin mi antiguo criado, me dixo que Patricio se habia marchado con su familia, y que

dexó para mí una carta, que no se la entregaron hasta despues de haberse vestido. La abri con toda la turbacion que semejante aviso debia causarme, la qual en pocos renglones contenia, que no pudiendo soportar al mundo, ni á mí, ni á sí mismo, iba á retirarse á un desierto, en donde no queria otra comunicacion que la de los seres mudos é insensibles, que no serian capaces ni de perseguirle ni de hacerle traicion, que dexaba en el quarto que habia ocupado una arquita en que estaban los papeles que debia entregar al Rey, con algunas instrucciones que él habia añadido para mí, y que me bastarian para corresponder tan perfectamente como él mismo á la confianza de aquel Príncipe; y al mismo tiempo me suplicaba que le hiciese presentes sus excusas, contando de tal modo con su Real bondad, que no dudaba merecerian su aprobacion.

No me ocurrió la menor duda de que la señora F...... habria marchado con él, y aumentando mi dolor este pensamiento, no pude menos de prorumpir á presencia de Jacin en mil quejas que le hicieron penetrar una parte de mis inquietudes. Por lo respectivo á la señora F..... me respondió prontamente que estaba aun sumergida en el sueño, y que ó él se engañaba mucho, ó ignoraba como yo la marcha de mi hermano. Conocí que revivia mi valor con esta protesta, y formando inmediatamente un proyecto, que me dexaba tan satisfecho por lo que hace á la señora F....., de quien me proporcionaba tomar úna inocente venganza, com-

tambien por mi hermano, al qual me daba todavia esperanza de hacerme útil á pesar de su propia opinion, dí órden á Jacin para que hiciese poner al punto los caballos á mi silla. Estaba yo resuelto á marchar al instante, esto es, antes de que dispertase la dama española, y seguir á Patricio con tanta diligencia, que no habiendo otro camino que el de la posta, no se me pudiese escapar antes de concluirse el dia.

Executáronse puntualmente mis órdenes, y me alejé de la posada antes de que la señora F..... llamase á sus criados; y llevando la venganza todo lo mas lejos que me pareció podia; al tiempo de subir á mi silla encargué á uno de sus criados que la dixese me era deudora de algun agradecimiento por el cuidado que tuve en no querer interrumpirla el sueño. Quando supusiera yo que el mismo motivo que la determinó á dexar á España, la obligaria tambien á seguir sin demora nuestras huellas, me hallaba bien seguro de que no quedaban bastantes caballos en la posta, para poder partir antes que volviesen los nuestros, y creía de consiguiente que la tomariamos tanta ventaja, que la sería dificil alcanzarnos.

En esta atencion, y en la de que suponia yo que Patricio continuaria la ruta de París, fuera de la qual no siempre se hallan postas arregladas para la comunicacion de las otras ciudades; seguí caminando hasta Orleans, informándome continuamente á qué distancia iba delante de mí, y si habia mostrado alguna intencion de mudar de camino; pero en Orleans

fué donde ya le perdí; pues me dixeron en la posta que habia llegado alli tres ó quatro horas antes que yo, y que habiendo confiado su silla, y alguna otra parte de su equipage al hospedero, salió á pie con tres criados que traía consigo. Abandoné con esta noticia el intento de continuar mi viage, y no pensando sino en descubrirle, me lisonjeé con que este cuidado no era de largas diligencias en una ciudad de provincia. Sin embargo despues de gastar inútilmente una parte del dia, no supe hasta muy cerca de la noche que habia alquilado un barco, en el que se entró con uno de sus criados despues de despedir á los otros dos; y que no habiéndose explicado ni sobre el lugar á donde iba, ni aun sobre el tiempo que necesitaba para su viage, no podian informarme de nada hasta la vuelta de los remeros que lo conduxeron.

¡Qué nuevo motivo de inquietud! La prudencia no me permitia marchar sin ningun destino. Fué menester aguardar por espacio de dos dias una noticia que no podia recibir por otro camino que por el que me proponian. Los pasé con mil sobresaltos, y la incertidumbre de su duracion hacia todavia mas crueles; hasta que la llegada de los remeros vino felizmente á terminarlos. Habian conducido á Patricio á una Abadia de Benedictinos, situada á algunas leguas de Orleans en la rivera del Loira, y volvian muy satisfechos de su dulzura, y dádivas que les habia hecho. No pudiendo comunicarme otras luces, no hicieron sino enardecer mas el deseo que tenia de encontrarle. ¿Si acaso

su desesperacion le habrá obligado á romper absolutamente con el mundo, y querrá sepultarse en la soledad de un desierto con intencion de no salir jamás de él? Mal pronosticaba yo de una resolucion formada con el ánimo turbado, y no podia menos de temer sus resultas. Estos grandes sacrificios deben ser el fruto de una larga y tranquila meditacion; y la razon y la gracia no ayudan fácilmente á sostener un partido que no han inspirado. Apresuréme pues á partir en busca suya con los mismos remeros que le habian conducido.



LIBRO UNDÉCIMO.

Luego que llegué á la Abadía supe por los informes que me dieron en la puerta, que Patricio se habia presentado al Superior baxo de otro nombre, pero que no ocultó su patria ni su ilustre nacimiento; y solo confesando que por algunas extraordinarias pesadumbres buscaba la soledad, pidió por favor que no pretendiesen averiguarlas, y prometió por su parte no dar incomodidad alguna en la casa con el método de vida que se proponia observar. Convenidos en la quantidad de su pension, suplicó le diesen el quarto mas retirado, en que la proxîmidad de un bosque espesísimo lisonjeaba su melancolía. Previno le llevasen algunos libros cuyos títulos señaló, y pactando con el Superior que no le propondrian ver á nadie

en aquel retiro, si él mismo no pedia alguna diversion, se encerró gustosísimo con su ayuda de cámara una hora despues de haber llegado.

Como un acontecimiento tan extraordinario hizo mucho ruido en la casa, apenas supieron la curiosidad con que me estaba yo informando á la puerta, quando mostraron todos la mayor ansia por verme y oirme. Mi ánimo hubiera sido tambien hacer que llamasen al Superior, y que éste me repitiese por sí mismo lo que temia yo que me dixesen los de la porteria imperfectamente; pero el mismo portero, con quien continuaba mi conversacion, me le dió á conocer en el número de los que la curiosidad traía ácia mí. Llaméle aparte con muchas precauciones, para no dexarme ver de los otros; temeroso de que tarde ó temprano llegase á noticia de Patricio que habia yo descubierto el lugar de su retiro, y llegado al Monasterio dos dias despues que él. Desde la primera idea que concebí de su proyecto por la relacion del portero, lejos de hallarle opuesto á la razon, me persuadí que podia sacar de él mucha ventaja para el restablecimiento de su sosiego, y no solo tomé la resolucion de no turbarle con mi visita en el primer ensayo que hacia de la soledad, sino dexarle tambien ignorar de que le seguia tan de cerca sus huellas. Sin embargo me hallaba contentísimo de tener algun trato con el Superior, asi para proporcionarme medio de recibir noticias suyas, como para empeñarle con mis agasajos á que contribuyese quanto le fuese posible á la curacion de mi her-

mano. Sin declararme mas que él sobre nuestro apellido, y aun sin decirle el grado de parentesco que con él tenia, nada omití de lo que podia hacerle amable y respetable á la Comunidad, y tuve la satisfaccion de oir de boca del Abad, que desde la primera vez que le vió le habia cobrado un grande afecto.

Hallóse mi corazon tan consolado con este felíz encuentro, que atreviéndome ya á esperar los frutos mas agradables, solo pensé en ir prontamente á París para apresurarlos. Conociendo la natural bondad y el piadoso corazon del Rey, no temí ya se agraviase del partido que mi hermano habia tomado, y creí que efectivamente con las instrucciones que me dexó Patricio supliria yo muy bien su ausencia. Pero me consolaba todavia mas con preveer que volviéndole la soledad poco á poco la tranquilidad de espíritu que tanto tiempo há habia perdido, tomaria su razon tarde ó temprano bastante fuerza para hacerle conocer lo que debia á Sara Fincer, y para disponerle en fin á reintegrarla en todos los derechos que su rival habia usurpado. La señora F....... no me era ya tan temible. No podia dudar que continuase su viage, y desde que me aparté de ella, no pude defenderme de un recelo que continuamente me incomodó en el camino. Si temí poco en España los sentimientos que podia ella inspirar á mi hermano, porque estando como en el teatro de sus desórdenes dependia de mí á cada momento levantar el velo á los ojos de Patricio, para convencerle por mi relacion ó por la de otros

muchos, de que su conducta la hacia poco digna de la mano de un hombre de honor; no tenia yo el mismo recurso en Francia. Temia sí que la distincion con que su mérito personal y la circunstancia de parienta del Embaxador la iban á hacer recibir en Paris, no fuese tan capaz de deslumbrar á Patricio, como lo sería sin duda la distancia de Madrid para cerrarle los ojos sobre unos cargos y acusaciones, cuyas pruebas me sería dificil verificar: pero el partido que él habia tomado disipaba todas mis desconfianzas. Poco cariño la tenia, quando la vergüenza y el dolor le movieron á dexarla tan fácilmente; y quando ella juntase á todas las gracias que tenia, toda la prudencia que jamás tuvo, para expugnar con tan fuertes armas el corazon de Patricio, me proponia obrar con tanto teson á favor de la desgraciada Sara, y por unos caminos, á que mi hermano era tan naturalmente sensible, que ya me creia quasi seguro de mi victoria.

Divertíame con estas ideas al volver á Orleans, donde habia dexado mi silla, quando al tocar la ribera del Loira para salir del barco que me conduxo, vi salir de una casa vecina á la señora F...... seguida de sus criados, que inmediatamente se acercaron á mi, con tanto gozo por volverme á ver, como de pesar para mi con aquel encuentro. Al punto comprehendi lo que los traia. Siguiendo los pasos de mi hermano y mios, supieron como yo en la posta de Orleans, que Patricio habia dexado alli su silla. El deseo de dar con él se apoderó de la señora F....... que

despues de vivas diligencias llegó como yo á conseguir algunas noticias, aunque imperfectas, á la orilla del Loira. Los barqueros que le conduxeron á la Abadía no tuvieron tiempo á su vuelta para contar las circunstancias de su viage, porque mi ansia en hacerles volver atrás no les dexó un momento de descanso, y por lo mismo no pudo la señora F...... recoger ninguna noticia clara y cierta de nuestro rumbo. Aguardaba, como lo hice yo antes, á que llegasen para preguntarlos; y aunque debiese recelarse de mi presencia, no la ocurrió que tuviese el menor interes en ocultarla el paradero de mi hermano.

No obstante, á proporcion de la alegria que descubria yo en su rostro, me hallaba afligido con este fatal encuentro; y no imaginando en mi primer sorpresa cosa alguna que pudiese por el pronto libertarme, me volví á mis dos barqueros, á quienes prometí doble paga de la que les habia ofrecido para mi viage, si guardaban secreto por dos dias. No pareciéndome tampoco suficiente esta precaucion, les pedi me siguiesen, baxo el pretexto de pagarles en el sitio en que tenia mi silla, y dí órden á mi criado que los llevase allá mientras me detenia un momento con la señora F...... de lo qual no podia excusarme. En efecto, estaba ya ella tan cerca de mí, que haciéndome rápidamente algunos cargos sobre mi partida, y continuando con la misma franqueza, preguntándome el lugar en que habia dexado á mi hermano, no hallé otro recurso entre la necesidad de descubrir mi se-

creto, ó engañarla con una mentira, que declararla con bastante precipitacion que me hacia una pregnnta inútil. Ofendióla mi respuesta; pero como si esta primera severidad me dispusiera todavia mas á no contemplarla, la eché tan vivamente en cara lo indecente del motivo que la impelia á buscar á Patricio, y el poco honor que se hacia en apartarse tan á las claras del decoro de su sexô, que con la confusion que la causaron algunas de mis expresiones, quedóse sin poder replicar, vertiendo algunas lágrimas. Yo estaba solo, pues Jacin y los barqueros habian marchado. Dándose por entendido uno de sus sirvientes del insulto que hacia yo á su ama, se vino fieramente á mí, y me trató con una desatencion, que me sorprehendió en un criado; pues parecia no estaba aguardando sino una palabra de su boca, ó una seña de sus ojos para unir los golpes á las injurias. Asustóme su violencia; pero la señora F........le impuso silencio con un ayre de autoridad, que le obligó al punto á callar, y le amenazó con que castigaria su atrevimiento si volvia á faltar al respeto debido á un Eclesiástico.

Yo pasaria por alto este lance, si no hubiese. llegado á ser para mí una leccion tan útil, que se comunicó su fruto á todo el resto de mi vida. Aunque el pesar que me causó verme tratado con tan poco miramiento, junto con la esperanza de poder por el camino que habia elegido ocultar el paradero de mi hermano, me obligase á tomar inmediatamente el partido de alejarme, no pude recordar la impresion que mi

discurso causó á la señora F........y la bondad con que se declaró por mí contra su criado, sin reconocerme mas culpable que aquel mismo, cuya insolencia tanto me ofendió. ¿Inspiran acaso mas dulzura en los modales, y mas urbanidad en las expresiones, el uso del mundo y la política humana, que los principios de que toda mi vida hice un formal estudio? Tal fué mi primera reflexïon. ¿Mas no soy yo, continué inmediatamente, el que no ha penetrado bastante toda la extension de mis principios? Y pasando á esta discusion con el mismo método que mas de una vez habia observado, hallé efectivamente que en la caridad christiana estan incluidos todos los deberes de la política, que forma la principal union de las sociedades civiles. Llevando aun mas lejos esta observacion, concluí del motivo de la caridad, que es siempre el bien del próximo, con la proporcion de lo que se debe al mas débil, que las mugeres por una infinidad de razones propias de su sexô, tienen un derecho particular á nuestra compasion, que es en la realidad aquella especie de miramiento con que se las trata, que se llama política; siendo de consiguiente la misma caridad christiana la que nos obliga á usar con ellas de alguna mas condescendencia.

Con el fervor de esta reflexîon hubiera de buena gana vuelto á hablar á la señora F........ para pedirla perdon del ayre y tono con que antes me expliqué, si no me creyese dispensado de dar esta satisfaccion, por lo importante que me era no exponerme de nuevo á que me hiciese

mas preguntas sobre el retiro de Patricio. Quantas mas perfecciones hallaba yo en esta dama, mas peligroso me parecia su mérito, y por lo tanto comencé mas que nunca á temerla tan de veras para mi hermano, que no creyéndome bastante seguro de los barqueros por su palabra y por el premio con que les habia ofrecido pagar su fidelidad, me ocurrió alejarlos de Orleans por algunos dias, para ponerlos en la precision de cumplirme todo este tiempo lo que me tenian prometido. El único medio era empeñarlos baxo algun pretexto á que me acompañasen hasta Paris. Como el interes todo lo puede con unas gentes que ganan su vida con su trabajo, les propuse para que me siguiesen, una cantidad que fácilmente los determinó á ello.

Todos los lances ocurridos, y la necesidad de proveer á todas las circunstancias, me acostumbraban de un dia á otro á una especie de prudencia, cuyas reglas no habia adquirido en mis estudios; y discursos de esta misma naturaleza fueron los que me prepararon para representar el papel que mi hermano me encargó para la Corte de S. German. Jamás la política habia sido ocupacion mia; pero considerando que por el honor mismo de Patricio, que fiaba de mí el desempeño de su comision, no debia presentarme á los ojos del Rey absolutamente sin experiencia y sin luces, estudié tan atentamente la instruccion que me dexó mi hermano, y por el cuidado que tuvo de incluir en ella muchas interesantes observaciones, me puse tan perfectamente en estado de aprovecharme de ellas,

que el Rey, concediéndome el honor de hablarme largo rato en su gabinete, dió señales nada equívocas de lo satisfecho que se hallaba de los servicios de mi hermano y mios. No se mostró menos sensible al saber la precision en que le pusieron sus desgracias de retirarse por algun tiempo á la soledad. Este fué el pretexto que dí al partido que habia tomado, y como la curiosidad del Rey se limitó á saber que habia perdido su esposa, tuve la fortuna de evitar una narracion, á que temí me obligasen sus órdenes.

Aunque no olvidé, quando salí de Madrid, participar nuestra partida al Conde de S...... y á Sara Fincer, el deseo de conservarme siempre no solo la libertad de arreglar la duracion de nuestra marcha, sino tambien la de proporcionar las circunstancias de nuestro arrivo, y sobre todo de no exponer á Patricio á encontrarse tal vez con Sara Fincer quando menos lo esperásemos, me obligó á hablar de nuestro rumbo y del dia en que podriamos estar de vuelta en París, como de dos cosas igualmente inciertas. Sin esta precaucion no podia yo dudar que Sara saliese muy lejos á recibirnos; pero viéndose obligada á moderar su impaciencia, la hallé en casa del Conde ocupada en sus acostumbrados exercicios, que eran la lectura y la labor. Milord Tenermill habia vuelto de Irlanda hacia algunas semanas; por lo que esparcida de un golpe por toda la casa la voz de mi llegada, me ví en un mismo momento rodeado de todos. No se admiraron de verme solo y sin Patricio. Habia partido éste tan tibio por lo que hace á la casa

del Conde, que no podian seis meses de ausencia ser suficientes para disiparle esta tibieza; y desde luego se figuraban, que las noticias que le llevé á España le habrian hecho sentir, con el dolor de su pérdida, una vergüenza vivísima de haberse voluntariamente atraido sus desgracias con unos excesos de preocupacion, de que no pudieron curarlo los consejos de sus amigos. Es verdad que no penetré desde el primer momento las disposiciones de todas las personas amadas que me rodeaban; pero fácilmente podia conocer los ardientes deseos de Sara por hablarme á solas para manifestarme las suyas.

Tuve esta condescendencia con sus deseos luego que me dexaron un instante libre; y mi ardor en contarla lo que habia yo visto, ó lo que otras circunstancias me manifestaron, no satisfizo suficientemente su curiosidad. Deseaba saberlo todo á un mismo tiempo, y reflexîonando no obstante cada una de las partes de mi discurso, queria una pintura tan circunstanciada de todas las cosas, que nada se omitiese ni se contase ligeramente. No pude menos de mezclar en mi narracion á la señora F....... y las confianzas de Patricio con esta dama, obligaron á temblar á Sara. Hízome cien preguntas de su caracter, aun despues de lo fielmente que se le retraté, y quando sobre todo llegué á los acontecimientos de nuestra vuelta, me preguntaba á cada palabra, si era posible que Patricio no se mostrase sensible á aquella constancia en seguirle, y si me hallaba bien persuadido de

que en las atenciones que él con ella habia tenido no hubiese entrado algun sentimiento de amor. Mas explicándola por fin con la misma exâctitud el partido que tomó en Orleans, haciéndola tan solo presente, que esta parte de mi relacion era un secreto que únicamente á ella confiaba, me pareció que la satisfaccion que hasta entonces mostró en escucharme, se mudaba de repente en inquietud y tristeza. En una tan larga narracion, en que veía que ella no entraba para nada, esperó siempre que llegaria alguna circunstancia en que me oiria referir lo que habia hecho en quanto á su encargo; pero como la separacion de Patricio, y la descripcion del viage que hice al desierto, á que se habia retirado, la mostraron claramente que no tuve ocasion de volverlo á ver, me acusaba en su interior de haberme olvidado de servirla, y tal vez llegó al extremo de sospechar que favorecia yo las pretensiones de la señora F...... Continuó no obstante algun rato mirándome en silencio, aun despues de acabar mi narracion, como si todavia se lisonjease de que iba á añadir alguna cosa que tuviese relacion con ella, ó que habiéndome olvidado de lo que la pertenecia, serviria la atencion que yo pusiese en sus miradas á traérmelo á la memoria. Perdiendo en fin toda la esperanza, ¡ah, querido Dean! me dixo, derramando algunas lágrimas, ya veo yo que no os acordasteis ni de mis súplicas ni de vuestras promesas; ó si estas os han hecho intentar algo para una amiga desgraciada, demasiado me dice vuestro silencio que nada habeis conseguido. Pe-

netróme el corazon esta queja. Deberia preveer, la respondí, que me hariais esta reconvencion, y no me hubieran faltado razones muy justas para prevenirla. Nada me hubiera sido en efecto tan fácil, como hacerla observar en la série de mi relacion, que dilatando quasi hasta el fin de mi viage las noticias que comuniqué á mi hermano, no habia apariencia de que pudiese yo hallar en un espacio tan corto medio de hacerle otras proposiciones; pues desde que le participé su desgracia no lo habia visto siquiera una vez. Pero pudiendo quasi afirmar que no tenia en el corazon sino tristeza, y acordándome de los sentimientos que siempre conocí en él respecto á ella, no hubiera tenido reparo en lisonjearla con las conjeturas mas dulces. Á esto es á lo que me determiné, viendo la necesidad que tenia de este auxîlio; y no me costó trabajo infundir la esperanza en un corazon tan inflamado por sus propios deseos. Iba á proponerla que nos juntásemos para deliberar sobre los límites que el bien parecer la imponia; pero teniendo ella misma que comunicarme algunos secretos, me preguntó lo que pensaba de Milord Tenermill, que sin imaginarse que pudiese conservar la menor inclinacion á Patricio, no cesaba de instarla desde que habia vuelto á que abreviase sus penas amorosas, creyéndola segun parece determinada á disipárselas algun dia. Mostraba claramente hacer alarde de sus esperanzas, y declarando que habia olvidado las condiciones á que antes de su partida se sometió, se valió muchas veces del Conde y la Condesa de S......"

para solicitar que Sara las olvidase igualmente. Ella, que se figuraba estar obligada á guardar el mayor miramiento en una casa, que tenia mas interes que nunca en no desamparar, y que no atreviéndose á prometerse nada por lo que hace á Patricio, se atrevia aún menos á manifestar los deseos de su corazon, vivia en una sujecion perpetua, y ni siquiera tenia el consuelo de aliviarse confiando á otro sus penas. No os cuento, me dixo, la mitad de las persecuciones que tengo que sufrir de Milord Tenermill, y temo se aumenten quando sepa el afecto que siempre he conservado á su hermano.

La experiencia de tantos desórdenes como habia yo visto, causados por el amor, no me permitia mirar con indiferencia los recelos de Sara. Mas la opinion que tenia del caracter de Tenermill, se conformaba poco con aquel exceso de ternura, con que se hacia incómodo, y aun temible á la persona á quien amaba. Comuniqué á Sara este pensamiento; y convino en que en sus miradas y en sus obsequios jamás notó aquel ayre cariñoso, que es propio de los corazones tiernos, y de que me confesó sonriyéndose que habia aprendido á juzgar por una larga experiencia. Pero su modo de explicarse, añadió, no por eso es menos eficaz, y si no fuese el amor el que le hace importunarme con tan vivas instancias, temeria yo todavia mas otra pasion que tendria bastante fuerza para obrar con tanto imperio baxo la máscara de una falsa ternura. Sin creer falso su cariño, respondí, podrian atribuirse los efectos de que

os quejais á alguna pasion mas fuerte, de que toma prestado una parte de su ardor. En este momento nos interrumpió Milord Tenermill, pidiéndonos permiso para tomar parte en nuestra conversacion; y el tono que á presencia mia tomó me pareció justificar las quejas de Sara. La reconvino con la resistencia que oponia á su felicidad, y tomándome por testigo de la antigua viveza de sus sentimientos, me protestó con algunos juramentos militares, que su último viage á Irlanda solo sirvió para aumentarla. Confieso que acostumbrado á las demostraciones tibias y respetosas con que regularmente mostraban su cariño, ya Patricio y el Conde de S..... ya Sara y la Condesa, no hallé en aquel ayre caballeresco el caracter del amor, cuya idea me habia formado por otros exemplos.

Bien pronto se descubrió para mí este misterio. Saliendo con él del quarto de Sara, me habló del proyecto de su matrimonio con el mismo ardor, pero con menos afectacion. Despues de algunas expresiones atentas sobre la idea que tenia de mi cariño, me dixo que era una fortuna hubiese yo venido para tomar parte en lo mas ventajoso que podia él desear para sí mismo, y mas glorioso para nuestra familia. Era éste un secreto, que solo lo sabian el Rey y el. Mientras estuvo en Irlanda, le favoreció de tal modo la fortuna, que lo hizo útil al servicio de S. M. en una ocasion muy importante. Este Príncipe, que no se creia dispensado de agradecer por la obligacion que sus vasallos tenian de servirle, le colmó de agasajos quando volvió, y dandole motivo para esperarlo

todo de su favor, le declaró, obligándole al secreto, que si podia aumentar sus bienes con un matrimonio ventajoso, era su ánimo hacerle Duque. Juzgad, me dixo, si con la tierna inclinacion que conoceis profeso há tanto tiempo á Sara, no estoy fuertemente interesado en instarla á que reciba mi mano. No me atrevo, añadió, á hacer con ella mérito de un motivo que tal vez disminuiria alguna cosa de la opinion que tiene de mi ternura, además que la órden del Rey me obliga al secreto; pero á vos, cuya discrecion y sabiduría son iguales, no tengo dificultad en descubrirme, con la esperanza de que me ayudareis á sacar de Sara un consentimiento, que debe echar el sello á mi fortuna y felicidad.

Un modo tan ingénuo de explicarse quitaria todas las dudas de Sara, si tuviese yo libertad para comunicarla lo que recibí de mi hermano como un secreto; pero su reflexîon sobre la fuerza de una pasion, que era capaz de prestar fuego al amor, llegó á ser mas cierta para mí mismo. Parecióme infalible que mirando Tenermill su matrimonio con ella como el fundamento de su fortuna, tomaria por señales de ódio todo lo que se pudiese emprehender contra una esperanza tan lisonjera para su ambicion. Siendo tan altivo é imperioso como era, dudé que perdonase ni aun á su hermano el disputarle un corazon, sobre el qual creeria que le habian adquirido algun derecho sus largos servicios. De aqui es que nada era tan delicado como mi situacion, por la necesidad en que me hallaba de explicarme con él, mirando por el interes de Sara, que ninguna cosa era ca-

paz de hacerme abandonar. Salí no obstante de un apuro tan urgente con una respuesta equívoca, de que estaba persuadido tomaria él el sentido mas favorable á su amor propio. Despues de darle la enhorabuena por el favor del Rey; si Sara, le dixe, gusta de la grandeza, sin duda se dará prisa á corresponder á tus vivas y eficaces insinuaciones, y sin faltar al secreto que te se ha impuesto, te prometo la haré presentir á lo que la destinas. Mostróse satisfecho con esta promesa. Era en efecto mi ánimo no ocultar á Sara que de lo que debia desconfiar era de la ambicion de Tenermill, y habiéndola desde el mismo dia dado este aviso, no advertí que las grandes esperanzas que la expliqué de un modo vago é indeterminado hiciesen tanta impresion en su pecho, que tuviese que resistir un momento al amor.

Antes bien, si me rindiera yo á sus proposiciones, me marcharia pocos dias despues á vivir en la soledad de Patricio. Ocurrióla que sin hacerle saber estar cerca de él, se encontraria fácilmente una casa que alquilar en la misma vecindad; y solo con el pensamiento de que adquiriendo todos los dias noticias de su situacion templaria sus penas con tal que supiese de la salud y sosiego de uno, á quien á pesar de todo lo ocurrido, miraba aun como su verdadero esposo, formaba en su imaginacion un plan de vida dulce y dichosa. Costóme mucho trabajo hacerla abandonar este proyecto, y solo lo conseguí prometiéndola emprehender inmediatamente el viage á la Abadía, para verle, hablarle y

exâminar si la conservaba aún alguna inclinacion.

Poco se hubiera dilatado este viage, aun sin la palabra que daba yo á Sara de hacerle. Además de la inquietud que continuamente me poseía por la salud de un hermano tan querido, me fué forzoso excusar su tardanza con pretextos de enfermedad, que mal sostendria si dexase pasar un intervalo demasiado largo, sin fingir á lo menos que lo iba á visitar. Muchas veces desearon ir en persona el Conde de S..... y Milord Tenermill á las cercanías de Orleans, donde les dixe se vió precisado á quedarse; pero no explicándome jamás sobre el género de su enfermedad, ó no habiendo hablado de un modo capaz de sobresaltarlos, descansaban en quanto á su situacion por la tranquilidad que yo mostraba, de que no me creían capaz, si estuviese Patricio en el menor peligro. Escogí para mi marcha el dia que ellos menos esperaban, para evitar el deseo que uno ú otro tendrian de acompañarme, y como Sara era sabedora de todo; ¿qué cosas no me dixo al despedirme? ¿Con qué ardor y ternura no me encomendó el cuidado de su felicidad y el interes de su vida? Pasé quasi una noche entera en escuchar los testimonios de su ternura, y en repetir las mismas expresiones con que queria ella que me sirviese para hablar á mi hermano.

No tenia yo mas criado que á Jacin, el qual antes de presentarme en la Abadía tuve por conveniente mandarle tomar algunos informes de las mudanzas que pudieran haber acaecido desde el viage que hice á ella. Refirióme efectivamente

dos noticias, que me causaron mas sorpresa que lo que jamás hubiera creido; la una que Patricio, cuyo nombre todavia verdadero aun le ocultaba, habia propuesto al Superior que le recibiese en el número de los Religiosos; la otra que aquel buen Prelado puso alguna dificultad, únicamente por el motivo de que habiendo formado una alta idea de mi hermano, por diversas razones que sirvieron de fundamento á sus conjeturas, temia atraerse alguna desazon con los suyos, si cedia á unas instancias que no le parecian efecto de un corazon y espíritu verdaderamente tranquilos.

¡Á qué exceso de turbacion no me figuré que habia llegado el triste Patricio, quando se dexaba llevar á tan violentos extremos! No obstante el mucho respeto que tenia él á la Religion, lo hallé siempre tan distante de los métodos particulares de piedad, que mil veces me ví obligado á combatir su aversion y sus preocupaciones contra la mayor parte de las familias religiosas. En medio del trastorno en que yo suponia su razon, era por ventura la gracia á lo que se podia atribuir la mudanza de sus ideas, ó tambien pudiera ser que dexándose vencer por su desesperacion, buscase el fin en un remedio aun mas terrible que sus penas, al modo que un furioso se precipita en un abismo ó se introduce voluntariamente un puñal en el pecho. Era pues tiempo de buscarle en su retiro, y obligarle á que oyese á pesar suyo todo lo que mi zelo me habia hecho meditar para volver el sosiego á su corazon. ¡Pero quán remotas me parecieron las esperanzas de Sara, y quán poca apariencia ví de poder hacer uso de todas las ins-

trucciones que me encargó al tiempo de mi partida!

Púseme inmediatamente en la Abadía, y pidiendo á los Religiosos permiso de hablar al solitario, me ví expuesto á no conseguirlo, por el temor que tenian de incomodarle violando sus órdenes. Mis instancias no obstante, y el pretexto de muchos asuntos de importancia, movieron al Superior á consentir en tomar él mismo por su cuenta que fuese bien admitida mi visita. Acompañóme hasta la puerta de la celda, y entrando él delante para dar recado mio, diciendo, que habia alli un Eclesiástico que deseaba verle, volvió con el encargo de introducirme. No bien me vió Patricio, quando volviendo á otra parte el rostro, exclamó: ¡ah! él mismo es, ya me lo habia yo recelado á la primera palabra de mi Superior. ¿Mas qué interes, añadió, os obliga á seguirme? ¿quién os ha descubierto un retiro en que me consideraba olvidado de todos los hombres? Pero en fin, llegais muy á tiempo, y me hallais en unas disposiciones, que desde luego se conformarán con vuestros principios.

Fixaba en mí los ojos continuamente alterados con sus largas agitaciones, y yo por mi parte le miraba con mucha mas atencion, conociéndole apenas segun el abatimiento en que lo veía sumergido, y admirándome de la mudanza que un espacio tan corto habia ocasionado en su semblante. Todo lo que le rodeaba parecia dispuesto para aumentar su tristeza; unos tapices de un morado obscuro que no era capaz de

reflexar los rayos del sol, algunas sillas sin órden, sobre las quales estaban confusamente dispersos sus vestidos y libros, las ventanas á medio abrir, que prohibian á la luz la entrada de la celda, como si se temiese disipar su natural lobreguez; por la parte de afuera un silencio tan profundo que no se oía ni aun el ruido de los páxaros ni del viento. Unas apariencias tan melancólicas me inspiraron una parte de la tristeza que me parecia esparcida al rededor de mí. Resintióse de esta impresion la respuesta que dí á Patricio, pues fué breve y dolorosa. Sorprehendido yo mismo de que los sentidos tuviesen sobre la razon tanto imperio, me senté suspirando, para aguardar que él abriese una conversacion que no tenia yo fuerza para principiar.

Guardó silencio por algunos instantes, como si le causase novedad el mio, ó buscase términos para explicarse. Rompiéndole en fin con un ayre en que me pareció que la ternura era superior al dolor, me dixo: sea el que fuese el camino por donde habeis descubierto mi retiro, debo agradecer el motivo que os trae. No puede ser otro que el afecto de vuestro antiguo cariño, y veo además en vuestros ojos toda la lástima que mi situacion os inspira. No creais, continuó, que es el amor quien con esta violencia me atormenta: pues la fuerza del honor, y la de un justo resentimiento que de éste dimana, han borrado en mi corazon hasta el menor vestigio de aquel. No pienso ya en una pérfida mas que para detestar su memoria; y quando en el

primer momento me visteis con alguna apariencia de turbacion, que tal vez era capaz de llevarme á extremos funestos, me hallaba mucho mas cruelmente despedazado de la vergüenza que de mis pesares. Tambien os confieso que retirándome á la soledad, únicamente pensé en evitar vuestra presencia, y la de todos aquellos que con solo mirarme serian para mí de mayor tormento. No hubiera podido sufrir la vista de tantos amigos virtuosos y sensatos que quizá previeron mi infamia, oponiéndose á mi fatal matrimonio, y que no tenian al parecer otra razon que ésta para condenarle. ¡Ay de mí! convenid no obstante, añadió interrumpiendo su pensamiento, que si he sido engañado por la perfidia mas atroz, lo he sido por unas apariencias que al hombre mas sabio le precipitarian en el mismo error.

Lo que me ha conducido pues á este lugar, prosiguió, no es otra cosa que el temor de la infamia y del oprobrio; sentimiento tan horrible y tan insoportable para el corazon de un hombre de honor, que me hubiera obligado á tomar toda clase de medios para libertarme de él, á lo menos ínterin lo he creido necesariamente unido á mi desgracia. Sin embargo, despues de tener oprimido el corazon por algunas semanas, ideas menos confusas me conduxeron á otras reflexîones. Me persuadí, sacudiendo el yugo de las preocupaciones, que solo una opinion falsa y necia es la que puede haber hecho depender el honor de los hombres de la conducta de una muger, y del suceso bueno ó ma-

lo de un matrimonio. Las razones de esto me parecieron tan claras, que elevándome sobre mis primeros terrores, no me detendria en dexar mi retiro, si no tuviese otra causa para permanecer en él. Mas aqui es donde vais á conocer en mí flaquezas que jamás podriais penetrar; y tanto mayor es la confianza con que os las descubro, quanto miro vuestra llegada como un favor del cielo, segun la necesidad que tengo de una guia.

Estaba yo tan contento de oirle hablar asi, que sin preveerá donde iba á llevarme su discurso, movido igualmente de la protesta que me hacia de su curacion, y de la esperanza que renacia en mí de servir útilmente á Sara Fincer, no pude menos de interrumpirle para demostrarle tanta admiracion como gozo. Le abracé tambien con consuelo en mi corazon, que se explicó por las mas vivas y tiernas enhorabuenas. Pero como si se hubiese él preparado á hacerme sucesivamente experimentar todas las especies de sorpresa, se retiró con bastante precipitacion de mis brazos, y mirándome con el mismo ayre con que principió su discurso; ¿de qué me dais la enhorabuena, me dixo; y qué motivo de alegria podeis hallar en las pesadumbres que me devoran? Esta pregunta, y el ayre tétrico y sério que reynaba aun en su rostro me hicieron volver á mi silla, en que caí otra vez en un silencio que le dexó toda la libertad que necesitaba para seguir su discurso.

Si se me ha deslizado, me dixo, alguna expresion que aluda á contento, bien desmentida

queda por la tristeza de mi imaginacion. Hallando mi corazon en su estado natural por la victoria que he conseguido sobre las pasiones que os he pintado, me siento mil veces mas infelíz que lo era en una situacion tan violenta. Ignoro como es el comun de los hombres; pero si se hallan algunos á quienes las ocupaciones ordinarias de la vida, y aun los bienes que dependen de la fortuna, puedan causar una tranquilidad perfecta, les doy la enhorabuena de sù dicha. Mi caracter es sentir un tédio insoportable en medio de todo lo que se llama placer y diversion. He pensado mucho tiempo que este era un defecto de que debia acusar á la naturaleza; pero las dulzuras que he encontrado en el amor me han enseñado en donde ha puesto ella para mí los verdaderos bienes, y he tenido lástima de los demás hombres, quando me he conocido tan superior á ellos por gustos á que nadie jamás ha sido tan sensible como yo. Sin embargo despues de un ligero ensayo lleno de atractivos, me he visto de un golpe privado de mi felicidad; y es tanto mas terrible mi pérdida, quanto si el único objeto á que creía aligada mi dicha, ha podido venderme con la mas infame perfidia, no espero ya encontrar nunca á quien pueda entregar mi corazon con la misma confianza. De aqui es que mientras no solo me duran todos mis sentimientos, sino que he adquirido tambien la certidumbre de que solo teniéndolos en exercicio puedo ser felíz, me hallo condenado á carecer toda mi vida de un bien tan preciso, por la cruel descon-

fianza que siempre me impedirá fiarme en la cosa mas mínima del exterior de una muger, habiendo sido tan bárbaramente engañado por la mia. Quizá este lenguage os parece extraño, continuó Patricio; pero dadme un hombre que tenga un corazon tan sensible como el mio, y no dexará de entenderle. El disgusto con que miro al mundo, quando de tal suerte desespero hallar en él la única felicidad en que supongo un precio sólido y verdadero, ha llegado hasta inspirarme el deseo de dexarle, ligándome para siempre á esta Abadía. No hallaré aqui lo que el mundo tiene de mas dulce; pero comprehendo que puedo esperar otros bienes que él no conoce, y á lo menos me libraré de la necesidad que me impone mi nacimiento de procurar adquirir riquezas que detesto, honores cuya vanidad conozco, y sujetarme á mil obligaciones que miro como el mas pueril y el mas infructuoso de todos los cautiverios. Aqui han desechado mi proposicion por dificultades que vos podeis desvanecer; y espero que vuestro zelo os hará favorecer un designio que creo muy conforme á vuestras máxîmas.

Luego que acabó este discurso, se levantó ligeramente, como si estuviese ya mas libre de haberse desahogado conmigo; y paseándose á grandes pasos por el quarto, parecia aguardar con impaciencia el tenor de mi respuesta. Aunque el aviso que recibí de Jacin me hubiese ya preparado á lo que acababa de oir, procuré colocar mis ideas para explicarme con mas claridad y energía. Volvió á mí, en ademán de un

hombre á quien ocurren algunas reflexîones, y me dixo: la señora F......, que ha descubierto como vos, el lugar de mi retiro, me ha ofrecido su corazon por medio de una carta muy expresiva, y pretende hacerme mirar como una suerte muy ventajosa el casarme con ella. Pero si el conocimiento que tengo de sus gracias ha dispertado mi natural ternura, estoy muy distante de hallar en ella todas las qualidades que pide mi corazon para inclinarme á su persona. Las que la conozco, no me la harán jamás tener sino por una agradable amiga; y de todas las mugeres ella es la que me inspiraria mas desconfianza y recelo en quanto al amor. En mi respuesta la he dicho claramente, que la disposicion en que estoy no me permite ofrecerla otra cosa que mi estimacion y agradecimiento.

Obligóme esta noticia á mudar alguna cosa la respuesta que estaba meditando, porque con el ánimo de conocer quáles eran sus disposiciones respecto á Sara, pensé en nombrar juntamente con ella á la señora F......, para juzgar mejor con esta prueba de su modo de pensar. Pero quedé mucho mas satisfecho de tener un obstáculo menos que vencer, habiendo siempre tenido alguna inclinacion á creerlo mas apasionado de esta dama española que lo que aparentaba. La exposicion que me habia hecho de sus interiores combates, la idea que quiso darme de sus penas, y aun la resolucion que formó de dexar el mundo, me causaban tan poca inquietud, que sin pararme á hacerle sobre es-

to superfluas advertencias, pues bien conocia no era Dios el que le llamaba al Claustro, me resolví á caer de un golpe en proposiciones mas capaces de lisonjear su corazon. Bastábame pensar que con el caracter mismo que él me habia pintado, y que yo tenia penetrado mucho tiempo hacia, lo que menos le convenia era la soledad religiosa, para creerme autorizado por todos los derechos á inspirarle sin otra explicacion los sentimientos que convenian á su edad, á sus prendas naturales, y á la situacion en que ya se hallaba como establecido en el mundo. Mi zelo por la Religion estaba muy distante del fanatismo, y no me hacia tener por impulsos de Dios las agitaciones de un corazon inquieto. De aqui es, que á pesar del elevado concepto que tenia yo de la vida religiosa, vida que seguramente exîge todo nuestro respeto y todo nuestro amor, jamás fuí de dictámen que fuese este un partido á que todos indistintamente fuesen llamados. Yo sé que todos los Institutos Religiosos son otros tantos caminos que nos guian derechamente á la perfeccion, y que solo pueden declamar contra ellos los espíritus corrompidos y licenciosos; pero tambien sé que la misma santidad de un estado tan perfecto pide en los que le han de elegir una advertencia plena, una intencion recta, un ánimo enteramente libre, y un llamamiento muy particular del cielo. En una palabra, la virtud que pedia yo de mis hermanos era la que está incluida en los deberes de la vida civil, segun las diferentes condiciones en que el mismo Autor de la

Religion nos ha colocado, y me parecia que su vocacion estaba bien indicada por su nacimiento y qualidades personales, que podian hacerlos útiles á la sociedad.

Segun estos principios, en los que no me hacia Patricio bastante justicia, aparté de mi respuesta todo lo que era diferente del motivo que me habia traido; y no buscando sino hacer á Sara Fincer un servicio, que me parecia para él mismo de igual utilidad, me fixé en aquella disposicion de corazon que me habia confesado, y que yo conocia ya tan perfectamente. No creyera, le dixe, que con el caracter que te atribuyes, una desgraciada eleccion, que si me permites te lo haga á la memoria, jamás fué hecha con aquellas precauciones y diligencias que la prudencia exîge, y que no fué para explicarme todavia con mas libertad, sino un inconsiderado arrebatamiento de tu primera juventud, debiese quitarte toda esperanza de conseguir mas felízmente satisfacer tu corazon. Hállanse mugeres de un mérito y de una virtud á toda prueba. Encuéntranse algunas que juntan á las gracias de la belleza y del entendimiento todas las qualidades que echas menos en la señora F.....; las que hubieras hallado en Sara Fincer, si tu mal aconsejada é inselíz pasion no te hubiese hecho romper los lazos que debian unirte eternamente á una muger tan amable. Observaba yo durante este rato su fisonomía, y no perdiéndole movimiento alguno, esperaba penetrar forzosamente sus inclinaciones. Jamás el artificio y la astucia se presentaban por sí

mismos á mi imaginacion; pero quando comprehendia que sin ofender la Religion ó la probidad, podian asegurar el efecto de algun fin honesto y virtuoso, la antigua costumbre que tenia de arreglar mi exterior, me hacia bastante propio para componer el ayre de mi semblante y el tono de mi discurso, segun el objeto que me proponia. Patricio, que no era tampoco capaz de esta especie de disimulo, dió un profundo suspiro al oir el nombre de Sara; y sin recelarse de mi intencion, y aun dándome alguna excusa de interrumpirme, me dixo: no merezco ya el corazon de la virtuosa Sara, y no me avergüenzo de confesar que he cometido con ella la mayor injusticia: pero está bien vengada con mi humillacion. Dicho esto, calló para aguardar que yo siguiese mi discurso; y no dexando yo escapar la ocasion que tanto deseaba: si fuera verdad, le dixe afectando admirarme de su reflexîon, que tuvieses ese concepto de Sara, la exceptuarias de los motivos de desconfianza que pretendes tener contra su sexô, y por consiguiente veo de donde te vendria la desesperacion que te hace renunciar á tus ideas de felicidad. Aqui me pareció que toda su atencion se recogia para exâminar lo que estaba oyendo, y saliendo bien pronto de esta meditacion; no, no, me dixo, de nada hubiera desesperado si me fuese permitido pensar..... y parándose al pronunciar esta palabra, mas allá de la qual parecia no atreverse á extender sus ideas, añadió: pero el enemigo de su honor y de su reposo, su tirano, su verdugo, el

homicida de su padre y de su tio, el hombre en fin á quien tiene ella mas razon de despreciar y aborrecer, no puede hallar ya buena acogida en su casa; particularmente quando pareceria que solo un arrepentimiento forzado era el que le llevaba á ella.

Este sentimiento, bien que imperfectamente expresado, me pareció tan natural, que solo necesité de muchos esfuerzos para disimular mi gozo. Lisonjeéme desde luego con saber lo bastante para penetrar la parte sensible de su corazon, y reducirle poco á poco á mis intentos por el uso que haria yo de este conocimiento. Siempre me pareció una cosa indecorosa para Sara, y dura para mí mismo, el reducirnos ambos á solicitar la vuelta de Patricio como favor; recobraba yo por el contrario la esperanza de ponderarle mis servicios y las condescendencias de Sara como una especie de indulgencia, cuya certidumbre y extension se arreglarian únicamente por su arrepentimiento. Con esta resolucion, hice un nuevo esfuerzo sobre mí mismo para dar la posible frialdad á mi respuesta. Has causado á Sara, le dixe sin mirarle, todos los males que puede inventar el ódio, y no sé si hubo jamás exemplo de tanta dureza con una muger á quien no has tenido otra cosa que echar en cara que el excesivo amor que te ha profesado. Sin embargo, veo en ella tanta bondad y dulzura, que apenas muestra otras señales de impaciencia que sus suspiros y sus lágrimas. Sin embargo, replicóme acalorado, consintió en nuestra separacion, y bien pronto desapareció

de ella el sentimiento de haberme perdido. Admiré este exceso de injusticia, y asi no pude menos de responderle: ¡pues qué! ¿atribuyes á délito aquella mortal violencia que se ha hecho para respetar hasta tus mismos desprecios? ¿La echas en cara haber consentido para tu satisfaccion en su oprobrio y en su desdicha? Díme ¿pues qué debo yo pensar de tu caracter, en el qual no veo continuamente sino contradicciones monstruosas? Púsole otra vez pensativo esta reconvencion; y mudando en fin de lugar, con su transporte demostrado por la celeridad de su movimiento; si me atreviese á creer, me dixo, la mayor parte de lo que deseo; ah! lejos de dar oidos á mi desesperacion, daria gracias al cielo por mi fortuna.

Al oir esto, le creí ya por mio. No me faltó maña para dar calor á estos nuevos sentimientos; le hice esperarlo todo de mis cuidados, y añadí mil reflexîones que se dirigian á persuadirle que lo que él miraba quizá como una vuelta libre y voluntaria, me parecia á mí un deber de Religion y de honor. Hablabas, le dixe, de contraer en esta Abadía empeños irrevocables, ¿pero te crees de tal modo libre de tus primeros vínculos, que puedas disponer de ti mismo con ese olvido tan absoluto de todo lo que tal vez cesó de serte amado? Si miras al presente tu segundo matrimonio como efecto de una pasion viciosa, ¿cómo te persuades que haya podido servir de razon legítima para romper el primero? Sin responderte, añadí, de las disposiciones de Sara, se engañan todas mis ideas

si estás dispensado por la misma Religion, á quien quieres hacer tantos sacrificios, de reparar á lo menos con satisfacciones y ofertas, el ultraje que has hecho á una muger virtuosa, cuyos derechos no se han extinguido ni aun disminuido pot todas tus sinrazones. Busca á Dios, Patricio mio; trae á la memoria los escollos á que hasta aqui te han conducido tus pasiones; recuerda el desgraciado éxîto que han tenido tus caprichos; y hazte cargo de que no puedes ser felíz sino en el camino en que Dios quiere que lo seas.

Un motivo tan poderoso, ayudado del movimiento de su corazon, le dispuso quasi en el mismo instante á ofrecerme mas de lo que yo me hubiera atrevido á pedirle. Veré, me dixo, si el cielo me tiene reservado algun favor. Sed pues mi guia como me lo he prometido al veros aqui; pero que sea para buscar un camino de felicidad á que me inspirais valor para volver á entrar en él. Por todo lo dicho me dexó dueño de arreglar nuestra partida, y las medidas que debia guardar luego que llegase á París. Tuve por conveniente que pasase aun algunos dias en la Abadía, para que no tuviesen su resolucion por una inconstancia; y en este intermedio tuve cuidado de justificar al Superior con diversas razones los motivos que le obligaban á partir. Los Religiosos, que lo habian visto sumergido tanto tiempo en una profunda melancolía se admiraban de la mudanza que siguió á nuestra primera conversacion, y la curiosidad hizo á muchos querer averiguar su aventura,

ó saber á lo menos de qué especie de encanto me serví para tomar de un golpe tanto ascendiente sobre su espíritu: pero eludí con tanto arte sus importunas preguntas, que aun les dexé en la ignorancia de que era yo su hermano. Qualquiera que haya sido la idea que pudieron formarse de nosotros, no podrán quejarse de nuestro agradecimiento. Este fué tal, que á la cantidad de la pension en que se habian convenido con Patricio la gratitud nos hizo añadir regalos que excedieron en mucho sus esperanzas.

Cada paso que dimos ácia París fué para mi hermano como un nuevo grado de esperanza por el cuidado que tuve de comunicarle las luces que me parecian propias para aumentarla. Dexéle no obstante con suficiente incertidumbre para mantener sus deseos; y prometiéndome esta especie de misterio mas facilidad para conducirle que una declaracion abierta de sus sentimientos, le aconsejé se retirase á *las Sazones*, interin iba yo á París á asegurarme de las disposiciones de Sara. No se separó de mí sin suplicarme con las mas vivas instancias que aplicase todo mi zelo para conseguir el éxito de una empresa cuyas dificultades todavia le asustaban. Al oir sus tiernos ruegos me acordaba de los de Sara, que quasi se sirvió de los mismos términos que aquella para interesarme á su favor, y en varias ocasiones costó mucho á mi corazon el retardar á uno y otro la felicidad que parecia depender solo de mí. Sin embargo, con el deseo que tenia yo de mirar por la modestia de Sara, me detuvo el temor de ofender á Tenermill, cuyas pre-

tensiones habian sido demasiado manifiestas, para prometerme que renunciase tan facilmente á ellas en favor de mi hermano. Entré en casa del Conde, tan alterado con este pensamiento, como lo estuve con la comision que llevaba para Patricio al llegar á su Abadía. No habiéndose ido Tenermill á su casa propia, porque debia volverse á Irlanda á fines del invierno, temia ya que hallándose alojado en la del Conde, se presentase á mis ojos antes que diese cuenta de mi viage á Sara; ó que siguiéndome á su quarto, me pusiese en un apuro todavia mas terrible, por la dificultad en satisfacer á unas preguntas que procederian de un motivo tan diferente.

Su encuentro, que por lo mismo tenia yo por el contratiempo mas fatal que habia que temer, bien pronto no me lo pareciô, quando subiendo la escalera ví que baxaba la señora F....... acompañada del Conde y la Condesa de S.... que á porfia la colmaban de obsequios. Dió un grito de gozo luego que me vió; y suplicando á la Condesa tuviese á bien que volviese ella á entrar al quarto para oir la relacion de mi viage, me hizo temer salir mal de una ocasion que miré como uno de los mas penosos momentos de mi vida. Comprehendí por sus primeras expresiones que habiendo llegado á París hacia algunos dias, no pudo resistir á la impaciencia que tenia de conocer la familia de Patricio. Envió á pedir á mi hermana permiso para verla, y el título de amiga de mi hermana, y sobrina del Embaxador de España, baxo el qual

se dió al mismo tiempo á conocer, obligó al Conde y á la Condesa á recibirla con tanta afabilidad como distincion. No tenian interes alguno en ocultarla mi viage, y por lo tanto la repitieron lo que me habian oido antes de mi partida; y siendo su curiosidad mucho mas viva y extensa que la de los Condes, aguardó mi discurso con una ansia que no podia disimular.

¿Qué ficcion podia ser bastante para ocultarla la llegada de Patricio? Este era el punto céntrico en que se reunian todas mis miras. Pudo dar á las demostraciones de mi inquietud la interpretacion que mas la acomodase; pero poco atento á ocultárselas, principié una relacion que mal podria concluir, si al paso que iba entrando mas en la materia no se hubiesen mis ideas aclarado. Despues de una pintura bastante exâcta de las circunstancias que no podia ella ignorar desde que halló medio de escribir á Patricio, hablé de la resolucion que éste habia tomado de abandonar su retiro, como de un acontecimiento que á mí mismo me causó mucha admiracion; y disimulando con algunas expresiones equívocas, añadí que se habia apartado de mí en el camino, persuadiéndome que su ánimo no era volver directamente á París. Como su salud, proseguí, está perfectamente restablecida, estoy sin cuidado, y cuento ademas con la palabra que me ha dado de comunicarme noticias de su salud.

Mi única intencion era hacer que la señora F.... no le siguiese los pasos, y el modo con que la executé me salió tan bien, que habiendo per-

suadido el mismo error al Conde y á la Condesa, resolví no solo mantenerlos en él, sino tambien dexársele comunicar á Tenermill y á toda su casa. Era fácil el excusarme si llegaba alguno á sorprehenderle en *las Suzones*; y creía yo poder sacar mucha utilidad del secreto, aun quando no pudiese hacerle durar mas que dos dias. Consternada la señora F.......con lo que acababa de saber, me hizo cien preguntas, de las que me libré con la misma presencia de ánimo; y viniendo Tenermill durante nuestra conversacion, tuve mucha satisfaccion con la política del Conde, que le repitió lo que habia yo referido, excusándome el trabajo de volver á contarlo.

Interin yo me aplaudia de una invencion con que creía contraer un mérito para con Sara, principió Tenermill á tratar con la señora F...... y juntó á sus obsequios las ofertas de servirla, quando supo de su misma boca los motivos que tenia para conocer á la Condesa y á toda nuestra familia. Mostróse muy contenta con el empeño que tomó mi hermano de servirla de guia para ver las curiosidades de París; y convinieron en el dia en que habia de ser. Ví con serenidad este principio de intimidad, y si creyese á Tenermill mas capaz de dexarse sorprehender de los atractivos de una muger, me hubiera lisonjeado de que aficionándose á aquella hermosa extrangera, cuyo humor me parecia mucho mas análogo al suyo que el de Sara, me aliviaria de una parte de los obstáculos que recelaba de él en mi empresa; pero la ambi-

cion le hubiera servido de freno, aun quando fuese mas sensible al amor. No gané en la estimacion que tomó á la señora F...... otra cosa que la libertad de hablar á Sara, sin temer que me interrumpiese su presencia por espacio de algunos dias que gastó en correr por París para cumplir su palabra.

Si me parecia que ya tardaba en ver á la hija de Fincer, apenas habia ella podido moderar el ardor que quasi la hizo volar á salirme al encuentro, luego que recibió la primer noticia de mi llegada. Observé no obstante con mucha precaucion el no exponerme en mi visita á la turbacion que Tenermill hubiera causado; y para esto aproveché un momento en que sabia que estaba ocupado. Alargóme Sara los brazos luego que me vió entrar. Venid, me dixo, y no tengais reparo en abrazar á una hermana vuestra. Mas de vos, añadió recobrándose algun tanto, es de quien yo quiero saber si debo creer á este interior impulso. ¿Me traeis por ventura la confirmacion de vuestros felices presagios, ó estoy condenada á pasar el resto de mi vida en la humillacion y en las lágrimas?

La debilidad de su salud pedia ciertos miramientos; y como estaba tan acostumbrada á la tristeza, no quise llenarla de un exceso de alegria que apenas pudiese sostener. La hablé de los sentimientos de mi hermano, como de un tributo, con el que siempre debió contar, y que jamás la negó, aun en el tiempo en que la dexó por otra. Conociendo despues que lejos de exponerla á sufrir alguna cosa del exceso de su ale-

gria, la dexaban cierta secreta amargura unas expresiones tan mesuradas, la aseguré que él tambien se habia enternecido al oirme hablar de ella. De este modo, poniendo menos estudio en hacerla subir por grados al regocijo, que en librarla insensiblemente de lo que podia afligirla, la conduxe sin impresion violenta al conocimiento de la cosa mas felíz que tenia que contarla. No por eso estaba menos en su corazon la fuerza del sentimiento, aunque hubiese entrado con esta pausa; y asi se quedó como absorta en su alegria. Comunicóse esta dulce embriaguez á todos sus sentidos: su lengua estuvo algun tiempo sin poder moverse, y sus ojos aunque animados por el fuego que en su corazon se habia encendido, tenian menos vivacidad que ternura y desfallecimiento. Mas quando habiendo añadido la incerttidumbre en que dexé á Patricio, la aseguré que en ella consistia apresurar ó retardar la decision que él aguardaba, salió de esta especie de letargo. ¡Ah! me dixo, ¿porqué le he de dexar un momento en sus dudas? ¿porqué le he de abandonar á unas inquietudes, cuyo tormento nadie mejor que yo conoce? ¿Y quién sabe tampoco, añadió, si unos sentimientos que quizá no debo sino á la relacion que le habeis hecho de los mios, se conservarán mucho tiempo en la ausencia? Yo quiero verle; y no quiero que tenga tiempo de olvidarme. Su corazon, ¡ay de mí! está demasiado acostumbrado á no hacer caso ni de mí, ni de la ternura que me debe. Queria marchar inmediatamente á *las Sazones*, y necesité valerme de los argumentos mas

poderosos para detenerla. Además del bien parecer que queria yo observar por su propio interes, la hice presente que no habiendo salido de la casa del Conde tanto tiempo hacia, no podria dar un paso sin excitar la curiosidad de toda mi familia, y sobre todo la de Tenermill, que tal vez se obstinaria en querer acompañarla á pesar suyo.

Sin embargo, como era menester conceder alguna cosa á su impaciencia, y preveía yo la misma dificultad en moderar la de Patricio, me rendí mas fácilmente á la proposicion que me hizo de traerle por la noche á casa del Conde. Tenia yo en ella mi quarto, en el que me era fácil introducirle, y no temia que me fuese mas dificil el llevarle secretamente al de Sara. La habia dado mi palabra de hacer por ella este servicio, poniendo solamente por condicion que en lugar de entregarse al placer de volver á ver su infiel esposo, y de facilitarle demasiado una composicion, afectase ya que no frialdad é indiferencia, á lo menos aquella especie de resentimiento que aumenta el dolor y el arrepentimiento de un culpado, y que aun le impide creer tan pronto su perdon, y tan cierto el olvido de sus faltas. Prometióme todo lo que me pareció deber exîgirla, pero el ardor mismo de sus promesas me hizo dudar de que fuesen sincéras, ó ella capaz de cumplirlas.

Era sin embargo tanta la esperanza que fundaba yo en esta visita, que abandonando todo otro cuidado, me fui inmediatamente á *las Sazones*, para anunciar á Patricio una felicidad

que no esperaba tan pronto. Recibió la noticia con indecible gusto. Le hablé de la señora F....... y de la amistad que habia contraido con la Condesa; y este incidente que á mí mismo me habia apesadumbrado, no le causó á él inquietud alguna. Despues de las proposiciones que ella le hacia claramente en su carta, se miraba expuesto, segun el ardiente deseo que mostraba de unirse á nuestra familia, no solamente á verla en circunstancias en que no podia esperar otra cosa de su parte que una suma importunidad, sino á temer que con tanto talento y maña como tenia, suscitase algun obstáculo á sus mas lisonjeras esperanzas. Su intimidad con Tenermill aumentó sus temores; y no esperando poder ocultarle mucho tiempo la renovacion de su cariño á Sara, se veía á la frente de dos contrarios igualmente interesados en vencerle, y que se harian mas formidables por la union de su resentimiento. Esta idea nos obligó á deliberar anticipadamente el partido que deberia tomarse para Sara y para Patricio despues de su reconciliacion. Con el ardor de mil nuevos sentimientos, que persuadian ya á este amado hermano que dependia su felicidad menos de los lugares que de la satisfaccion de sus deseos, hablaba de volverse á Irlanda, y de irse á sepultar en el Condado de Antrim; pero formaba yo demasiadas esperanzas de los principios de su fortuna, para permitir que se alejase de S. German. Antes bien le propuse se fuese á echar á los pies del Rey, con la misma que creía yo tenia aun algun derecho para llamarla su

esposa, y pedir á este Príncipe, juntamente con su proteccion, el permiso de revalidar inmediatamente el matrimonio. Te quedarás en S. German, le dixe, á la vista de un protector bastante poderoso para defenderte; y si tiene, como muchas veces lo ha declarado, intencion de acomodarte en su servicio, no necesitas buscar otro asilo.

Aprobó este consejo. En su retiro le habia yo dicho, que de las ventajas que le proporcionó la señorita de L...... al casarse con él, apenas le quedaba con que pagar las deudas que ella le habia dexado; pues los títulos en que estaban fundadas sus pretensiones, habian desaparecido. Los únicos bienes que por consiguiente le quedaban, era su parte en la suma que habiamos traido de Irlanda. Mira, le dixe, si te tiene cuenta despreciar las esperanzas que por este lado te se presentan.

Pareciéndome seguras sus resoluciones, arreglamos la hora en que iria á París, y las precauciones de que se valdria para introducirse en mi quarto. Descansaba yo en la buena maña de Jacin, á quien le dí palabra de enviarle; y como una empresa tan legítima nada tenia que debiese inquietarme, me hallaba sin recelo por lo que hace á su éxîto, y solo la miraba por aquella parte que lisonjeaba sus deseos y los mios. No pensé tampoco en otra cosa, que en el buen rato que hubiera podido proporcionarme, dexando ignorar á Sara la visita que la presentaba; pero la causaria demasiada alteracion una felicidad imprevista, y mis deseos

eran que presidiese la prudencia á todas nuestras resoluciones. Advertíla el designio de Patricio, y la supliqué contribuyese por su parte á tener oculto nuestro secreto.

La hora que habia yo señalado á mi hermano, era aquella en que los que iban á comer en casa del Conde acostumbraban á separarse. Sucedia muchas veces á Tenermill salir de casa, quando todo el mundo se retiraba, y habia yo reparado tambien en varias ocasiones que se solia encerrar en su quarto. Siéndome indiferente una y otra resolucion, solo tenia que asegurarme del tiempo en que toda la casa estuviese sosegada. Me convine pues con Jacin, de que le avisaria por mi ventana, que daba á la calle: hallóse él en estado de oirme á eso de las doce de la noche; y yo mismo baxé en persona para abrir la puerta á mi hermano.

Entre mil reflexîones, que un ministerio tan extraño me inspiraba, hice una sobre la suerte de Patricio, que estaba reducido á venir á hurtadillas, y como á la ventura, á casa de una muger, cuya ternura y cariño habia tanto tiempo despreciado. De este modo me manifestaba la experiencia de otro todos los caprichos de las pasiones. Sara que nos estaba aguardando, favoreció nuestros pasos con el cuidado que tuvo de poner á su criada en el camino. Llegamos en fin á su quarto, agitados ambos de diferentes movimientos; él de la duda del modo con que Sara le recibiria, y yo de una cierta confusion que me causaba á pesar mio la novedad del servicio que me veía obligado á hacer. Ani-

mado no obstante de lo justo del motivo, y de la firme resolucion en que me hallaba de presenciar todas sus acciones y discursos, que jamás permitiria desdixesen de la veneracion que se merece mi caracter, pudieron mas en mi corazon el gozo y la confianza, quando habiendo entrado con mucha felicidad, me ví quasi seguro del buen éxîto de mi empresa; sí bien la agitacion de Patricio duró mucho mas tiempo. Aunque aparentase una gran serenidad, y aunque no atreviéndose á fiar de sus esperanzas mostrase no querer arreglar sus primeras expresiones hasta ver las señales de placer ó de pena que su presencia causaria, noté que su turbacion no le dexaba bastante libertad para hacer este discernimiento. Admirado de su silencio, iba yo á hablar para servirle de intérprete, quando dando muestras de que se habia reparado, mas bien por un esfuerzo de valor que por la curacion de sus desconfianzas, hincó una rodilla delante de Sara, que se levantó luego que nos vió entrar. Iba él á acompañar esta accion con algun discurso, pero la débil Sara no le dió tiempo para pronunciarle. Tan confusa como él humillado, ó por mejor decir arrebatada por la inclinacion de su corazon, que no exîgia tanto para quedar satisfecho, dexó caer los brazos sobre su cuello, y cortándole la palabra: ¡Ah! Mílord, exclamó con tantos suspiros como palabras, ¿qué es lo que veo? ¿podré dar crédito á mis ojos? Este dia, que va á ser el mas feliz de mi vida si me pone en posesion de tu corazon, corresponderá á mis deseos, y á las espe-

ranzas que me ha dado el Dean. ¡Ó y quánto tiempo lo he deseado! ¡y quánta impaciencia me costó, y quántas lágrimas! ¿Pero á qué viene esa postura en mi presencia? añadió dándole la mano para que se levantase. ¿No eres tú el dueño de mi corazon y de mi reposo; el árbitro de mis bienes y de mi vida? Déxame tomar una situacion que me conviene mas que á ti, pues jamás perdiste ni por un solo momento el imperio que te dí una vez. Ella se hubiera arrodillado si Patricio no la detuviese para impedirlo. Condúxola á un taburete, en que la rogó se sentase, y tomó otro que estaba inmediato. Sentido yo de verla rendirse tan fácilmente á sus impulsos, y ceder á mi hermano tanta ventaja sobre sí misma, la hice señas desde el principio de su discurso, para que se acordase de mis consejos; y no viendo que la hiciese impresion esta advertencia, la tiré de la ropa con alguna seriedad para atraerme mas su atencion; pero insensible Sara á uno y otro modo de advertirla, tenia cerrados los ojos á todo lo que podia distraerla un instante de su amado objeto.

Abandoné pues este pensamiento, y me senté á su lado. Vuelto Patricio de todos los temores que le habian embargado la lengua, comenzaba á explicarse con tan sincéras demostraciones de arrepentimiento, y con tan tiernas caricias, que bien pronto podia parecer que merecia á los ojos de la misma Sara la gracia que no debia sino á su indignacion. Pero he aqui que quando nuestra conversacion nos proporcionaba á todos tres una alegria la mas pura, y Patricio principiaba

á gozar con la amable Sara un contento indecible, que hasta entonces no habia experimentado, oimos un ruido á la puerta del quarto, que obligó á la criada que habiamos dexado de guardia, á que nos viniese apresuradamente á interrumpir. Nos advirtió que habiendo conocido la voz de Milord Tenermill, se resistió á abrirle, respondiéndole desde adentro que su ama estaba en la cama. Pero esta respuesta no sirvió al parecer sino para irritarle. Luego que volvió á su quarto, hubo la desgracia de que notó no solamente que las ventanas estaban abiertas, sino que con ella estaba un hombre; y no habia podido engañarse, pues hallándose entonces Patricio de pie, le vió, aunque no conoció quién era. Pusiéronle los zelos en un furioso transporte, y éste le hizo desde luego irse á el portero, á quien preguntó con tantas amenazas como palabras, si habia abierto á alguno. Aunque no me hubiese yo valido de otras manos que de las mias para abrir la puerta, y aun me lisonjease de no haber sido oido de nadie, el portero que estaba soñando en su quarto creyó oir algun ruido, y no se cercioró, por la fortuna que tuvimos de entrar en el patio con mucho tiento. Pero no atreviéndose á ocultar a Tenermill lo que creía haber notado en la pesadez de su sueño, este descubrimiento aumentó su zeloso furor. Subió derecho al quarto de Sara; y encubriendo las negras sospechas que le agitaban con un pretexto bastante plausible, despues de la respuesta de la criada, insistia en su peticion de que le abriese la puerta, por la misma seguridad de

Sara, que juzgaba él hallarse en riesgo de ser robada ó insultada por algun incógnito, que por sus propios ojos habia visto en su quarto.

De quatro que eramos, solo Patricio fué á quien este cruel azar no inspiró temor; pues además de su valor, que no le permitia temer el insulto ni los fueros de nadie, no podia persuadirse que su hermano conservase un momento las pretensiones que acerca de Sara tenia, quando supiese que lejos de estar dispuesta á recibirlas, pensaba ella en renovar su primer contrato. Me he rendido á vuestras razones, nos dixo, sin exâminarlas, y he consentido en tomar el tiempo de la noche por respeto á vuestros consejos; pero seguro como lo estoy de mi felicidad por la generosa bondad de mi querida Sara, de esta amada esposa, añadió cogiéndola la mano, que es ya desde hoy mis únicas delicias, temo tan poco la presencia de Tenermill, que antes me alegro de tenerlo por testigo de mi gozo. Sara, que sabia mejor que nadie hasta dónde llegaba la presuncion de Tenermill, la criada á quien mil veces habia él procurado poner de su parte, y yo mismo que me acordaba de sus confianzas, formamos otra idea de aquel acaso; y su obstinacion en permanecer á la puerta nos puso en una mortal inquietud.

Continuaba llamando, y aunque lo hiciese con algun tiento, habia pocas trazas de que abandonase su empresa. La única puerta que el quarto tenia, era aquella que él habia sitiado; y segun el modo con que yo concebia las cosas, me pareció tan urgente el peligro, que sin

consultar, ni á Patricio, que no hubiera adoptado mis recelos, ni á Sara, que no era propia sino para aumentarlos con los suyos, les supliqué que uno y otro se quedasen con la criada en el quarto que estábamos, y me determiné á presentarme solo á la puerta. Llevaba yo en la mano una luz: abrí, y mostró Tenermill una extrema sorpresa al verme: noté su admiracion, y creí deber aprovecharme de ella para hacerle algunos cargos, con que esperaba causarle algun embarazo. ¿Es acaso á los vapores del vino, le dixe, á los que se debe atribuir el insulto que haces á una muger respetable, ácia la qual te creía yo animado de otros sentimientos? Dexémonos de injurias, me respondió resueltamente; y si no quereis que entre á pesar vuestro, decidme quién es el que aqui se admite tan tarde. ¿Es posible, repliqué siguiendo mi primera idea, que te halles tan perturbado que no me conozcas? ¿Qué derecho tienes para pedirme cuenta de lo que hago aqui? No me engañareis, prosiguió, con vanos rodeos; no sois vos á quien busco; y apoderándose entonces de la puerta de un modo que me era ya imposible cerrarla, se mostró resuelto á entrar efectivamente, aunque á mí me pesase. Aumentando esta violencia mis sobresaltos, tomé el partido de confesarle que estaba yo alli con Patricio, dando al mismo tiempo un ayre sencillo y natural al motivo que alli le traxo. Y bien, le dixe, pues tu genio imperioso me impone leyes á que la consideracion del tiempo y del lugar me obligan a someterme, sabe que

tengo aqui conmigo á tu hermano, que ha creido ser obligacion suya luego que ha vuelto á París, venir á dar excusas de su pasada conducta á una muger, de cuyas desgracias todas ha sidó él la causa. ¡Mi hermano! interrumpió, ¡ah! quiero ser testigo del tono con que se disculpa, y del modo con que son recibidas sus excusas. En vano resistí al esfuerzo que hizo para introducirse, pues viéndole pasar contra mi voluntad á la antesala, con riesgo de dar conmigo en tierra si me oponia, no me quedó otro medio que el de seguirle.

Sara que le vió presentarse á la puerta de su quarto, vino á él toda asustada, mientras que ofendido Patricio de aquel atrevimiento permanecia pensativo en su asiento. Díme prisa á hablar: Señora, dixe á Sara, sin duda el ansia de dar un abrazo á su hermano Patricio, es lo que da á Milord la animosidad que veis. Pero él sin atender á mi discurso dirigió el suyo á Sara. No os pregunto, señora, la dixo, lo que os empeña á recibir á estas horas á mi hermano: vuestra turbacion, y la familiaridad con que le veo sentado me dicen, igualmente que la hora, lo que debo pensar de esta visita. Parece, á lo que veo, que me habeis creido el propio para hacerme vuestro juguete, ¿pero estais segura de que mi paciencia se extienda tanto como este ultraje? La amanaza que parecia incluirse en estas últimas palabras irritó por fin á Patricio. Levantóse tal vez con demasiado ayre, y acercándose á nosotros: Creí, dixo á Tenermill, que nadie tuviese derecho de condenar los obsequios que rindo á

Milady á qualquier hora que ella se digne admitirlos; y me prometia menos obstáculos de tu parte que de la de qualquiera otro caballero. Nada tenia de insultante este razonamiento, aunque el tono fuese algo agrio; pero no dando á cosa alguna su justo precio la enardecida imaginacion de Tenermill, ví brillar en sus ojos un fuego, cuyos efectos temí á par de muerte. Miró sin hablar palabra algun rato á Patricio, y volviéndose á Sara, la dixo haciéndose violencia: Vuestro gusto, señora, decidirá sin duda de nuestras pretensiones, y las circunstancias me dan motivo para temer que esta decision esté ya formada; mas yo enseñaré á mi hermano los respetos que me debe, supuesto parece que los ignora. Volvió la espalda para retirarse: Patricio iba ya á responder, y no sé qué respuesta le habria podido dictar su resentimiento; pero con un pañuelo que tenia yo en la mano, y con el que no tuve dificultad en taparle la boca, conseguí tan felizmente cortarle la voz, que no pudo pronunciar la menor palabra. Tenermill tuvo tiempo para salir, dándonos una nueva prueba de furor por la violencia con que cerró la puerta.

Fué tal la inquietud que una escena tan desagradable me inspiró, que sin permitir á Patricio continuase la conversacion que queria volver á emprehender con Sara, exîgí de él con toda la fuerza que pude dar á mis instancias, que se saliese inmediatamente del quarto. Vuestros corazones, les dixe á uno y á otro, han principiado á abrirse, y miro como acabada la

obra de vuestra reconciliacion, que es lo que me proponia con esta visita; pero estoy menos seguro de que Tenermill en el ardor de un primer resentimiento no os amenace en este instante con alguna venganza. Vuestros deseos y mis diligencias os proporcionarán bien pronto lo que tan justamente deseais. Sígueme desde este mismo punto, dixe á Patricio cogiéndole por la mano, y solo te dexo un instante para que des un abrazo á tu esposa. Este tierno nombre, que ambos se alegraron de oir, y la libertad de darse un abrazo, que no se hubieran atrevido á pretender tan pronto, si no abreviase yo sus dificultades con esta especie de permiso, les hizo suavizar el trabajo de obedecerme. Patricio abrazó no una sino mil veces á su esposa; y sin tener fuerza, ó por mejor decir, sin creer que hubiese necesidad de confirmar con las palabras una reconciliacion de que se daban unas pruebas tan expresivas, consintieron en separarse, aunque con harto dolor de su corazon, despues de haber reiterado otras mil veces los abrazos.

Como mi quarto no estaba distante del de Sara, conduxe á él á mi hermano, para tratar juntos sobre un lance que me obligaba igualmente que á él á mirar mucho lo que debiamos hacer. Sin ocuparme mucho en lo que Tenermill podria emprehender despues del peligro de que habia yo salido, solo pensé en poner la justicia y el bien parecer de nuestra parte, por medio de una conducta que no nos dexó reconvencion alguna que temer. Era indudable

que al dia siguiente ya toda la casa estaria informada de lo que acababa de suceder, y este pensamiento me hizo vacilar si debia aconsejar á Patricio que se volviese á *las Sazones* antes de concluirse la noche. Su retirada podia pasar por una huida, que haria formar mal juicio de las intenciones que le habian llevado, ó que á lo menos daria algun derecho á Tenermill para quejarse de una empresa, á la que no dexaria de dar nombres muy odiosos. Sin embargo, la inquietud que la disension de los dos hermanos iba á causar en la casa, y la dificultad que habria en hacerles evitar que se viesen, ó en sacarles la palabra de que se verian sin indisponerse, me obligó á tomar la resolucion de alejar inmediatamente á Patricio. Su silla le aguardaba en una calle vecina. Instéle á que marchase, y el único consejo que le supliqué siguiese, fué el de irse á la mañana siguiente á la Corte, para disponer con sus respetuosos obsequios el ánimo del Rey, para que oyese favorablemente las explicaciones que me encargué de darle por mi propia boca. Prometíle no estar dos dias sin seguirle, y la única razon que en efecto tuve para dilatar mi partida era el deseo de saber las intenciones de Tenermill.

Ahorróme él mismo el trabajo que yo temia para hallar ocasion de hablarle á solas. En lugar de huir de mí, como yo me lo prometia, vino por la mañana á mi quarto: sus quejas fueron por el pronto moderadas; mas habiendo tenido tiempo de enardecerse, por la libertad que le dexé de desahogar sobre mí sus que-

jas sin interrumpirle en nada, me echó manifiestamente en cara haber abusado de su confianza para venderle, y haber preferido toda mi vida los intereses de Patricio á los suyos. La primera de estas dos reconvenciones ya la tenia yo prevista; y no emprehendí defenderme de ella con negarla. Contentísimo por el contrario, de que me proporcionase esta ocasion de explicarme, evité responder á sus acusaciones, y solo le pedí prestase un poco de atencion al discurso que tenia meditado. Consintió éste desde luego en la simple relacion de todos los acontecimientos ocurridos en nuestra familia mientras él estaba en Irlanda, y de los quales á instancia mia le habia ocultado el Conde las principales circunstancias. No solo esperaba yo enternecerle á favor de su hermano con la relacion de sus infortunios; sino convencerle tambien de que la larga pasion que habia hecho violar tantos derechos á Patricio, solo fué un desarreglo del corazon, que dexaba en pié todos sus antiguos deberes, porque debia él suponer que jamás los habia violado por motivos justos. Para probar mejor esta conclusion, le recordé todas las circunstancias del primer matrimonio de Patricio; pues como yo habia sido el Ministro, de mí era de quien debia saberlas. Nada habia faltado para formar de este matrimonio un lazo sagrado y de una naturaleza inviolable: todas las consideraciones que despues han acaecido, y que no deben su orígen sino al desórden de una pasion violenta, debian pasar por otras tantas ficciones ridículas segun las luces de la razon, y tal vez

por otros tantos crímenes segun los principios de la Religion. De esto se infiere, que algun tiempo disipado en un error tan grosero, nada mudaba en las obligaciones esenciales de Patricio; y su primer matrimonio, añadí, me parecia tan poco alterado por el segundo, que en mi dictámen ninguna necesidad habia de renovarle.

Esta exposicion que yo hacia de la substancia del asunto, no me impidió desear justificarme sobre el proceder que habia tenido. Le declaré ingenuamente que se habia engañado, si creyó alguna vez que Sara Fincer hubiese perdido ni por un instante la esperanza de reconciliarse algun dia con su marido, ó que hubiese cesado de considerarse como su muger; pues no solo habia yo sido testigo perpetuo de su conducta, sino tambien confidente de sus reflexîones y de sus penas. Que yo mismo, que la tuve por libre, á la verdad contra todo lo que me dictaban mis luces, y que fundado en la reunida decision del Rey y nuestros Obispos, la persuadí por el bien de la paz a contraer otro empeño, me habia inútilmente esforzado en combatir su obstinacion, viéndome por fin reducido á confesarla que mi dictámen no era diferente del suyo. Sin razon pues se habia él lisonjeado, si la creyó capaz de admitir gustosa sus obsequios, y en todo lo mas favorable que le habian representado sus deseos para su amor, no debió ver sino el efecto de una extrema condescendencia con un cuñado á quien estimaba, ó de una forzada consideracion á un hombre con el qual tenia mil razones de contemporizar, particularmente desde que

obtuvo del Conde la satisfaccion de retirarse á su casa, que era como el centro de nuestra familia. Ella misma me lo habia confesado asi; y quando la muerte de su rival hizo renacer todas sus esperanzas, comprehendió mas que nunca que era demasiado el mal ó el bien que él podia causarla, para no disimular las flaquezas que le notaba.

Veía yo á Tenermill sonrosearse durante esta declaracion, como sintiendo una confusion vivísima de haber sido tanto tiempo la burla de algunas lisonjeras apariencias; pero fingiendo no reparar en su agitacion, continué contandole el ardor con que Sara me encargó sus asuntos quando hice mi viage á España. Díxele que me instó á irse conmigo, y que apenas habian podido detenerla mis objeciones: que desde mi vuelta habia sido mi única ocupacion contribuir al lógro de sus intentos; y que quando él me detuvo para confiarme lo que el Rey me habia dicho, y el camino que queria tomar para acelerar la execucion, estaba yo encargado de órden de Sara de llevarla á Patricio á su quarto. Que atendidas todas estas razones, ¿qué otro partido habia yo podido tomar que el de escucharle, como lo hice, con toda la condescendencia que él podia desear, y prometerle una fidelidad inviolable en órden á guardar su secreto? Habia yo cumplido tan perfectamente mi palabra, que no debia Tenermill temer ni la mofa que se sigue á los proyectos que no salen bien, ni aun el triunfo de mi hermano, que jamás sabia de mí lo que el honor y el cariño me mandaban ocultar eterna-

mente. De aqui es, añadí, que no solo contaba yo con verle renunciar á pretensiones cuyo efecto no podia ya esperar, sino hallarle tambien inclinado como debia á vivir en buena armonia con su hermano.

Oyóme con una atencion que me causaba una satisfaccion infinita, y que comenzaba yo á mirar como señal de mi victoria. Esperé su respuesta; y él me la dió con tanta concision como claridad. No me detengo, me dixo levantándose, á desembrollar vuestros sofismas: no tengo otras leyes que respetar por lo que toca á este mundo que las del Rey, y las de la Iglesia por lo que hace al otro: unas y otras están reunidas á favor mio, ved aqui el fundamento de mis pretensiones. Si Sara es tan poco sensible que olvide los ultrajes que ha recibido de mi hermano, espero que el Rey no olvidará tan fácilmente la palabra que me ha dado. Pero aun suponiendo que sucedan estas dos cosas, añadio volviéndose ácia la puerta, siempre tendré algun interes en no dexar tomar ascendiente sobre mí á un hermano menor, y en guardarme de las traiciones del mayor. Separóse de mí á pesar de las instancias que hice para detenerle.

Nada tendria yo que desear, si solo hubiese pretendido descubrir sus disposiciones. Un corazon dolorido jamás se hubiera manifestado con extremos mas claros, aunque se hubiese esforzado á tenerlos á raya ú ocultarlos; pero el conocimiento del mal me hacia conocer mejor la necesidad de un pronto remedio. Despues de muchas reflexîones, quedé persuadido de que el partido

mas seguro era el que habia yo desde luego manifestado á Patricio; esto es, empeñar á Sara á que fuese á S. German, y que alli se casase baxo la proteccion del Rey, y á su presencia, renovando las ceremonias que solo me parecian necesarias para estorbar toda oposicion, pues por lo demás suficientes eran las que desde el principio se habian celebrado. Salí de mi quarto para ir á comunicar este pensamiento á Sara; ¡ pero quál fué mi admiracion al saber luego que llegué á su puerta que habia dado órden de que no me abriesen! Insistí para descubrir la causa de una repulsa tan extraña, mas la ignoraban sus mismos criados. Su doncella, que no obstante, vino apenas oyó mi voz, me entregó secretamente un billete, advirtiéndome que acababa de recibirle, y que tenia órden de ponerle en mis manos sin que nadie lo notase.

Retirándome inmediatamente leí en él de mano de Sara, que Tenermill, que acababa de salir de alli, la habia suplicado no recibiese por algunos dias á Patricio ni á mí, y que despues de haberla hecho esta súplica con mucha atencion, añadió friamente que si no usaba con él este acto de condescendencia, estaba resuelto á medir la espada con su hermano, y buscar ocasion de hacerme públicamente algun ultraje. La dexó, sin unir una sola queja á este cumplimiento; y no pudiendo dudar Sara que observarian todas sus acciones, se sometió inmediatamente á unas órdenes tan terribles. Suplicabame en su billete que me fingiese ignorante de la causa, ó que no confesase á nadie que la sabia por ella.

Me pareció muy dificil el penetrarla. Pero he omitido una circunstancia del billete, que me hizo hallar menos sinrazon en la apariencia. Habia prometido Tenermill que por su parte no expondria á Sara á la importunidad de sus visitas, ínterin á lo menos que hiciese observar el sacrificio que exîgia.

Qualquiera que fuese el intento que yo podía suponerle, esta especie de igualdad que ponia entre él y nosotros, me persuadió que no era á la violencia á lo que queria recurrir. Retiréme á mi casa muy consolado con este pensamiento, y en ánimo de servirme tambien de la pluma, para participar á Sara lo que habia yo meditado mas conveniente á sus intereses; pero el encuentro de la señora F..... á quien acompañaba Tenermill, me obligó á detenerme á pesar mio. Me suplicó con tantas instancias que la concediese un momento de audiencia, que no pudiendo exîmirme por mas pretextos y excusas que la dí, me ví en la precision de seguirla hasta el quarto de la Condesa de S..... Sonreíase Tenermill viéndome tan apurado; y sin duda no triunfaba menos que la ley impuesta á Sara Fincer, cuyo rigor desde luego juzgaba me habría ya alcanzado.

No bien llegó la señora F....... á la antesala de mi hermana, quando mandando á los criados de la casa que dilatasen un momento el entrar recado, me cogió de la mano, y suplicando á Tenermill la permitiese hablarme a solas, me llevó ácia una ventana en que nadie nos podia oir. Fixando alli en mí los ojos, me dixo; La impacien-

cia que tengo por hablaros, y la duda de si consentiriais ó no en concederme este favor en mi casa, son las que esta mañana me traen aqui. Despues de algunas expresiones de urbanidad, que correspondieron muy bien con este objeto, me reconvino en tono de cariño de haberla ocultado las razones que me movian á declararme en contra de la inclinacion que habia ella mostrado á mi hermano. Ayer las supe, continuó, de Milord Tenermill, que tampoco me ocultó lo inclinado que se halla á la hermosa Sara Fincer, y el ardor con que de consiguiente desea suplantar á su rival. Sin explicarle mis miras, que todavia ignora, y únicamente por la persuasion en que está de que podeis mas que nadie para nuestra comun satisfaccion, he formado un plan que conciliará maravillosamente todos nuestros intereses. Unid á Milord Tenermill con Sara Fincer, y á Patricio conmigo: en premio de este servicio, me atrevo á prometeros que por el crédito del Embaxador y el mio, os proporcionaremos inmediatamente uno de los mejores Obispados de Francia. Creyó haber hecho en mí tanta impresion con este ofrecimiento, que mirándome con una cierta sonrisa, me añadió con alguna otra reflexîon para hacerme conocer la importancia del beneficio. Leía yo en sus ojos que se tenia ya por segura de mi respuesta, y que sin reparar en lo escandaloso de su proposicion me creía capaz de formar tan baxo concepto como ella de las Dignidades Eclesiásticas, teniéndolas por premio competente de un paso tan criminal por todas sus circunstancias, como opuesto á la santidad de mi caracter.

¿ Pero por dónde me figuraba ella tan olvidado de los principios evangélicos, que juzgase debia servirme de mérito para ascender á lo mas elevado del santuario, el constituirme un vil tercero de un amor á todas luces reprehensible? ¿ acaso el querer hacer felíz á mi hermano reconciliándole con la que creía ser su única y verdadera esposa, era lo mismo que meterme á manejar un asunto tan indecente como el que ella me proponia? Pero además de la temeridad de su promesa, que solo podia seducir á un hombre tan ciego por la ambicion, que cerrase los ojos sobre tantos obstáculos, me atrevo á lisonjearme que sin mas que por la idea que hasta aqui han podido formar de mi caracter, qualquiera se persuadirá fácilmente que no era por un motivo como éste por donde ella podia ganarme. De aqui ès que no necesité del menor esfuerzo para defenderme de la seduccion. Al contrario, sonriéndome tambien de la confianza que tuvo en su artificio, la respondí con toda la sencillez y dulzura que me fué posible dar á mis expresiones, que me daba un motivo bien superfluo para moverme á cumplir mi deber, y que yo me hallaba dispuesto á no perdonar diligencia alguna que fuese necesaria para el honor y tranquilidad de mi familia. Retiréme despues de esta respuesta, sin exâminar si habia la señora F.... penetrado el sentido. Mas atencion puse al pasar junto á Tenermill, que se adelantó para irse con ella. Levanté los ojos ácia él, y busqué en los suyos si habia tenido tan poca parte en la proposicion de la señora F..... como ella me quiso persuadir;

pero la tibieza y seriedad con que me saludó, me convencieron de que efectivamente la ignoraba.

Esta conspiracion, en que aun estaba yo incierto de si habia él tenido maña para implicar al Conde y á la Condesa de S.... anticipó la explicacion que queria yo dar de mis intenciones á Sara Fincer. Detúvome no obstante una dificultad en que habia parado poco la atencion al tiempo de formar mi proyecto. Para mí no habia duda en que Sara seguiria mi consejo, y que solo mi esquela la inspiraria una viva impaciencia de irse á S. German: pero obediente, como yo la suponia á las órdenes de Tenermill, ¿qué camino podria tomar para escaparse furtivamente? ni convenia tampoco á una muger tan reservada alejarse de la casa del Conde sin advertirle de su partida. Sin embargo, como podia yo encargarme de disculparla, este obstáculo me embarazó menos que el otro. Resolví finalmente decirla que tendria una silla pronta para todo lo que ocurriese, y que si consentia en marchar, debia ella misma buscar ocasion de escaparse con su criada y sus dos lacayos. Enviéla una esquela por seguro portador, y salí al punto para mandar preparar mi silla; dando órden al portador de la esquela que me traxese una respuesta positiva acerca de la hora y demás circunstancias que debia yo saber.

Quando me venian á la memoria las ofertas de la señora F...... me veía agitado de un temor, causado no sin demasiado fundamento. Aquel ardor que mostró por ganar mi voto, daba á

entender tanta vivacidad en sus deseos, que siendo apadrinada, como no podia dudarlo, de los consejos de Tenermill, era capaz de ponernos en algun nuevo apuro que yo no maliciaba. Este fué otro motivo para apresurar la partida de Sara; y asi mandé la avisasen que estaba pronta la silla. La noche, que distaba ya poco, podia favorecer su fuga: salió en efecto, pero con tan poca felicidad en su marcha, que el primer objeto que se presentó á sus ojos, en dos minutos que pasó á la puerta aguardando que arrimasen la silla, fué el coche de Milord Tenermill, á quien una especie de presentimiento le traía otra vez á su casa. La descubrió, y apeándose arrebatadamente, no necesitó en vista de la silla que se habia ya arrimado, y cuyo cochero conoció era el mio, que ella le confesase su intencion para penetrar á lo menos una parte. Sin embargo la rogó que le dixese á dónde iba; y la dificultad de dar una respuesta pronta, la obligó á confesar que á S. German. Añadió solamente por pretexto de su viage, que no habiendo aun tenido el honor de ser presentada al Rey, cuya proteccion podia serla necesaria en Francia, iba por la primera vez á hacerle la corte. Aprovechóse habilmente Tenermill de esta noticia: es extraño, la dixo, que no hayais dispuesto que os acompañe alguno, pues mil razones obligaban á ello; y aunque desde luego me imagino que contais con alguna persona en S. German para presentaros al Rey, miro como fortuna mia el llegar yo tan á tiempo que pueda encargarme á lo menos de acompañaros. Ex-

cusóse Sara con todas las razones que pudo inventar, pero el intrépido Tenermill mandó enganchar los dos caballos de mi silla á su coche, y cogiéndola de la mano sin dar oidos á su resistencia, entró con ella en el coche, y dió órden al cochero de que anduviese.

Llevaba en esto dos miras: la una, asegurarse de ella no perdiéndola de vista un momento: la otra, que no era fruto de una reflexîon precipitada, aprovecharse de una ocasion que siempre deseó sin haber podido proporcionarla, para empeñar al Rey á declararse abiertamente por él con Sara, y aun solicitar que ésta admitiese la mano de un hombre á quien queria colmar de favores. Asi es como un azar contribuía á sus mas fervorosos deseos. Prometíase no separarse de ella, como se lo dió á entender luego que llegaron á la Corte, y como su ánimo era presentarse el dia siguiente con ella en Palacio, queria pasar la noche en S. German, despues de dexarla en el lugar en que suponia que la aguardaban. Por lo que hace á ella, á quien habia yo prometido un quarto en casa de Mr. de Sercine, no la quedó medio alguno de ocultar donde queria apearse, y este fué un nuevo motivo de gozo para Tenermill, que estaba acostumbrado igualmente que Patricio y yo á hospedarse en la misma casa.

Pero la idea que han podido formar de la inquietud y pesar de Sara, no hará comprehender bastante quáles fueron mis propios temores al punto que supe este inesperado lance. Habia yo montado á caballo para acompañarla, y que-

riendo evitar el que me viesen en la calle del Conde, fuí á esperarla fuera de París. La vista del coche de mi hermano que al punto conocí, no me hizo por el pronto temer otra cosa que el contratiempo con que nos amenazaba su presencia en S. German. Sin embargo, como solia ir muchas veces por la tarde para estar al tiempo de recogerse el Rey, y volver sobre la marcha á pasar la noche en París, conservé la esperanza de poder librarnos de su vista hasta que partiese. Fué preciso perder no solo inmediatamente esta esperanza, sino caer tambien en una mortal agitacion, al conocer yo á Sara que iba sentada á su lado. ¿Qué interpretacion podia yo dar á un espectáculo tan imprevisto? Yo me habia puesto detrás de un coche de camino, que por fortuna estaba parado; Tenermill no reparó en mí, pero conociéndome uno de los lacayos de Sara, le hice seña para que se apease, y en un instante me participó la violencia que habian hecho á su ama. No le encargué otra cosa que la prudencia; y tomando mi partido arreglado á las circunstancias, me adelanté á galope tendido y llegué antes que ella como deseaba á S. German, para prevenir á Mr. de Sercine de su llegada, y empeñar á Patricio á quien suponia hospedado en su casa, á que se mantuviese oculto hasta que se fuese su hermano; y quedarme yo mismo aguardándole para observar la conducta que tendria con Sara. Él no me conoció quando pasé, porque procuré disfrazarme con la capa. Hallé á Patricio en casa de Mr. de Sercine: á ambos les declaré quien era el que me seguia, y notando

la impresion que esta noticia causaba en Patricio, le dixe al instante lo que pareció oportuno para animarle.

Costóme algun trabajo persuadirle á que cediese el sitio á su hermano, pues murmuraba de una sumision que no creía deber á la edad, y de la qual bastaba el amor para dispensarle. Esforcéme á pintársela como un miramiento que á sí mismo se debia, y sin el que no me atrevia á responderle de mil obstáculos que quizá arruinarian sus esperanzas. ¡Pues qué! me dixo amargamente, ¿no se cansará de perseguirme el cruel Tenermill? él me quitó desde el primer momento una satisfaccion, quando apenas empezaba á gozar, puesto, que no me dexó tiempo para expresar á Sara mi amor y mi gratitud; y ahora le vuelvo á encontrar aqui para arrancarme el gusto de verla, y para abusar tal vez del favor del Rey, á quien ha dispuesto en mi ausencia para todas sus temeridades. Faltas, le respondí, al respeto que debes al Rey, y no haces á tu hermano la justicia que se merece. Él ama á Sara, y comenzó á amarla en un tiempo en que podia hacerlo sin crimen; juzga de sus sentimientos por los tuyos, pues mil veces te he oido decir que los movimientos del corazon no se gobiernan fácilmente. Si se ha dexado llevar mas allá de estos límites, ni por las injurias, ni por la violencia le hemos de reducir. Intentemos los caminos que te he propuesto, y no dudes que ceda mas pronto que tú á la voluntad del Rey, si la ve declarada en favor tuyo.

Estaba yo en efecto persuadido á que la ambicion de Tenermill le curaria bien pronto del amor,

luego que pudiese alegar al Rey como mérito el sacrificio que haria á sus preceptos. Patricio se rindió por fin á mis consejos, y se retiró á casa de otro amigo de nuestra familia, á donde le dí la palabra de avisarle de quanto pasase en su ausencia. Acababa de salir quando vimos llegar el coche de Tenermill. Mr. de Sercine recibió á Sara con todas las demostraciones de agasajo que podian inspirarla confianza en sus deseos de servirla, y se pasó la tarde en una conversacion sencilla é indiferente, por el cuidado que tuvo Tenermill de alejar todo lo que podia darnos alguna sospecha de su proyecto, sin que Sara continuamente observada por sus ojos, pudiese apenas encontrar ocasion de insinuarme aquella tiranía.

La esperanza que tenia yo de verle partir aquella misma noche, me impidió ser tan sensible como ella á la obstinacion que mostraba en perseguirla; pero quando á la mañana siguiente supe, no solo que no se habia vuelto á París, sino que propuso á Sara que le diese la mano para llevarla á Palacio con Madama de Sercine, comencé á formar sospechas, que me hicieron observar ya con cuidado su conducta y lenguage. Despues de advertir á Sara que desconfiase de sus ofertas, y que pretextase alguna indisposicion para dispensarse de presentarse en la Corte, me dediqué á seguirle los pasos. Alejándome poco de él, sobre todo en el quarto del Rey, donde reparé en efecto que aquel Príncipe lo trataba con una bondad extraordinaria, bien pronto comprehendí por sus discursos que le habia informado de la llegada de Sara á San German, y que aun le previno de algun designio

de que afectaba hablarle misteriosamente en público. Mi temor me hizo no buscar medios de aclarar este misterio, pero fué bastante fuerte para obligarme á mudar el consejo que habia dado á Sara, pues en vez de dilatar mas el presentarse al Rey, creí que no podia executarse tan pronto como era preciso el plan que tenia yo formado con Patricio. Á él mismo se lo advertí tambien; y como nada habia que tanto pudiese satisfacer su impaciencia, no se dilató la execucion mas que hasta la mañana siguiente. Queria yo escoger hora en que Tenermill no estuviese en el quarto del Rey; pero prescindí tambien de este escrúpulo, y me figuré que si algo habia que sufrir en la escena de que él sería testigo, serviria mejor para hacerle renunciar para siempre aquellas esperanzas, cuyos efectos queriamos cortar. Dexámosle salir para estar en Palacio al levantarse el Rey. Sara, mas brillante con sus gracias naturales que con su adorno, aunque nada hubiese omitido para dar á aquellas nuevo realce con el vestido mas ayroso, iba acompañada de Mr. y Madama de Sercine, mientras que Patricio, vestido con el mismo ayre de magnificencia y gusto, tomaba el mismo camino para encontrarlos á la puerta del Palacio. Yo me habia ido solo al quarto del Rey, quasi tan pronto como Tenermill; y entre muchos extrangeros que habian venido á hacer la corte á este Príncipe, reparé en el Embaxador de España, con quien me admiré de ver á Tenermill en una conversacion familiar. Todavia me sorprehendió mas el ver que ambos se sonreian

luego que me vieron, y que hablaban al Rey, de modo que me persuadí ser yo la materia de su conversacion. Fuíme ya mas despacio; pero habiéndome descubierto el mismo Príncipe, me hizo seña de que me acercase á su persona. Iba, me dixo, á mandaros llamar, si no os presentárais tan á tiempo; y hablándome con su bondad acostumbrada de las favorables intenciones que tenia para mi familia, continuó así: no os debeis oponer á ellas por unos caprichos de que os acusan. Me proponen un plan que asegura vuestra fortuna y la de vuestros hermanos: el Embaxador os lo explicará; pero yo lo apruebo, tal como acabo de oirlo, y confirmo gustosamente la palabra que he dado de haceros Obispo, si no os obstinais en despreciar vuestro adelantamiento y el de vuestra familia. Como una proposicion tan vaga no me obligaba á mas que á protestas generales de respeto y de sumision, no me dí prisa á pedir al Embaxador ni á mi hermano unas noticias que desde luego me maliciaba.

Pero en el momento en que parecia disponerse á llamarme aparte para satisfacer segun creo, la impacencia con que me suponian, se adelantaron Madama de Sercine y Sara, despues de haber pedido permiso al Rey; y Patricio que con distancia de algunos pasos la seguia, se apresuró á adelantarse tambien para presentarse tan pronto como ellas á los ojos de aquel Príncipe. Reparé la admiracion de Tenermill. Al ver presentarse la hija de Fincer se habia vuelto á acercarse al Rey; pero qualquiera que fuese el

intento con que hizo este movimiento, me pareció se aumentaba mucho su sorpresa quando llegó á ver á Patricio. La turbacion que esto le causó le hizo prevenir al Rey, que parecia dispuesto á hablar: Señor, le dixo, me lisonjeo de que V. M. no se olvidará de lo que tengo que temer de mis hermanos. Sería una injusticia, le respondió aquel buen Príncipe, el no oirlos. Aumentándose con esta respuesta mi confianza, me anticipé inmediatamente; y todos los Cortesanos, que aguardaban alguna cosa interesante de esta escena, se colocaron con bastante órden para dexarnos como al descubierto en medio de un círculo que formaron al rededor de nosotros.

Aprovecháronse sin perder un momento Patricio y Sara de una disposicion tan favorable; y agarradas las manos, hincaron una rodilla delante del Rey. No tanto fué largo el discurso de Patricio como tierno y enérgico. Despues de haber reconocido sus errores, y llorado sus infortunios, pidió al Rey por única gracia que le volviese un bien, cuyo precio habia tan mal conocido; y para quitar á su arrepentimiento todo ayre equívoco, confesó que en el tiempo mismo de su ceguedad fué siempre de dictámen que nadie merecia mejor su corazon. El Rey los levantó á entrambos con algunas señales de un tierno interes. Vivid felices, les dixo, y contad con mi proteccion. Despues, como si se hubiese ya determinado por su respuesta, dixo al Embaxador de España: un proyecto frustrado se repara algunas veces con otro: ¿quién os quita

dar vuestra sobrina á Milord Tenermill ? Él os puede decir á lo que le destino. Tampoco yo me retrataré de lo que he ofrecido al Dean. La respuesta del Embaxador fué tan cortés y atenta como debia ; pero no atreviéndose á empeñarse sin participárselo á su sobrina , pidió al Rey le diese tiempo para consultar con ella.

Sostuvo Tenermill lo prometido con tanta libertad y franqueza , que creí sincéras sus promesas. Luego que volvimos á casa de Mr. de Sercine , dió la mano á Sara , y las inquietudes que la habia causado en su quarto se tomaron á risa. Disculpóse con su hermano de haber ignorado que la conservase tanta inclinacion , reconociendo que nadie podia disputarle los primeros derechos. Podian serme un poco sospechosas estas protestas , supuesto que tuve el cuidado de darle noticias que alegaba él le faltaban ; pero distinguiendo muy bien lo que se podia atribuir á su política y deseo de sincerarse , no le censuré que exâgerase un poco la rectitud de sus intenciones. El cariño que yo le profesaba se habia con tal viveza enardecido con el sacrificio que acababa de hacer á su hermano , que comenzando otra vez á tomar muy por mi cuenta sus intereses , exâminé hasta qué punto debia dexarle prestar oidos á la nueva proposicion que el Rey habia hecho al Embaxador. El nacimiento ilustre , la situacion y el mérito mismo no eran suficientes para borrar en la señora F..... los desórdenes que me habian contado de su conducta. Conocia yo demasiado honor en Tenermill para creer se casase con una

muger deshonrada en España por varias intrigas escandalosas; y si esta razon me hacia fácilmente comprehender cómo tan desde luego consintió el Embaxador en proponerla al Rey para un hermano menor como Patrìcio, no veía que debiesen los mismos motivos causar en nosotros la misma impresion; ó por mejor decir, estaba yo persuadido á que ni aun concebiria él esperanza, si pudiera imaginarse los buenos informes que habia yo traido de España. Por otra parte la repugnancia que yo tenia á revelar secretos odiosos que nadie sino yo sabia en Francia, los respetos de la caridad christiana, que me obligaban á ocultarlos, y el temor mismo de exponerme, si los descubria, á la venganza de una muger, cuya actividad y maña no ignoraba, me pusieron desde este primer momento en un apuro, de que preví no me sería fácil salir.

No era tiempo de profundizar unas dificultades que me parecieron poco urgentes, y ni aun me apresuré por descubrir la nueva intriga de la señora F..... para conseguir que el Embaxador de España se hallase en S. German un quarto de hora antes que se presentasen al Rey Sara y Patricio; pues solo la casualidad pudo proporcionar este encuentro. Con mas gusto me ocupé luego que llegamos á casa de Mr. de Sercine con diversos favores del cielo que en un momento cayeron sobre mi familia. Un caballero que vino de órden del Rey á dar la enhorabuena á Patricio de su matrimonio, le declaró ser voluntad de aquel Príncipe que se celebrase

á su vista, y tratándolo de Milord Conde de B...
le dixo que acababa de ser cre do Par de Irlanda baxo este título. He advertido anteriormente que no tomó Patricio el apellido de los primogénitos de nuestra casa sino quando se casó con Sara Fincer, y que segun los usos de nuestras Islas, no estaba esta mudanza autorizada sino por la presunta renuncia de Tenermill. El Rey, que tenia formadas miras muy particulares sobre toda nuestra familia, queria que sin necesitar de un título prestado, pudiesen mis dos hermanos presentarse en Irlanda con la misma distincion. Pero insistiendo igualmente en el intento de emplear á Patricio en el servicio de su persona, le enviaba tambien á decir, que junto con la dignidad de Chambelan suyo con que lo condecoró al partir á España, le concedia la de gran Tesorero, para recompensarle con los emolumentos de esta, los cuidados y cargos de la otra, que era puramente de honor. Siendo pocos los Señores que componian la Corte de S. German, no debe causar admiracion que se reuniesen en un mismo sugeto dos empleos de esta importancia, que eran aun de mas consideracion que lo que podria pensarse por la idea que los Historiadores nos dan de la situacion del Rey. Las pensiones que sacaba S. M. de las Cortes de España y Francia no pedian se crease un empleo extraordinario para recogerlas; porque siendo regularmente pagadas por una mera órden, no estaban sujetas á enredosas formalidades: pero sacaba el Rey sumas considerables de los Católicos y de los otros vasallos su-

yos de Inglaterra é Irlanda. Habia en las Provincias Administraciones establecidas con tanto órden como en los años mas tranquilos de su reynado; y de esta especie de renta era de la que daba la Superintendencia á Patricio, baxo el título de su Tesorero general.

Tambien yo me hallaba comprehendido en este cúmulo de favores. El intérprete de tantas y tan felices noticias tenia órden de declararme de parte del Rey, que estaba nombrado para el Obispado de Cloyne. Éste á la verdad era únicamente un título sin carga particular y sin renta; pero la intencion de aquel Príncipe no era alejarme para siempre de sí, y prononiéndose solamente hacerme útil á su servicio en Irlanda, queria que en los viages que me mandaria emprehender, me diese mi Dignidad mas consideracion entre los Católicos.

Hubiéramos vuelto inmediatamente á Palacio para desahogar todos los impulsos de nuestro agradecimiento, si el mismo Gentilhombre no traxese órden de decirnos que el Rey nos dexaba algunos dias para arreglar nuestros asuntos domésticos, y que nos avisaria quando tuviese por conveniente volver á llamarnos. Esta órden, que tan mal se avenia con nuestro ardor, procedia á un mismo tiempo de dos causas diferentes, que supimos de boca del mismo Tenermill antes de concluirse el dia; pero como él no tenia las mismas razones para privarse de la vista del Rey, volvió á Palacio. El Embaxador de España se habia quedado alli despues que nosotros salimos, y el Rey, que tenia algun pesar de ver atrasa-

da la execucion de una parte de sus proyectos por la incertidumbre del matrimonio de Tenermill, mandó á este Ministro que se explicase mas por extenso sobre lo que se podia esperar de las disposiciones de su sobrina. No dudó S. M. que perdiendo ella la esperanza de ser de Patricio, consentiria voluntariamente en recibir la mano de su hermano Tenermill; y declarándose tambien sobre lo que pensaba hacer para su fortuna, animó por este motivo al Embaxador á no omitir medio alguno para acelerar su matrimonio. El tiempo que nos dió para arreglar nuestros asuntos era el que queria dexar á la señora F..... para determinarse. Llegó á tal punto la bondad de este excelente Rey, que asi se lo confesó á Tenermill, y no temiendo mostrarse sensible al placer de hacernos á todos dichosos, le confesó tambien, que privándonos algunos dias del honor de verle, queria proporcionarse á sí mismo la satisfaccion de vernos á todos contentos, y recibir á un mismo tiempo los testimonios de agradecimiento de nuestra familia entera. Tenermill, ya tan hábil cortesano como si debiera esta qualidad á una larga experiencia, aprovechó esta ocasion para recordar á S. M. la Condesa de S..... y algunas palabras de alabanza dichas con tanta maña como verdad, hicieron impresiones, cuyos efectos experimentó esta querida hermana.

Ninguna mezcla de tristeza tendria el gozo que recibí con tantos y tan agradables acontecimientos, á no venir á turbarle mis reflexîones acerca del caracter de la señora F... Sin embargo

todavia dilaté fa discusion de una dificultad tan seria, para despues de mi vuelta á París. No estando enamorado Tenermill, me hallaba seguro de no tener nada que combatir en su corazon, si me creía obligado á hacerle perder la intencion de este matrimonio; aunque le veía no obstante dispuesto á no perdonar nada para efectuarlo. Pero no me podia imaginar que la ambicion de que él mismo empezaba á confesarme que iba únicamente á estar poseido, le hiciese tan ardiente en buscar una muger como el menor grado de amor. Lo que únicamente admiré, como un efecto de su viva imaginacion, fué que en el instante en que volvió sus deseos á este lado, sacaba en todos sus discursos las gracias de la señora F..... con tanto gusto y satisfaccion como si la profesase una pasion muy tierna. Bastante la habia visto, para conocer todo el mérito que tenia; y en la precision en que ella se vió de implorar su socorro, es fácil de discurrir que se valdria de toda su industria para ganar la estimacion de mi hermano. Pero conociendo yo el interior de su corazon, me parecia descubrir mejor sus sentimientos que él mismo.

No bien llegó á París quando se fué á su casa con el mismo ardor, y no andándose en rodeos para explicarla sus deseos y sus esperanzas, se lisonjeó de que con la proteccion del Rey la confesion del Embaxador, y la expresion de su propia ternura, fácilmente obtendria ser escuchado. Mas no era la ambicion la que lisonjeaba el corazon de esta bella española. Acababa de saber de boca de su tio la ruina de su amor,

y esta noticia la causaba una desesperacion extrema. Si se violentó anteriormente para recibir á Tenermill con semblante tranquilo, no bien oyó que constituía él su felicidad en el desayre que hacia Patrició á su amor, quando le atribuyó en parte su desgracia, y enfureciéndose con este pensamiento, le trató con una altivez, que debia obligarle á desistir. Pero segun la opinion que él tenia de las mugeres, nada se le daba de sus rigores; y no sintiendo en sí mismo aquella inclinacion amorosa que le hizo consentir hallaria en Sara la satisfaccion de su corazon con las ventajas de la fortuna, conservó aún la esperanza de vencerla. De este modo se estableció el combate entre un ambicioso sin ternura, que queria triunfar de un pecho para hacer que el cariño sirviese á su elevacion, y una muger expresiva y de buen humor, que prefiriendo las dulzuras del amor á todas las fortunas del mundo, podia muy bien lisonjearse de verse rendir obsequios, pero que no podia tomar itneres sino en los que creyese sincéros. Con una experiencia y una penetracion que la ponian mejor que á otra en estado de formar juicio, llevaba esta especie de lid un corazon poseido por otro amante, y la mas horrenda preocupacion contra el que acusaba como autor de su pérdida. Dura escuela para Tenermill, y que á mí mismo me suministró lecciones muy útiles para el conocimiento de las pasiones y de los genios.

Volvió de esta visita con un ayre de inquietud que al punto conocí. Tampoco él pretendió ocultármela, y dándome cuenta del mal recibi-

miento que le habia hecho su dama, me preguntó mi dictámen acerca de un principio tan extraño. No conocia yo á la señora F..... sino por los informes que me dieron en España. Su caracter, segun la idea que de él habia formado, era el de una locuela, y no haciendo distincion entre todos los modos con que podia serlo, la ponia sin dificultad en la clase de Madama de N..... cuyos feos artificios, y vergonzosos desórdenes tenia tan bien conocidos. Sería para mí demasiado nuevo figurarme una muger que reunia en su caracter unas perfecciones como defectos; viva hasta tocar en liviana, y algunas veces arrebatada, pero capaz no obstante de pensar en sus momentos de reflexîon con tanto acierto y solidez como el hombre mas distinguido por estas dos prendas; siempre poseida del deseo de agradar; persuadida á que la gloria de una muger solo consiste en la multitud de sus conquistas, y aun comprando esta gloria con flaquezas quando no veía otro medio para poner ó detener un amante en sus cadenas; pero mas tierna y mas apasionada que otra con aquel que hallaba modo de hacerla sensible; con todo eso era generosa, buena, fina, pero sin malignidad en sus finezas y en sus artificios; siempre pronta á obligar con favores, y ganar la voluntad con maña, y tan seductiva por lo festivo de su humor y de sus modales, como por los atractivos de su figura: en fin un compuesto de mil virtudes y de otras tantas flaquezas. Tal era la señora F....., y confieso que hasta entonces la habia yo hecho una extrema injusticia, com

parándola con una muger tan vil y tan viciosa como Madama de N.....

Mas como todavia me hallaba poseido de esta idea, y sin estar resuelto sobre la dificultad que habia empezado á exâminar, era demasiado favorable la ocasion, para no sondear acerca de ella las ideas de Tenermill; expuse en términos generales algunas reflexîones sobre el riesgo de casarse con una muger cuya índole y conducta no se conocia á fondo. Hubiérale citado por exemplo á la señorita de L..... si no ignorase él todavia la desgraciada aventura de su hermano; pero hallaba yo en la qualidad de extrangera con que dar bastante fuerza á mi discurso. No sé, añadí, si el nacimiemto de la señora F....., la esperanza de heredar al Embaxador, y los mismos favores que ofrece el Rey á tu casamiento, son razones bastante fuertes para tranquilizarte en quanto á esta especie de peligro; y si en esto piensas como yo, será á lo menos un recurso para tu consuelo, en caso de que los rigores de que te quejas pudiesen obligarte á abandonar tu empresa.

Me habia escuchado con mucha atencion, y me respondió: podriais añadir, si los males que me dais á entender son todavia de temer, ó si ya han sucedido; porque habiendo estado en España, y tenido con la señora F.... tanto trato como Patricio, es dificil no esteis mejor informado que lo que quereis aparentar. Temí que me estrechase demasiado; pero él mismo me ofrecia un medio de salir del apuro. ¿Tanto trato como Patricio, repliqué yo defendiéndome? Ella y él te dirán que no la he visto mas que una

vez todo el tiempo que estuve en Madrid. ¿Con que al mismo Patricio es, replicó, á quien debo dirigirme para aclarar las dudas que vos quereis inspirarme? Pero interin logro su testimonio, añadió, puedo confesaros, que no queriendo buscar desde hoy en una muger sino las proporciones que un matrimonio ventajoso puede darme para el adelantamiento de mi fortuna, repararé muy poco en el caracter de aquella que me traiga nacimiento y bienes.

Nos interrumpieron las aclamaciones del Conde y de la Condesa de S.... que se hallaban al volver á casa con la noticia de la felíz llegada de Sara y Patricio, y que no habiendo tenido hasta entonces sino algunas especies inciertas de su reconciliacion y de las bondades del Rey, se apresuraban á buscarlos para llenarles de agasajos y enhorabuenas. Pasamos juntos á su quarto, donde los hallamos como fuera de sí por el amor y el gozo. Patricio, que tanto tiempo fué víctima de tantas inquietudes y dolores, aun sin exceptuar el de su funesta pasion, á la que acompañaron demasiadas pesadumbres y agitaciones por no haber mudado alguna cosa en sus modales y en su humor, parecia haber recobrado de un golpe la dulzura y las gracias con que naturaleza le adornó. Recibió las demostraciones de nuestro cariño con aquella efusion de corazon que manifiesta los sentimientos mas ocultos; y comparando él mismo su situacion actual con aquella en que se acordaba estuvo en un tiempo de error que su loca preocupacion le hizo llamar felíz, convenia en que los placeres que

nacen de lo recto y justo, son de otra estimacion, que los transportes desreglados de las pasiones.

Duraria demasiado la conversacion sobre una materia tan conforme al gusto de los circunstantes, á no entrar recado á la Condesa de que queria verla la señora F..... Apresuróse inmediatamente Tenermill para ir á recibirla, y ella le habló con mas indiferencia que cólera: pero quando vió presentarse á la Condesa, le suplicó que las dexase solas. Su conversacion duró mucho tiempo, y al instante que se fué supimos todas las circunstancias.

Sin disimular los sentimientos que tenia respecto á Patricio, y sin ocultar tampoco que solo dexó á España para facilitarse los medios de ser su esposa, confesó desde luego á la Condesa que viéndolo reconciliado con Sara por sù propia inclinacion, no la quedaba otro recurso que valerse de su talento para curar su corazon. Pero no pudiendo tampoco renunciar al gusto de ver á un hombre que tanto amaba, y no hallando menos consuelo que antes en vivir en una estrecha amistad con nuestra familia, pedia á mi hermana dos favores, que esperaba igualmente conseguir; el uno, proporcionarla en aquel mismo dia conocer á Sara, con la que queria tener amistad; el otro, empeñar á Patricio á que la tratase á lo menos con los respetos acostumbrados de la politica, sin obstinarse, como lo executó desde su vuelta á Francia, en negarla hasta una mera visita. Queriendo la Condesa excusar á mi hermano diciendo que no habia

hecho parada en París; le perdono lo pasado, replicó sonriyéndose sin afectacion, pero quiero que lo repare con una pronta visita, que aún recibiré, si absolutamente lo quiere asi, como su último á Dios.

Pesando mi hermana estas dos peticiones, halló menos dificultad en la segunda que en la primera. Prometió hacer presente á Patricio lo que debia á una muger que tanto le queria, y sin duda que no necesitaba de sus instancias, añadió, para rendirse á un deber tan justo. Mas sabiendo el poco gusto que mostraba Sara en adquirir nuevos conocimientos, ó por mejor decir, cubriendo con este pretexto el temor que tenia de disgustarla con la presencia de una nueva rival, creyó poder dispensarse atentamente de condescender con su súplica. Sus dos proposiciones eran no obstante de igual importancia para ella; y para explicar desde luegó una parte de sus miras, solo deseaba ver á Sara para asegurarse de lo que tenia que temer de sus encantos, ó para saber luego que la viese lo que era capaz de causar impresion en el corazon de Patricio. De aqui es que se agravió tanto con la negativa de mi hermana, que despues de instarla muchas veces en vano con varios motivos nuevos, no pudo contener las lágrimas que el despecho la obligaba á derramar. Era preciso que su resentimiento estuviese en su colmo. Separóse de mi hermana con apariencias forzadas de agradecimiento y amistad, para mantenerla á lo menos en la resolucion de proporcionarla la visita de Patricio, en la que tenia

tanto mayor confianza, quanto no pudiendo conseguir la otra gracia, miraba como infalible la promesa de ésta.

Sorprehendiónos mucho la Condesa quando nos refirió esta conversacion. Siempre estimulado Tenermill del mismo zelo, observó la salida de la señora F.... y se ofreció á acompañarla hasta su casa. Dexándonos su ausencia mas libertad para explicarnos, fui el primero que alabé á mi hermana su recusacion, y que puse en duda si era conveniente á Patricio exponerse á una visita, cuya utilidad no podia yo comprehender. Sara, no obstante que no era capaz de una baxa desconfianza, y Patricio, que respondia bastante de sí mismo para creerse superior al peligro, fueron de dictámen que la politica le obligaba á hacerla. El Conde y la Condesa pensaban del mismo modo, y asi mi opinion pasó por un nimio escrúpulo.

Como esta no era una resolucion que debia sobre la marcha executarse, aguardamos que volviese Tenermill, que inmediatamente vino á buscarnos. Las señales de alegria que traia en su rostro, fueron notorias á todo el mundo. Nos dixo, que la señora F....... le habia tratado con una bondad, que no tuvo con él en la primera visita; pero que su dicha dependia de su hermano. Es preciso, le dixo á él mismo, que me hagas el favor de verla, pues me ha sacado la palabra de que hoy mismo te persuadiria yo á hacerlo. Por las explicaciones que de ti espera, y que dice recibirá con confianza, porque ha mucho que conoce tu caracter, me ha dado

esperanza de que nuestro casamiento sería mañana decidido en su corazon y en su voluntad. No se acordó él ni aun de las preguntas que me habia prometido hacer á Patricio; y pensando únicamente en solicitarle á que fuese á visitarla, le parecia ya que tardaba en verlo de vuelta, para dar la última certidumbre á sus esperanzas.

Ya la noche esparcia sus sombras, y nosotros nos manteniamos aun en la misma irresolucion, y se pasó aun algun rato antes de determinarse absolutamente Patricio á no dilatar hasta el otro dia una visita que le parecia molesta en las circunstancias en que nos hallábamos. En fin despues de enviar á casa de la señora F....... para saber de ella misma la hora para hacerla la visita, marchó solo en su coche, y nos prometió estar de vuelta para quando cenásemos. Pasamos el tiempo de su ausencia hablando de los motivos que podria tener la señora F....... Tenermill los explicaba en favor suyo, y yo despues de muchas reflexîones confesé que todo era para mí un enigma.

A eso de las nueve vino uno de los criados de Patricio á decirnos de su parte que se hallaba en la precision de quedarse á cenar en casa de la señora F....... diciéndonos, que el Embaxador de España y algunas otras personas de la misma distincion, acababan de llegar á su casa quasi en el mismo momento que él, y que por lo tanto no pudo ella manifestarle aun las razones que habia tenido para desear verle. Como el tiempo se pasó insensiblemente, le pidió el Emba-

xador tuviese á bien quedarse á cenar en su casa; y aunque Patricio quiso retirarse, las instancias de toda la tertulia, y particularmente las de la señora F......que le prometió proporcionar en aquella noche ocasion de hablarle un instante, le determinaron por interes de Tenermill á dexarse vencer de las instancias que le hicieron.

Esta noticia, aunque poco esperada despues de la palabra que nos dió al marchar, á nadie causó inquietud, antes bien cenamos con la tranquilidad del gozo mas puro y mas perfecto. Ocurrióme no obstante al tiempo de retirarme, que todo era de temer de una muger tan viva y tan astuta como la señora F.... No era yo capaz de llevar á mi hermano socorros bastante poderosos, pero podia á lo menos observar el peligro, y formar juicio de las medidas que deberian tomàrse para sacarle de él. Por esta sola idea tomé el partido de irme entre once y doce enfrente del quarto de la señora F..... del qual me hallaba informado por Tenermill y mi hermana. La soledad que desde luego hallé en su calle, me hizo quasi arrepentir de mi empresa, porque habia poca esperanza de poder entrar en una casa en que no podia presentarme baxo pretexto alguno. Tenia conmigo á mi criado, cuya conversacion me fué algun rato entreteniendo; y bien pronto llegaron algunos coches, que parándose delante de la casa, me persuadieron todavia mas que me habia sobresaltado sin fundamento. Patricio, decia yo, se ha sujetado á pesar suyo á la servidumbre que impone el bien parecer; la compañía que lo ha detenido, va á dexarle li-

bre; su coche no podrá tardar, pues ha llegado la hora de que los otros vengan: me juntaré con él, y ambos nos volveremos á casa.

Mientras me ocupaba en estas esperanzas, ví salir de casa de la señora F...... muchas personas, que se retiraron inmediatamente en sus coches. Salió tambien el Embaxador de España, y como su casa estaba á poca distancia en la misma calle, se fué á pie, acompañado de una multitud de lacayos, que le alumbraban con hachas. Ocultéme cuidadosamente para evitar el que me vieran; y como luego que salió cerraron la puerta, aguardé todavia mas de una hora, aumentándose igualmente mi impaciencia por ver que ni llegaba el coche de Patricio; ni se abria la casa. Abrieron no obstante, y ví salir á pie un caballero, que dió órden al portero de que le aguardase un instante. La casualidad hizo que paseándome á lo largo de la calle, parecia que venia yo de casa del Embaxador, que no estaba lejos detrás de mí, y no permitiéndole la obscuridad al caballero distinguir mi rostro, me tuvo segun mi trage por el que él iba á llamar, y debia venir del mismo sitio. ¿Sois vos, me preguntó en español, el señor Limosnero? título que me era muy comun desde que el Rey me lo habia concedido. Un movimiento que se anticipó á toda reflexìon, me obligó á responder en la misma lengua que sí. Démonos prisa, replicó el caballero volviéndose para irme guiando; nuestros amantes estan juntos, y esta es la ocasion que tal vez no se volverá á hallar jamás. A la verdad, abrí los ojos luego que oí este

modo de explicarse. Comprehendí, si no la odiosa trama formada contra mi hermano, á lo menos que se hallaba amenazado de algun funesto accidente, y que debia yo llamar en mi auxîlio toda mi firmeza y todo mi zelo para socorrerle. La necesidad no parecia aún urgente; pero estando resuelto á arriesgarlo todo, seguí intrépidamente á mi guia, y entré con él en la casa. Por un especial favor de la Providencia se quedó el portero aguardando sin luz; nosotros subimos la escalera, que estaba tan á obscuras como la puerta, y me dixo el caballero: Aguardad aqui, porque vuestro ministerio nos será necesario dentro de un instante. Muy terrible hubiera sido para mí el figurarme que maquinaban contra la vida de mi hermano, y que solo llamaban á un hombre de mi profesion para recibir sus últimos suspiros. Gracias al cielo no me ocurrió un pensamiento semejante, pero tenia otras mil dudas que mortalmente me atormentaban.

En fin abrióse de repente delante de mí una puerta vecina á aquella por donde habia entrado el que me guiaba. Entrad, señor Limosnero, exclamaron, pues os aguardan con impaciencia. Por mucha que fuese la turbacion que me causasen tan largos preparativos, reparé al entrar en tres hombres muy decentes, que tenian puesta una pistola al pecho de Patricio, mientras que la señora F...... desmayada en la apariencia, estaba tendida en un canapé. Acercaos, señor, dixo uno de los caballeros, venid á reparar el honor de España y el del señor Embaxador, casando á este caballero con la señora F........ á la

que hemos sorprehendido con él en un estado que solo se puede justificar con un pronto matrimonio. Él bien puede llamarse felíz, de que en nuestra primer furia no háyamos manchado nuestras manos con su sangre. Mi rostro feo, que no conocieron quando me acerqué, las primeras exclamaciones con que les rogué se detuviesen, y el discurso de mi mismo hermano, que en medio de la sorpresa que tuvo al verme, me preguntó al punto, por qué felíz casualidad me hallaba tan cerca de él, y si no me causaba admiracion aquella escena; les convencieron de que procedian con alguna equivocacion en su aventura. Se miraron atónitos, pero sin abandonar la postura en que estaban, pues vos, señor, me dixo uno de ellos dirigiéndose á mí con bastante altivez, sois Sacerdote, nada importa que seais Español ó Francés. Concedednos el auxîlio de vuestro ministerio para una ceremonia de un instante, que será recompensada mucho mas allá de vuestros deseos por la magnificencia del señor Embaxador de España. A su sobrina es á quien han hecho el agravio; la religion y el honor os imponen el mismo deber que á nosotros. Interin ellos estaban en esta agitacion, me reparé yo, y comprehendí su proyecto enteramente. El fraternal amor, mi ódio al artificio, el honor y la Religion, porque pretendian interesarme, obraron en mí con tanta fuerza, que ni la vista de sus armas, ni la consideracion de su número, me impidieron tratarlos con todo el desprecio que merecian por una empresa infame. Les de-

claré sin rodeo que aquel contra quien imploraban el auxîlio de mis manos era hermano mio, y al mismo tiempo les amenacé con un castigo de que no los podria libertar todo el poder de su Embaxador.

Tal vez me dexé llevar con bastante exceso de este primer acaloramiento, pero sea que se ofendiesen con mis reconvenciones y amenazas, sea que reflexîonando sobre las circunstancias, se imaginasen que se les daba muy poco por el desprecio, se separó uno de ellos de Patricio, y viniéndose á mí me apuntó al pecho la pistola, y me dixo: Vos, señor, sois Sacerdote, y esto nos basta: venid á exercer vuestro ministerio, si no quereis morir. No esperaban ellos oirme replicar á esta amenaza; pero recogiendo todas mis fuerzas, tanto por amor á mi hermano, como por zelo en cumplir con mi obligacion, demostré tanto desprecio de la muerte con que me amenazaban, y tanta indignacion contra los autores de una empresa tan infame, que ví pintada la admiracion en la frente de nuestros enemigos. No se atrevieron á insistir un momento, y ponderando solamente la generosidad que tenian en concedernos la vida, protestaron que si no se rendia Patricio voluntariamente á lo que llamaban ellos su deber, nuestro castigo sería efectivamente cierto, aunque por el pronto se difiriese. Por lo que hace á él, que se vió tan apurado que ni aun pudo levantarse de su silla, se enfurecia al considerar una humillacion tan indigna de su valor, y quando la desesperacion del suceso los obligó á abandonar

su proyecto, les juró al tiempo de retirarse que les haria arrepentir de su temeridad.

Dexáronnos libertad para salir, pero para mejor disimular su artificio, afectaron llamar á los criados de la señora F...... haciéndoles instancias para que viniesen á socorrerla. Esperaba Patricio hallar su coche á la puerta, pero no halló ni un mal lacayo suyo; pues tuvieron de antemano cuidado de alejar á todos sus sirvientes, con órdenes fingidas que se les dió de parte de su amo; y despues supimos por el cochero, que habiendo venido á la hora que le mandó su señor, le advirtieron que volviese dos horas despues. Jacin se quedó á la puerta, por no tener otro camino para volverse á la casa del Conde.

Aunque muchas veces se valieron los tres Españoles del nombre del Embaxador, ni Patricio ni yo nos persuadimos jamás que hubiese él entrado en un enredo que deshonraria su caracter, y que tanto desdecia de aquel hidalgo y generoso proceder que habiamos generalmente advertido en la nobleza española. Mucho menos quando despues supimos con evidencia el modo con que la señora F...... se manejó, y que los tres Españoles que la prestaron su infame ministerio, eran tres delinqüentes, que prófugos de su Patria vivian en París ganando su vida con torpes y vergonzosos tratos. Reducidos á no acusar á nadie mas que al espíritu intrigante de la señora F......, admiramos tambien que hubiese fundado la menor esperanza en una aventura que carecia de verisimilitud; porque ¿á quién seria fácil de persuadir que tuviese Patricio con ella

una comunicacion amorosa, en un tiempo en que su corazon estaba únicamente poseido de Sara, y en que podria confirmar esto mismo con el testimonio de mil personas? Y tanto cuidado como se tuvo para traerle al lazo que le armaban, y apartar de él á todos los suyos, ¿no deponian con evidencia á su favor?

Este fué el modo de discurrir de quantos supieron nuestro lance. Tenermill apenas podia volver de su sorpresa, y la vergüenza de haber él mismo contribuido á ponernos en aquel apuro por las instancias que hizo á su hermano, le afligia tanto como la pérdida de sus esperanzas. No parecia efectivamente, que despues de un escándalo de esta naturaleza pudiese conservar el deseo de volver á ver á la señora F.... Todos discurrimos en este supuesto, y habiendo sido el proyecto de su matrimonio la única razon que obligó á retardar el de Patricio, creimos que sin mostrar menos sumision á la voluntad del Rey, podiamos proponer á S. M. que abreviase el tiempo fixado por él mismo, y Sara lo deseaba con impaciencia, por los recelos que lo pasado la inspiraba para lo futuro. Suplicóme Patricio que fuese á pedir al Rey este nuevo favor, y aun el de que se hiciesen las ceremonias sin aparato alguno en qualquier otro lugar que S. German.

Creia yo á Tenermill tan curado de sus ideas de matrimonio, que partiendo la mañana siguiente á la Corte, no me ocurrió ni aun el preguntarle si debia contar al Rey la aventura de Patricio. Como ella era el fundamento que yo

tenía para ir á solicitar la revocacion de sus órdenes, era natural comenzar por esta relacion, y no veía ya por parte de Tenermill motivo el mas mínimo que pudiese inspirarme alguna duda. Sin embargo, volviendo á mí en el momento de mi partida, me hizo cien preguntas cuyo sentido no comprehendí por el pronto, y que vinieron por fin á parar en preguntarme claramente si hablaria yo al Rey del lance acaecido con los tres Españoles. Este mismo cuidado de atribuir nuestra aventura á los tres Españoles, y de no mezclar en ella á la señora F...... me pareció una delicadeza enteramente nueva; pero sin dexarme lugar de responderle, añadió con el mismo ayre de distraccion, que baxo qualquier aspecto que considerase él la escena del dia precedente, nada hallaba en ella que causase la menor mudanza en el estado de las cosas; que nadie ignoraba la inclinacion de la señora F..... á Patricio; que queriendo asegurarse de su corazon y de su mano, no hizo sino lo que qualquiera otra muger con los mismos deseos y los mismos medios no hubiera dexado de intentar; en fin, que despues del mal éxîto del artificio de los Españoles, ó del suyo, si asi me parecia, no era ella diferente de la que fué antes de emprehenderlo. ¿No es la misma muger, añadió mirándome como si pudiese yo dudar de ello; con el mismo nacimiento, las mismas prendas personales, las mismas esperanzas de fortuna? ¿Y acaso subsisten menos las razones que he tenido para pensar en casarme con ella?

Concluyó de este discurso, que si se podia

por el contrario sepultar en el olvido nuestra aventura, y aun comenzar ocultándosela al Rey, nada le estorbaria á él despues de casado Patricio volver á recobrar sus esperanzas por parte de la Española. Es cierto, añadió, como si todavia necesitase yo de esta confirmacion para convencerme, que se verá obligada á renunciar á mi hermano, quando le vea unido indisolublemente con Sara. ¿Y porqué despreciaria entonces mis ofertas, con todas las ventajas de que van acompañadas, y de que su tio no ha dexado de informarla?

Confieso que por mucha que fuese la admiracion con que oí estas razones, nada hallé que oponer quando hube de responderle. No podia efectivamente probarle que la infame estratagema de la señora F...... fuese un borron que la hiciese mas indigna de ser su esposa que lo era antes, y el amor que la obligó á valerse de la violencia era sin duda el mismo que la precisó á buscar al principio modo de ganar á Patricio por caminos mas suaves. Pero me parecia tan escandaloso un atentado de esta naturaleza, que aun quando no hallaba términos, ó no me atrevia á usar de los que se me ofrecian para expresar mi horror, admiraba que no causase la misma impresion en Tenermill. Lo mas moderado que creí poder decirle, fué que verisimilmente no tendria que echarse en cara el haberse dexado llevar de los zelos con demasia. Creia yo picarle con esta ironía: mas aunque la comprehendió perfectamente, no se dió por entendido, y ciñéndose meramente á la precision en que bien

pronto se veria la señora F..... de ahogar su cariño á Patricio, no tuvo dificultad en confesarme que lo que él pedia de ella era por otra parte muy independiente de las disposiciones de su corazon. Ella asegura mi fortuna, me dixo; y es capaz de hacerme honor por su nacimiento, su talento y hermosura; prescindo de todo lo demás. ¡ Ó ambicioso! interrumpí con un sentimiento de vivísima compasion, ¡ quán bien me haces conocer los diferentes resortes que hay en el corazon humano! ¡quánto me engañé, quando el exemplo de tu hermano me hizo mirar el amor como la única pasion capaz de cegar á un hombre ilustrado! Pues qué ¿ no conoces, continué con el mismo movimiento, que una accion tan temeraria como la de la señora F.... es mas que un ensayo de atrevimiento y astucia? ¿á qué no te expondrias uniéndote con una muger de este caracter? Y sin explicarme con demasiada franqueza sobre los informes que tuve en Madrid, le eché en cara que depusiese tan pronto la intencion que tuvo de procurárselos sobre la conducta de una muger á quien hacia pocos dias que conocia. Pero lejos de responder á mi objecion, me dixo: pensad hermano mio, que un exceso de reflexîones y de cuidados me hará perder unas ventajas que jamás volveré á hallar. La bondad del Rey puede entibiarse. ¿Será verisímil que una muger como la señora F...... se olvide jamás de las obligaciones que la impone su nacimiento? ¿vivia en tan buena armonía con ella su tio el Embaxador? Suponedla de un génio algo alegre; ¿ acaso lo son menos todas las

damas de Francia, donde no se puede negar que el libertinage reyna con el mayor imperio?

Quedé sin tener que replicar á este último discurso; y no acababa de admirarme de aquella contrariedad de principios que le hacia de tan fácil composicion sobre un artículo tan delicado, á el que parecia el hombre menos tratable del mundo en todo lo que se llama honor. ¡Extraño efecto de las pasiones violentas, que nada hallan de importante sino lo que á ellas se refiere! El amor hubiera hecho despreciar las grandezas á Patricio, y la ambicion hacia á Tenermill insensible al amor. Sin embargo, como no me parecia temible que hiciese demasiados progresos con la señora F......, suspendí todavia darle unas noticias que creía yo mas capaces de causarle impresion, y resolví aguardar que volviese Patricio antes de determinarme sobre esto.

Ni de Patricio ni de mí se pudo sospechar haber publiçado nuestra aventura, ni tampoco acusamos al Conde ni á la Condesa, cuya prudencia y discrecion conociamos muy bien. Tenermill no obstante tuvo el pesar de oir que corrian ciertas voces, que le dieron demasiado fundamento para juzgar que no todos guardaron el mismo silencio; y para colmo de su dolor, nos dixo Patricio á su vuelta que ya aquellas voces habian llegado hasta S. German. Al concederle el Rey el permiso que le pidió para apresurar la renovacion de su matrimonio, y celebrarlo sin ruido en nuestra pequeña hacienda de *las Sazones*, no aguardó á que él le diese excusas ni pretextos para justificar su súplica. Se chanceó con él

sobre su buena fortuna, y compadeciéndose de Tenermill que estaba menos favorecido del amor, añadió que esta era una ocasion que hacia falta para la suya. Con solo el sueldo de su Regimiento, y doce mil libras de pension, me guardaré muy bien, dixo S. M., de darle un título que le grangearia menos honor que apuro para sostenerle. Es jóven y de buen parecer: París puede ofrecerle lo que no ha podido obtener de España; á no ser que prefiera aguardar volvamos á Inglaterra, donde mi amistad quizá contribuirá todavia mejor á su establecimiento.

De este modo continuaba este Príncipe prometiéndome un suceso que no le reservaba la Providencia. Pero el impaciente Tenermill que no tenia tanta confianza en lo futuro, miró este modo de explicarse como un golpe funesto á sus esperanzas. Todas las chîmeras con las que tal vez consiguió alucinarse en quanto á la conducta de la señora F....., llegaban á ser inútiles por la decision del Rey. ¿Qué medio habia de proponérselas á este Príncipe como se atrevió á proponérmelas á mí? Jamás pensó él en agradar á las damas de Francia; porque su genio imperioso y dominante no se acomodaba con aquella multitud de obsequios y condescendencias en que veía que la mayor parte de las damas francesas cifraba el galanteo; y quando el deseo de elevarse le pudiese sujetar á esta especie de abatimiento, él mismo conocia que no habiéndolo formado la naturaleza para este modo de hacerse amable, se exponia á hacer un papel ridículo por unos gestos y afectaciones que no le eran natu-

sarales. Por lo tocante á la Inglaterra, mejor sabia él que el Rey, quán poco se debia contar con algunas cortas ventajas de la última campaña, y las ideas de un Oficial hábil que vió de cerca las disposiciones del país, eran muy diferentes del lenguage lisonjero de los cortesanos.

Le ví por algunos dias tan pensativo y tan triste, que me darian lástima sus penas, á no creerlas propias para abrirle los ojos sobre la vanidad de la pasion que le devoraba. Tenia cuidado de huir de mí, como si todas mis miradas fuesen otras tantas reconvenciones; y no le parecia menos insoportable la compañia de Patricio. Sin mostrarle envidia ni ódio, manifestaba sensiblemente que su corazon era presa de algun dolor secreto, que se aumentaba con la presencia de su hermano. Recibia sus discursos ó sus caricias con una indiferencia, y algunas veces con un desprecio de que el otro tenia razon para ofenderse: mas como en ocasiones de esta naturaleza no era Patricio capaz de dar oidos á su resentimiento, no me sobresaltaban sus altercaciones, antes bien me deleytaba en ver la dulzura con que éste sacrificaba sus inclinaciones al amor fraternal. Quando toda la familia pasó á *las Sazones* para asistir á la renovacion de su matrimonio, se excusó Tenermill de acompañarnos, baxo pretextos muy frívolos. Nadie hubo á quien esta afectacion no causase tanto pesar como sorpresa; pero Patricio que debia ser el mas sensible á ella, se moderó hasta no mostrar queja alguna, y no desistiendo con el

primer desayre, sufrió otros muchos con la misma moderacion.

Sabia yo que con la esperanza de que permaneceria oculta nuestra aventura, y quizá con la opinion de que la misma señora F..... no se imaginaria que la hubiésemos nosotros revelado quando volvimos, la fué á ver Tenermill el dia siguiente, y pasó con ella una parte de la tarde. Como su melancolía no principió hasta despues que el Rey se explicó, continuó visitándola, y aunque no dexase de ir de quando en quando á hacer su corte á S. German, rara vez se le pasaba un dia entero sin volver á París. No podiamos adivinar que esto fuese expresamente para pasar con ella una parte del dia, porque con el trato franco é independiente que establecimos en casa del Conde, á nadie dominaba la curiosidad de modo que le moviese á observar la conducta agena. Sin embargo, por la indiscrecion de alguno de sus criados, supe por mi lacayo que todas las horas que no pasaba en S. German ó en casa del Conde, las pasaba en la de la señora F....., y que aun en la casa misma de esta dama no se hablaba de otra cosa que del favor que con ella tenia. Causóme esta noticia ciertas inquietudes, cuya causa me costó por el pronto trabajo el descubrir. ¿Quál podia ser el fundamento de una amistad tan íntima? conocia yo demasiado á Tenermill, para sospechar se hubiese hecho esclavo del amor. Por otro lado, ya Patricio se hallaba á cubierto de toda especie de golpes; y quando todavia formase la señora F..... algun designio contra él, me guardaria muy

bien de sospechar en este punto de mi hermano. Quise mejor persuadirme que hallando en esta hermosa Española mas talento que en la mayor parte de las mugeres que conocia, gustaba con ella el placer de una amistad inocente. Ha renunciado, me dixe yo á mí mismo, á las apariencias del amor, que aun en la misma intencion con que las emprehendia tenian siempre algo de violento para un hombre de su índole; y no pretendiendo otra cosa que consolarse del mal suceso de su ambicion, se detiene meramente en las dulzuras de la amistad. Aplaudiria su gusto, añadia yo, si hubiera escogido semejante remedio; y si juzgo por la satisfaccion que el mismo Patricio halló por mucho tiempo en el trato de la señora F....., á otra parte pudiera haberse dirigido.

¡Que no tuviera yo en este momento bastante instruccion en los usos del mundo, para recelarme de un mal que comenzaba á renacer! mi zelo me suministraria mil medios para atajarle en su orígen. Y si mis propias exhortaciones no eran oidas, me valdria del auxîlio del Embaxador de España, y hasta de la autoridad del Rey, empeñando á este religioso Príncipe á reanimar la ambicion de Tenermill con esperanzas menos remotas. De dos males peligrosos, ¿porqué habia yo de tener reparo en proporcionar que el uno sirviese para remedio del mas temible, esperando despues la perfecta curacion de aquel? Si este socorro no me era suficiente, inclinaria al Rey á que le emplease durante el invierno en algun viage penoso, ó en alguna negociacion en

las Cortes extrangeras. En fin, me persuado que con la asistencia del cielo, hubiera conseguido hacerle romper un trato, que ha sido por mucho tiempo la materia de mi zelo, y el motivo de mis lágrimas.

Tarde comienzo á llorarlo, aunque mucho mas tarde he llegado á conocerlo. Mi ignorancia procedió mucho tiempo de mi propia seguridad; vivia sin recelo, porque estaba sin sospecha. Lejos de sobresaltarme con justas desconfianzas, no bien me figuré que Tenermill tenia á la Española la misma inclinacion que noté en España á Patricio, quando pronosticando favorablemente del restablecimiento de su tranquilidad, y de la cura de su ambicion que su exceso me obligó á mirar como peligrosa, busqué ocasion de darle igualmente la enhorabuena de estos dos bienes. Recibió mi cumplido con tal ayre de satisfaccion, que aumentó mi confianza. El Rey dixo, me hace apartar el ánimo de sus favores, fixándolos á unas condiciones imposibles; ó á lo menos, lo que dilata para unos tiempos tan distantes, prncipia á no excitar ya tanto mis deseos. Y si es menester que yo lo confiese, añadió, esta prueba, á que tal vez me visteis demasiado sensible, contribuye cada vez mas para quitarme la aficion que tenia á la Corte. Ya solo me presento en ella como por fuerza. Me colmaron de favores antes que yo principiase á merecerlos; conténtanse ahora con ofrecerme beneficios inciertos, quando mis servicios, ó si mas bien os parece, mi fortuna, me han hecho tal vez digno de alguna atencion: lo qual es darme

quasi igualmente motivo, para alabar muy poco la bondad que gratuitamente previno mi mérito, y la justicia que tan mal lo recompensa. Por lo que toca á mi intimidad con la señora F...... teneis razon, prosiguió, de darla el nombre de amistad; y acepto las dignas enhorabuenas que me dais por ella. Mucho tiempo hace que en lugar de pensar en matrimonio ó en amor, debí proporcîonarme una compañia de esta naturaleza; pues si con ella no se mejoraba mi fortuna, hallaria á lo menos cierta conveniencia para la dulzura de mi vida, y para el sosiego de muchas pasiones.

¿Quién no creeria conmigo que esta amistad que fué capaz de volver á su espíritu el sosiego, y que sobre todo sirvió para curarle de la ambicion, estaba fundada en las mas puras máxîmas de la sabiduria? De tal modo me lo persuadí, que de muy buena gana hubiera dado las gracias á la señora F....., á la qual me parecia debia atribuirse este milagro. Aunque no la conocia yo sino por diversos rasgos poco ventajosos, oí siempre á Patricio ponderar su talento, y este querido hermano estaba para mí adornado de todas las qualidades que hacen capaz de formar juicio. Si las luces del entendimiento no siempre defienden á un corazon del desórden, pueden á lo menos mirarse como recursos de que siempre hay algo que esperar para la conversion á la virtud; porque teniendo sus intervalos de tibieza y de silencio las pasiones mas tumultuosas, dexan alguna vez tiempo á una razon recta y despejada para descubrir el precipicio á que

suelen conducir, y armarse de consiguiente de una nueva fuerza para evitarle, ó para salir de él. Los mismos extravios de la señora F..... la turbacion, compañera de sus pasiones, los disgustos, y la humillacion que experimentó en su última empresa, ¿no podian producir en ella este efecto, y haberla hecho propia por el brillo de sus prendas naturales para comunicárselo á Tenermill.

El origen de un acaecimiento tan particular por su naturaleza y por sus resultas, merecia referirse con esta extension, para preparar el lector á otros lances, que harán tal vez esta parte la mas útil é importante de esta Historia. De aqui es que me he visto en la precision de dilatar una relacion, que sin duda se ha deseado con impaciencia. Esta es la celebracion de la agradable ceremonia que debia sólidamente establecer la felicidad de Sara Fincer y Patricio. Mi pluma no está hecha para expresar los dulces transportes de dos esposos deseosos recíprocamente uno de otro, que gustaban tanto mejor su alegria, quanto despues de haber estado mucho tiempo, el uno sin deseos, y el otro sin esperanza, todos los afectos que nacian en sus corazones eran como otras tantas impresiones nuevas, que no se parecian quasi nada de lo que anteriormente experimentaron. Asi es que parecia estaban mirándose á cada instante, como si fuese entonces la primera vez que se veían. ¡Pero ah! ¿acaso se habian visto jamás baxo la forma que tomaban aquel dia el uno para el otro? Sara veía

en su marido un hombre tan apasionado de ella, como por tanto tiempo lo deseó; y Patricio en aquella muger que antes miraba como el mas invencible obstáculo á su reposo, no descubria ya otra cosa que el objeto de sus mas tiernas complacencias, y la fuente inagotable de una felicidad segura. ¿Qué votos no dirigí al cielo, quando renové sus vínculos con una nueva bendicion? ¡Con qué ardor le pedí para ellos la constancia de tantos sentimientos como leía en su corazon, y voluntariamente se prometian por medio de sus juramentos? Con iguales términos se lo habian ellos jurado anteriormente; ¡pero qué diferencia en la disposicion de Patricio y en la satisfaccion de Sara! ¡Qué diferencia en mi propio corazon que parecia participar de su regocijo, y unirse á su contrato con tanto consuelo como amargura me acordaba haber sentido en Dublin, quando me ví quasi forzado á arrastrar una infelíz víctima al altar! ¡Quán mudados estaban los auspicios, y quánta mudanza les anunciaban tambien en su destino! Fué éste tan constantemente felíz desde el instante en que volvieron á unirse, que sería necesario escribir una nueva historia para pintar el amoroso extremo de Patricio en corresponder amante á las finezas de la hermosa Sara. Las demostraciones continuas de un sincéro arrepentimiento de lo pasado, las dulces caricias, correspondientes á un esposo enamorado é idolatrado de su esposa, y los obsequios mas rendidos que puede hacer un hombre á una muger á quien adora, fueron ya mientras

vivió las ocupaciones diarias de mi hermano, que no conoció hasta entonces las delicias de un amor puro y verdadero. El contento, la paz y la alegria jamás abandonaron despues á estos dos amantes esposos, que afianzando cada dia con nuevas finezas los gratos vínculos que los unian, fueron desde esta época quizá los mas afortunados de todos los mortales.

Para colmo de nuestra satisfaccion, la Condesa, que estaba en cinta, sin apariencias de estar tan próxîma á su parto, dió felizmente á luz un niño el dia siguiente. Nada faltó á la perfeccion de nuestro gozo, sino ver con nosotros á Tenermill, que consumido de una profunda melancolía, ni aun envió á Patricio y su muger un simple recado de enhorabuena, de que ninguna razon podia dispensarle; sí bien este olvido le procuró satisfacer en lo sucesivo con sincéras excusas.

Proponiéndonos Patricio algunos dias despues que nos fuésemos á S. German, para presentar su esposa al Rey, tratamos, sobre si á pesar del mal humor de Tenermill, debiamos avisarle que el bien parecer pedia que viniese con nosotros; pero despues de una séria deliberacion, tomamos el partido de no comunicarle nuestro designio, y aun de encargarnos de disculparle para con el Rey. Sabiamos que con la primer pesadumbre que le causó el discurso que Patricio le refirió, habia dexado pasar dos dias sin presentarse en S. German. Bien conoció el Rey la causa de esta ausencia, y lejos de ofenderse, se explicó con Mr. de Sercine de un modo

que nos persuadió sentia él mismo ver frustrarse por la aventura de la señora F...... las miras que tenia tocante á su elevacion. Por esta razon temimos muy poco malquistarle con el Rey, confesando á S. M. que su tristeza habia llegado al extremo de privarle del gusto de asistir á la boda de Patricio; y nuestro amor á la paz nos hubiera hecho temer irritarle, proponiéndole una partida que no habia aceptado.

Mas apenas estuvimos en camino, quando tuvimos motivo para arrepentirnos de esta resolucion. Los tres Españoles que prestaron su auxîlio á la señora F....... se hallaban cazando en la llanura con un guardia que les servia de guia, y viendo un equipage que tenia algun ayre de distincion por el número de criados que á caballo nos seguian, la curiosidad les movió á acercarse. Conociólos Patricio, y no se contuvo en una ocasion que ni aun le permitia dexarse ver. Baxó el vidrio, y los dixo en su propio idioma: Caballeros, caballeros, dirán vms. á la señora F........ que hace dos dias que estoy casado, y procurarán tambien disculparse con ella de haber tenido tan poca maña para impedirlo. Esta era una zumba, que me ha protestado no pretendia pasase mas adelante; porque á pesar de la amenaza que les hizo al tiempo de separarse de ellos en casa de la señora F........ le tenia yo convencido de que el honor no le obligaba á tomar satisfaccion con las armas de un insulto de esta naturaleza, y que aun sería cosa ridícula el medir sucesivamente su espada con tres hombres, á quienes

haciamos favor en no delatarlos á la Justicia. Le quedaba no obstante en el corazon un fondo de resentimiento que no pudo vencer quando los encontró, y que le movió á provocarlos sin reflexîon.

Venia con nosotros el Conde de S..... es decir, dos caballeros contra tres. No acusaré á unas gentes tan animosas como los Españoles de que quisiesen aprovecharse de la desigualdad del número, ó que voluntariamente faltasen al respeto que debian á mi cuñada, cuya presencia por sí sola era capaz de inspirarlo; pero se agraviaron tanto con el discurso de Patricio, que apeándose inmediatamente uno de ellos, mandó fieramente al cochero que se parase. Los otros dos siguieron su exemplo, y propusieron con bastante atencion á mi hermano que baxase del coche. Opúseme al movimiento que hizo para obedecerlos. ¡Qué, le dixe, olvidas tus promesas! ¿y serías capaz de cometer alguna violencia á los ojos de tu esposa? Esforzábase á empeñarme al silencio con diversas señas, mientras que afectando no oirme, me suplicaba le explicase lo que significaban mis sospechas. Salióle mal esta estratagema, pues ya Milady y el Conde habian comprehendido que aquellos eran sus agresores, y no tenian olvidado lo que les habiamos referido. El Conde, abrasado del mismo fuego que Patricio, me censuró los esfuerzos que hacia para detenerle, y le dixo á él mismo que no se trataba de deliberar. Pero lo que mas admiracion me causó, fué que Sara, la tierna y amable Sara, acusándome tambien de que le detenia indebidamente, añadió que en

un lance de honor no nos debiamos oponer al valor de su marido. Sospecharia en ella algun impulso de venganza contra los cómplices de la iniquidad de la señora F...... si el conocimiento que tenia de sus principios no me persuadiese, que aquello era en cierto modo grandeza de alma, y nobleza de sentimientos.

Pero como quiera que no eran estas las ideas en que estaban establecidas las reglas de mi Moral, y que mi conciencia me obligaba á impedir por todos los medios imaginables qualquier especie de desafio, despues de oponerme inútilmente al Conde y á Patricio, dirigí mis advertencias y mis súplicas á los tres caballeros Españoles. Recibiéronlas como cosa de chanza; y quando irritado con sus respuestas, les eché en cara sin miramiento alguno que era contrario á todos los derechos valerse de la ventaja que les daba el mayor número, uno de ellos, sin reparar en la santidad de mi caracter, me dixo con cierta ironía, que tomase yo tambien una espada para hacer el partido igual. Confieso que este es el único momento de mi vida, en que el calor de la sangre me hizo arrepentir de que mi profesion me atase las manos; y aun si la casualidad me ofreciera entonces una espada, tal vez me precipitaria, y me dexaria llevar del primer movimiento que se apoderó de mi corazon. Viendo que no podia ya contenerlos, sentí amargamente que á lo menos no estuviese con nosotros Tenermill para socorrer á sus hermanos; pero bien pronto los tres Españoles me sacaron de mi desconfianza. Despues de consultar

un instante entre sí, se dividieron dos, para juntarse con el Conde y Patricio; y el tercero no tuvo vergüenza de acercarse al coche, para dar algunas excusas á Milady, que no quiso oirle. Temblando no obstante su resolucion, sacaba la cabeza por la portezuela, mirando con tanta inquietud y turbacion, que parecia estaba pendiente su vida del destino de su marido. Nuestros criados en el ínterin consultaban á mis ojos, para precipitarse á la menor seña sobre los enemigos de sus amos; pero ya que me hallaba en la precision de sufrir un mal que no pude impedir, me guardé muy bien de hacer que cediese en deshonor de mis hermanos por un socorro tan indigno de su valor.

La suerte de las armas les fué favorable. Patricio, demasiadamente diestro en esta suerte de combates, hirió peligrosamente á su adversario; y el Conde desarmó al suyo. La exhortaba yo á Milady á dar gracias al cielo, quando adelantándose ácia Patricio el tercer Español, le instó á que empezase de nuevo con él. La indignacion se apoderó de mi cuñada, que creyó que su marido habia satisfecho á todas las leyes del honor. ¡Ah! ¿sufrireis, exclamó dirigiéndose á los de nuestra comitiva, que asesinen dos veces á vuestro amo? Esta órden fatal produxo un efecto terrible. Los que nos acompañaban, que eran hasta diez, por el deseo que tenia mi hermano de que su muger se presentase en San German con algun aparato, eran Irlandeses, que ó vinieron con nosotros de Inglaterra, ó se agregaron en Francia al número de los que nos

servian; y tanto mas se animaron, quanto en el momento que se avanzaban para apartar los enemigos de Patricio, le vieron recibir un ligero golpe, que le sacó un poco de sangre. Entonces no dando ya oidos ni á la voz del Conde de S....... ni á la mia, se precipitaron sobre los tres Españoles, que no hicieron sino irritarlos con su resistencia; y la ventaja que tenian por estar á caballo y á tiro de pistola, les proporcionó dar con ellos en tierra en un momento.

El guardia huyó, y la fortuna que tuvimos en tan funesto acaso, fué que no siendo conocidos, podiamos esperar ponernos en salvo alejándonos tan prontamente como él, pues el sitio en que nos hallábamos, que era un camino extraviado, favorecia tambien esta esperanza. Despues de algunas sérias reconvenciones que todos quatro hicimos á nuestros crueles Irlandeses, les encargué á lo menos el silencio, como una precaucion tan importante á su seguridad, como á la nuestra; y para disimular todavia mejor una aventura tan horrible, procuramos entrar en S. German por diversos rodeos.



LIBRO DUODÉCIMO.

En fuerza de lo acaecido, los testimonios de gozo y de agradecimiento que traíamos al Rey por sus beneficios, se mudaron en pesares de nuestra desgracia, y en ardientes súplicas para obtener el perdon de nuestros criados, despues de confesar secretamente á S. M. el bárbaro zelo con que se manejaron. Alegróse quando supo que no eramos conocidos del guardia; pero con el interes que tenia de no dar motivo alguno de queja á la Corte de España, tomó inmediatamente una resolucion que estábamos muy lejos de esperar. Partireis para Irlanda, nos dixo á Patricio y á mí, medio único de asegurarme para no ser conocidos por los informes del guardia, que á lo menos tendria tiempo para observaros. No era mi intencion, añadió, mandaros emprehender tan pronto este viage, aunque ya os haya preparado de antemano por algunas confianzas que han podido instruiros de una parte de mis intentos; pero la ocasion me determina á ello. Continuó despues explicándonos para lo que nos creía propios. No habiendo jamás mi hermano tomado las armas contra el Rey Guillermo, y dando su lance de Dublin motivo para esperar fuese alli poco sospechoso, en vista de las pruebas que dió de su inocencia, queria S. M. que fuese á residir en dicha ciudad algunos meses, viviendo en ella sin decla-

rarse abiertamente por su partido. No era su Real ánimo que Patricio fuese una espía ni un conspirador; pero segun las nuevas medidas que tomaba para la campaña siguiente, lisonjeándose del suceso con demasiada confianza, pensaba establecer en Dublin uno que fuese Xefe de sus fieles vasallos, y que pudiese prontamente reunirlos en aquella ciudad, quando las ventajas que se prometian para sus armas les llegasen á inspirar valor para manifiestamente declararse. Estaba persuadido de que tenia alli un gran número de partidarios, cuyo zelo no podia mas que ser animado por algun acontecimiento feliz, y en una ciudad, cuyo exemplo llegaria á ser como una ley para lo demás del Reyno, era necesario un hombre, cuyos méritos é ilustre nacimiento fuesen capaces de hacer impresion en los ánimos. Por lo que á mí toca, esperaba sacar la misma utilidad de mi zelo en las Provincias; pues la qualidad de Obispo, junta con la recomendacion de mi apellido, le persuadia que ganaria yo fácilmente la confianza del pueblo, y que á la menor apariencia del suceso de sus armas, sublevaria prontamente en su favor todos los que ganase con mis exhortaciones. Mandóme apresurar la ceremonia de mi consagracion, y dando todavia mas prisa á Patricio para que dispusiese la marcha, le aconsejó que no dilatase á otro dia lo que en aquel mismo podia executarse.

A la comision que nos encargó, añadió la de apoderarnos del tesoro de Milord Linch, dándonos licencia de usar para su servicio las su-

mas en especie, cuyo estado le habia yo comunicado en la memoria que se me confió. Sus cuidados se extendieron tambien ácia Milady. Despues de darla la enhorabuena por la conclusion de su matrimonio, la exhortó á que se sirviese del crédito que tenia en el Condado de Antrim para reducir esta importante parte del Reyno á la obediencia, y de la reputacion que sus amables prendas la darian en Dublin, para contribuir en esta ciudad al zelo de su marido. Empeñó su Real palabra de que para recompensar un servicio tan grande, la haria despues de su restablecimiento en el trono primera dama de honor de la Reyna; y que confirmaria á mi hermano en sus dos empleos, de los que confesó que el primero no era sino un vano título en S. German. Tocante al segundo, como donde propiamente hacia S. M. consistir su importancia era en nuestras Islas, le revistió de todos aquellos poderes que eran propios para facilitarle el exercicio.

Nada hallaron que les disgustase en estas disposiciones Patricio y su muger, por distantes que estuviesen de lo que esperaban; pues quando el motivo de la obediencia y del zelo no fueran suficientes para hacérselas abrazar con gozo, pidiendo sus propios asuntos por algun tiempo su presencia en Irlanda, no podian desear una ocasion mas gloriosa de velar sobre sus intereses, que cumpliendo con su obligacion: y por lo tanto no propusieron al Rey ni excusas ni dilaciones. Sobresaltada mi cuñada con la reflexîon que hizo S. M. sobre nuestra

aventura, fué la primera que deseó tomar el camino de Dieppa á la noche siguiente; descargaron en mí el cuidado de arreglar sus cosas en Francia, y mandar transportar sus equipages quando partiese para irme á juntar con ellos.

Las excusas de Tenermill, que no me olvidé de exponer al Rey, fueron recibidas por aquel Príncipe con bastante bondad; pero no le movieron á añadir cosa alguna que me indicase hasta qué grado le conservaba en su gracia. Mas atencion mostró S. M. al Conde de S....... y hablándole de su esposa, como de una muger cuyo mérito mucho tiempo há conocia, le dió á entender que preparaba para ella varias distinciones y gracias para quando se presentase en la Corte. Qualquiera que fuese testigo de tantos favores, juzgaria que nada faltaba á la fortuna de nuestra familia; pero veía yo que en esta profusion de beneficios no se hacia caso de Tenermill.

Él mismo formó este juicio, quando pasando á París con el Conde, le diximos la precipitada marcha de su hermano, y la comision que le encargó el Rey. Esta preferencia para un empleo tan importante, y la frialdad con que no pude disimularle, me contestaron á lo que de él expuse, le hicieron adelantar sus sospechas á mucho mas de lo que se extendian las mias. He aquí el premio de mis servicios, me dixo con un resentimiento, cuya mitad todavia me ocultaba; se me castiga de las esperanzas que me obligaron á concebir, y de las promesas que no han tenido por conveniente efectuar: mas ignoraba yo que habia dicho lo mismo en mil parages de Paris, y que al-

go sabiá ya el Rey. Las respuestas con que me esforzaba á consolarle las tomé de las favorables intenciones de aquel Principe, que sin duda le reservaba para otro tiempo lo que las circunstancias todavia no le permitian concederle. ¿Se quejará, replicó asperamente Tenermill, de que le hayan faltado las ocasiones, quando con tanta voluntad suya me ha quitado dos? Unas expresiones tan claras me manifestaron con demasiada evidencia que no habia él mirado el matrimonio de Patricio con ojos tan tranquilos como yo me lo figuraba, y que tampoco estaba mas consolado de que se le frustrase el de la señora F...... que á lo menos miró como un recurso. Pero lo que añadió me convenció de que la especie de olvido en que se creía, mientras que con tanta confianza empleaban á su hermano, acababa de traspasarle el corazon. No aguardo, me dixo, otra explicacion para persuadirme de mi desgracia; y me guardaré muy bien de presentarme en S. German para que me la repitan.

Todas las razones de que me valí para obligarle á formar otras ideas de la bondad del Rey, no tuvieron fuerza para reducirle. Le rogué con instancia me dexase á lo menos tiempo para profundizar su propia situacion, y le ofrecí emplear para ello todos los medios que él mismo tuviese por conveniente prescribirme. Pero pareciendo aumentarse su despecho con esta proposicion, ¿yo, me dixo, que vaya á justificar con baxezas y excusas serviles, un tratamiento que no he merecido? He aqui una reconvencion á que jamás me expondré. Combatiendo de este modo su soberbia con

su ambicion, me parecio aún mas digno de lástima que nunca por esta última pasion; pero esperé mucho mejor para lo sucesivo, por quanto el efecto natural de este combate debia ser el moderar una y otra.

Mas no pudiendo dudar que por estos sentimientos incurriese bien pronto en desgracia del Rey, si no lo estaba ya como él se lo figuraba, tuve la curiosidad de preguntarle quáles eran los otros caminos por donde esperaba suplir la pérdida de su fortuna. Por el desprecio de todo lo que asi se llama, me dixo con mucha seriedad, y por un plan de vida que sabré hacer independiente de la Corte. No pudiendo sacarle otra explicacion, supe en casa del Conde que en los pocos dias que pasamos en *las Sazones*, habia Tenermill jugado con tanta felicidad que ganó quatrocientas mil libras al juego. Dixéronme tambien que con mucha prudencia impuso inmediatamente esta suma, para asegurarse una renta estable; y si le compadecí por haber tomado un rumbo de fortuna tan indigno de él, alabé él uso que hizo del favor de la suerte. Pero evité hablarle de esto, y lejos de creerle tan indispuesto contra la Corte como procuró aparentar, no dudé se sirviese bien pronto de las ventajas del juego para establecerse por medio de un matrimonio ventajoso, que hiciese renacer toda su ambicion. Este fué tambien el pensamiento del Conde de S....... á quien Tenermill ocultó igualmente que á mí su buena fortuna. Sin embargo, como si la partida de su hermano y la proxîmidad de la mia fuese el tiempo que

aguardaba para executar sus resoluciones, fué al dia siguiente á dar gracias al Rey, y hacer la renuncia de su pension y de su regimiento.

No llegó á mi noticia este paso tan extraño, hasta que el mismo Rey me lo dixo, quando despues de hacerme consagrar sin aparato en una Capilla privada, volví á S. German, para recibir sus últimas órdenes antes de partir. Distante de que me aguardase una noticia tan triste, no pensaba en otra cosa que en descubrir si los sentimientos de este Príncipe estaban tan tibios por lo que toca á Tenermill, como yo principiaba á temerlo, y en mi discurso llevaba preparado todo lo que me parecia propio para reanimarlos. Pero si era cierto que S. M. estaba tan agraviado de sus quejas, que se disminuyó alguna cosa el afecto con que anteriormente le honraba, sintió con mucha mas viveza el retiro de un Oficial de aquel mérito, en un tiempo en que no le era fácil reparar pérdidas de esta especie. Sin abatirse á darle á entender que lo sentia, quiso quedarse con alguna esperanza de que lo volveria á ganar, no admitiendo mas que la mitad de lo que habia venido á restituirle; y aun disculpando con mucha destreza y bondad la demision de su regimiento, que en su edad á todos admiraba, le dixo: Aunque vuestras enfermedades no os permitan servir mas, sería cosa injusta que vuestros pasados servicios quedasen sin recompensa, y asi os dexo la pension. Tenermill, á pesar de todo su resentimiento, que quizá le inclinaba á rehusar este favor, no se atrevió á violar

hasta este punto el respeto que debia á su Soberano; y confuso con un beneficio que tampoco esperaba, se vió obligado á expresar con humildes demostraciones su agradecimiento.

El Rey, despues de hacerme esta relacion, llevó la confianza con que me honraba hasta preguntarme familiarmente si tenia por justas la quejas de mi hermano. Me veía demasiado penetrado de las gracias de que colmaba á mi familia, para no reconocer todo el mal que se habia hecho Tenermill por un exceso de soberbia; no obstante, en quanto pude justificarle por el mortal pesar que le ocasionó la pérdida de tantas esperanzas, y por el elogio de su rectitud y grandeza de alma, me esforcé á hacerle parécer menos culpable. Para complemento de tanta bondad, me encargó el Rey procurase reducir aquel espíritu altivo, por quantos caminos pudiese hallar, segun el conocimiento que tenia de su caracter. No os pido, añadió, esta mudanza en el espacio de un dia; partid para Irlanda, vuestros servicios y los de Patricio me servirán á mí mismo de pretextos para mover á este otro con vuestros favores.

Motivos tan poderosos causaron en mi corazon una impresion muy viva: y volví á París, donde pasé algunos dias mas de los que me habia propuesto, con el ánimo de comenzar antes de mi partida á introducir en el espíritu de Tenermill las primeras semillas del arrepentimiento, á que no desconfiaba moverle. Le hallé muy ocupado en hacer provisiones de muebles, y de todo lo que podia servir á poner una casa cómoda y deliciosa. Dexado ya el servicio, y estando su fortuna tan

considerablemente aumentada, era natural que pensase en volverse á su casa, y que procurase amueblarla segun el uso del dia. No pasaron á otra cosa mis reflexîones. Dixeronme tambien que se proponia hermosear nuestra pequeña hacienda de *las Sazones* con varios y primorosos adornos: mas como el gusto de los jardines y de los edificios forma la diversion ordinaria de un hombre rico y desocupado, nada hallé tampoco de extraño en su proyecto, antes bien alabé que volviese sus inclinaciones acia unos objetos tan sencillos é inocentes. Pero no pude menos de admirarme quando supe que la señora F...... parecia presidir á la mayor parte de estas disposiciones. Añadieron que aprovechándose de la ausencia del Conde y de la Condesa de S....... vino muchas veces á visitar á Tenermill hasta su quarto; que cenó sola con él; que sus sesiones siempre se alargaban mas allá de la media noche; que tenia con él un cierto ayre de familiaridad que suponia la amistad mas íntima; en fin, que los intereses de ambos parecian tan unidos, que daban á entender no conocian diferencia alguna entre lo que era del uno y de la otra. La señora F....., aunque muy distante de ser tan rica como algun dia debia serlo con la herencia de su tio, gozaba de una renta bastante considerable, y aunque la excesiva libertad con que la criaron, la hiciese apartar algun tanto, como ya se ha visto, de aquel método de vida á que la obligaba su ilustre clase, tenia unas inclinaciones nobles, y toda aquella generosa liberalidad que es como característica de los Españoles. No siendo en este punto Tener-

mill inferior á nadie, todos los proyectos que de comun acuerdo formaban, se resentian de estas dos qualidades dominantes.

Pero el principal fin del establecimiento que se meditaba, se escapó á los ojos de los que me daban este aviso. Yo mismo no lo malicié, ó por mejor decir no dirigiéndose mis sospechas ácia esta parte, no procuré indagarlo: aunque sondeando las disposiciones de Tenermill, le hallé tan firme en el designio de renunciar á la Corte, que no esperé persuadirle fácilmente á lo contrario. Aun me dió á entender que se hallaba violento con la pension que se vió obligado á conservar, y que la miraba como un resto de esclavitud, de que sentia no estar enteramente libre. Si me quedó alguna esperanza, solo nació de la misma naturaleza, que no creía mas fácil de reformar en un ambicioso que en el esclavo de qualquiera otra pasion; y me lisonjeé con que si la suya podia renacer, el fruto de sus pesares sería reducirle á unos justos límites, precisándole á cortar lo que ella tuvo de vicioso en su exceso.

Adelantóse mi partida algunos dias, por la noticia de que la Justicia que tenia ya conocimiento de nuestro desgraciado encuentro, practicaba algunas diligencias. Aunque nada hubiesen aclarado por los informes, y la ausencia de Patricio, que podian creer ya quasi en Irlanda, desde el dia que dexó á París para la celebracion de su matrimonio, sirviese tambien para alejar las sospechas; mi persona era tan conocida, que á cada instante corria riesgo de que el guar-

dia me conociese. Excuséme aun de volver á *las Sazones*, y despidiéndome del Conde por medio de mis cartas, le encargué estuviese algunas semanas sin dexarse ver en París, para que aquella tempestad tuviese tiempo de apaciguarse enteramente. Mi viage se hizo con felicidad; pues como todas las hostilidades habian cesado durante el invierno, hallé el camino libre hasta Dublin. Un amigo antiguo de nuestra casa, á quien me dirigí luego que llegué, me enseñó una carta de Patricio, que por ciertas consideraciones de prudencia tuvo por conveniente pasar al Condado de Antrim, antes de ir á la Capital. Le escribia desde su tierra, como si molestado de la fatiga de sus viages, se hallase finalmente resuelto á fixarse en su Patria, y escoger á Dublin para su mansion habitual. Le suplicaba le previniese una casa, que correspondiese á la intencion que tenia de presentare allí con lucimiento; y participándole el dia de su llegada, y la felicidad que disfrutaba con su hermosa y virtuosa Sara, le pedia informase de todo á quantas personas tenian alguna conexîon con nuestra familia.

Llamábase este generoso amigo *Staberton*. Tan fiel al Rey como á la amistad, no era una persona á quien queria Patricio disimular el misterio de su comision. Antes bien se servia de él para esparcir las voces que podian favorecer sus intentos, y disponer el gobierno á verle llegar sin desconfianza y sin sospecha. Tenia yo mucho menos precauciones que guardar, porque no proponiéndome ver indiferentemente á todos mis

conocidos, la obscuridad en que queria executar las órdenes del Rey, podia ponerme mas á cubierto que a mi hermano. Por otra parte tenía ánimo de detenerme poco en un mismo lugar; y pensaba menos en adquirir al Rey partidarios, que en cerciorarme de los que le eran fieles, y confirmarlos en su deber. Era preciso recorrer todas las Provincias de Irlanda, tomar de una ciudad en otra el nombre de algun zeloso Jacobita, (nombre que tomaron todos los que seguian el partido del Rey Jacobo), á quien pudiese descubrirme con confianza, y llevar una cuenta exâcta de todos aquellos, cuyo servicio estaba seguro en qualquier ocasion que se ofreciese. Observando asi de mas cerca mis empeños, hallé que la Religion tendria menos parte en mi trabajo, que lo que yo me habia figurado; mas el hacerme útil al restablecimiento del Rey era servirla indirectamente.

Resolví no obstante aguardar la llegada de Patricio, para arreglar de concierto con él mis primeros pasos; y en este intervalo fué quando pensando de antemano en los medios de ponernos en posesion del tesoro de Milord Linch, me proporcionó la casualidad en la casa en que me alojé el encuentro de uno de sus antiguos criados, que se acordó de haberme visto en su Palacio.

Aunque no tuve tanta confianza con su amo, que supiese el parage del bosque en que su tesoro estaba oculto, no ignoraba que Milord era depositario de muchas riquezas; y como la opinion de los de su esfera aumenta siempre los he-

chos de esta especie, se figuró con los demás de la casa que todo el oro y plata del Reyno estaba en manos de su Señor. Me guardé muy bien de descubrirme á él en la ausencia de mi hermano; pero creyendo que este hombre sería útil para nuestras ideas por el conocimiento que tenia del Palacio de Linch y sus alrededores, le gané con algunas dádivas que le pusieron enteramente de mi parte. Experimentandole despues lo bastante para contar con sus servicios, me ocurrió emplear con él el tiempo que me dexaba la tardanza de mi hermano en visitar el bosque de Linch, para refrescar las ideas confusas que me quedaron de su subterráneo. Observé no obstante el método de no decirle nada de nuestros derechos ni de nuestros proyectos, y en la visita que yo me proponia, queria hacer solamente uso de mis ojos, sin darle ocasion de reparar en qué sitios fixaria mi vista.

Partimos juntos, baxo el mero pretexto de volver á ver una tierra en que habia yo dexado amigos cuya memoria me era preciosa; y no teniendo razon alguna para ocultar mi marcha, me propuse como por diversion este viage, y no me paré á observar quien me seguia. Iban sin embargo en mi seguimiento unos que eran espías del Gobierno. Todas las precauciones que guardé, ni los discursos con que nos aseguramos contra las sospechas del Virey, no pudieron impedir que mi llegada á Dublin le fuese sospechosa. Mandó que me fuesen siguiendo dos hombres, que no abandonaron un momento mis huellas, y que tomaron el partido de marchar de-

sible asegurarnos de las dos espías hasta la llegada de Patricio, y aun transportar todas las riquezas de la cueva á qualquier lugar donde no pudiese penetrar la avaricia. Staberton, que fué el primero á quien informé de mi aventura, mandó al punto avisar á quatro de sus mejores amigos, de cuyo zelo y fidelidad salia por fiador. Vine con tanta diligencia, que no empleé mas que un dia en mi viage, y tampoco tardé mas tiempo en volverme; mas como podian causar alguna sospecha en la tierra de Linch ocho ó diez hombres, aunque separados en diversas quadrillas, procuramos llegar de noche; y sin pararnos ni aun en la posada en que descansé la víspera, nos fuimos en derechura al bosque del tesoro.

Entre muchas precauciones que tenia yo que guardar, me era forzoso llevar conmigo todo lo que podia ayudarnos en la obscuridad. La inquietud que conservaba por la vida de mis dos espías, me obligó á dar prisa á Staberton á levantar la piedra de la cueva, y formé mal agüero quando ví que no se presentaron luego que abrimos. Halláмoslos efectivamente sin movimiento en lo mas hondo de la cueva, y todos nuestros esfuerzos fueron inútiles para hacerlos volver. Sentí mi corazon penetrado de amargura, y á pesar de la rectitud de mis intenciones, no hallaba consuelo por haber sido causa, aunque involuntariamente, de la muerte de dos infelices; y entregándome desde aquel momento al retiro, á la oracion, y á las lágrimas, me prohibí por algun tiempo todas las sacrosantas funciones de

mi ministerio. Mis compañeros no obstante hallaron motivos de gozo en un acontecimiento tan funesto; y confesándome que por lo que me oyeron referir era su intencion deshacerse de aquellos dos miserables, dieron á Dios gracias de que les hubiese ahorrado una violencia que creían necesaria para nuestra seguridad.

La muerte de dos solos testigos, cuya traicion teniamos que temer, nos dexaba asi mas tiempo y libertad que la que yo me prometia, para transportar muchas grandes arcas que nos hubiera sido dificil llevar sin coches. Staberton era de dictámen que dexásemos este cuidado para un tiempo menos peligroso: pero la concurrencia de tanta gente buena me pareció una ocasion dificil de volver á hallarse. Les propuse que nos dispersásemos por las aldeas vecinas, de donde podriamos pasar fácilmente al bosque, tomando siempre para esto el tiempo de la noche; pues cada uno de nosotros podia sucesivamente encargarse de alquilar un carruage en la aldea á que se hubiese retirado, y prevenir que por la mañana viniese a buscarle a alguna distancia del bosque. Podiamos sacar los caxones del subterráneo sin otro auxîlio que el de nuestras manos, trasportarlos hasta el carruage, y persuadir al cochero que venian del castillo vecino, siendo de este modo suficientes dos caballeros para conducirlos uno despues de otro a lugares seguros. Persuadí á mis amigos que se depositasen en diferentes casas; y en unas circunstancias en que el zelo de la Religion unia tan estrechamente los vasallos fieles al Rey, no nos fué dificil en-

contrar retiros inviolables para lo que debia ser útil á su servicio.

Nos salió tan bien este plan, que sin tropezar el menor obstáculo en el espacio de ocho dias, me ví finalmente dueño de todas las riquezas del subterráneo, y las cantidades que el Rey nos permitió emplear en la execucion de sus órdenes, se conduxeron á Dublin. Staberton, que ya tenia preparada una casa para Patricio, las depositó por sí mismo en ella, en un gabinete cuya llave guardó. Hícele presente que despues de la desgracia que tuve de causar al Virey algun recelo, no se debia dudar que observaria tambien á Patricio. Se lo persuadió lo mismo que yo; pero el partido que al parecer tomaba mi hermano de venir á establecerse á Irlanda, la ventaja de tener alli toda su hacienda, el poco ruido que habia hecho en la Corte de S. German no obstante todos los favores de que el Rey le colmó, porque pasando con bastante secreto á España, todo el tiempo que no empleaba en asuntos domésticos, apenas se presentó quatro veces en Palacio: en fin, la dulzura y atractivo de su caracter, que podia hacer le creyesen mas propio para los placeres que para las empresas penosas; todas estas razones, pesadas ya en Francia por el Rey y por el mismo Patricio, nos dieron esperanzas de que sería menos sospechoso que yo. En efecto, llegó pocos dias despues, y se presentó con tanta libertad al Virey y á todas las personas de distincion que habia en Dublin, que se miró su vuelta como efecto de una resolucion prudente, que le movia á preferir el goce de sus

bienes en su patria, al honor estéril de servir á un Rey destronado. El esplendor con que puso su casa, les persuadió tambien de que no tenia ningun proyecto político, porque el uso que le vieron hacer asi de sus bienes, no permitia suponer le quedasen para otras cosas.

No es mi ánimo entrar en la relacion de los servicios que hizo al Rey en lo restante del invierno y hasta el fin de la campaña siguiente. Empleados con él algunos dias en arreglar lo que era comun á los dos en nuestra empresa, solo pensé en salirme de Dublin tan secretamente como viví desde el robo del tesoro, y tuve la precaucion para no dar nada al acaso de llevar conmigo al criado de Milord Linch, cuya indiscrecion me daba que temer en mi ausencia. Dimos vuelta á una parte de Irlanda, con la satisfaccion de hallar un número infinito de fieles y leales vasallos, que suspiraban por la vuelta de su Rey. Mi ocupacion en cada ciudad, y aun en las mas infelices aldeas, quando me encaminaban á alguno cuyo talento y modo de explicarse me inspiraba confianza, era no solo informarme qué recurso se podia esperar de aquel pueblo para la causa que teniamos que defender, sino tomar por escrito, baxo nombres supuestos, para los que habia yo estudiado un método á prueba de la curiosidad y de la flaqueza de mi memoria, la edad, las circunstancias, el grado de zelo, y el nombre de los principales habitadores cuya fidelidad me aseguraban. No dudaba juntarlos quando creía poderlo hacer sin peligro. Les explicaba las esperanzas del Rey,

y lo útiles que podian ellos ser para su servicio: no distinguia en mis exhortaciones el interes de la Religion Católica de el del Príncipe que era su defensor ; y mi zelo no me atraxo lances adversos ; pues los que me encaminaban á sus corresponsales de una ciudad á otra , no se engañaron en la opinion que tenian de su fidelidad. Sin embargo , un error de que á nadie se podia reconvenir , me expuso al mas peligroso acaso que tuve que temer en mi comision.

Partí de T...... para ir á V...... cargado de muchas cartas que debian procurarme en esta Capital de la Provincia de..... la misma seguridad y acogida que tuve en los lugares precedentes. Como la carta de que juzgué mas á propósito servirme era para un comerciante católico de la ciudad , cuyas riquezas y crédito eran célebres en todo el distrito , rogué al primero que se me presentó que me llevase á casa de Mr. *Filtely*; asi se llamaba el comerciante. Pero habia en la misma ciudad un Consejero del mismo nombre, tan opuesto á los intereses del Rey y de la Religion , como el otro adicto ; hombre por otra parte extremamente pagado de sus opiniones , y capaz de los últimos excesos para sostener sus principios. Dios que queria proporcionarme unas ocasiones de trabajar por su gloria , que temí no hallar bastante conformes á mi zelo , permitió que en lugar de llevarme á casa de Mr. *Filtely* el comerciante , me conduxese mi guia á la del Consejero. Como yo no sospechaba cosa alguna , presenté mi carta á éste , que lejos de descubrirme mi error despues de haberla leido , pro-

curó tratarme con todos los testimonios de veneracion y de amistad, que estaba yo acostumbrado á recibir de los Católicos. Pero apenas me metió en un quarto, donde me instó á que entrase para recobrarme de las fatigas de mi viage, quando no pudiendo moderar su ódio contra un emisario de Roma y de S. German, me declaró que acababa de caer en manos de mis enemigos, y que lo que debia prometerme era castigos y no agasajos. Mas esto no será tampoco, añadió, sin habernos confesado vuestros intentos que sin duda amenazan á la Religion y á la Patria. No me dexó tiempo de volver de mi admiracion para responderle; pues cerrando la puerta con mucho cuidado, y dexándome baxo la guardia de sus sirvientes, él mismo fué á declararme al Magistrado. Por mucha obscuridad que hubiese para mí en este acontecimiento, no podia dudar de que estaba vendido. Las importantes memorias que conmigo tenia fueron el asunto de mis primeros temores: pues á pesar de la precaucion que tuve de disfrazar los nombres, habia cien medios de descubrirlos, por lo fácil que era que fuesen desandando lo que yo tenia andado, y comparasen de ciudad en ciudad las circunstancias del tiempo y de los lugares con mis observaciones. Sobresaltándome menos el riesgo de mi vida que este pensamiento, resolví aprovecharme á qualquier costa del momento en que me dexaban solo y libre, para salvar tantos preciosos intereses. Tenia por fortuna conmigo mis papeles mas importantes, y ya pensaba en tragármelos á pedazos, quando en un paseo que

dí por el quarto mirando ácia todas partes, descubrí una puerta oculta, que no me pareció tan gruesa que pudiese resistir á mis esfuerzos. La abrí tan fácilmente como lo creí; pero no hallando sino una escalera cerrada por abaxo, temí hacer mi fuga todavia mas dificil subiendo hasta el desván de la casa, que era á donde parecia conducirme Mas como quiera que no se presentaba otro recurso, seguí este débil rayo de esperanza.

La escalera conducia efectivamente al mismo tejado, donde me pareció que se aumentaba en extremo la dificultad de salvarme; pero teniendo por mas terrible que todo el volver atrás, abandoné a la Providencia el cuidado de mi vida, y me expuse al peligro de precipitarme mil veces de un sitio tan elevado, tomando el partido de pasar á la casa vecina por la comunicacion de los texados. Como una resolucion tan temeraria alejaba todo el miedo por que pudiera titubear á la vista continua del peligro, no solo conseguí pasar al texado vecino, sino que haciéndome mas temerario con el buen principio de mi empresa, me aventuré á ir mas lejos con el solo pensamiento de que nunca me podia alejar demasiado de la casa del Consejero. El cielo mismo era quien me le inspiraba, como era sin duda el que velaba por la conservacion de mi vida en una empresa tan extraña. De este modo llegué por un camino, que nadie podia sospechar me ocurriese, á un tercer texado, del qual me pareció tan fácil la baxada hasta la ventana del desván, que no dudé pararme en este término.

Entré sin dificultad en el desván; y viendo que nadie le habitaba, solo pensé por el pronto en dar gracias al cielo por concederme una proteccion tan conocida.

Regocijándome no obstante de haberme escapado de tantos peligros, ignoraba si todavia debia temblar los que me aguardaban. La puerta del desván estaba abierta, y no podia dudar en seguir la escalera para baxar: mas á donde me llevaria, y á qué manos iria no lo podia saber. Baxo pues á la ventura; y apenas he dado quatro pasos quando hallo una muger llorando, y tan penetrada de las ideas de su dolor, que sin reparar al parecer en mi persona, se entra en un quarto contiguo á la escalera. Su distraccion y tristeza me persuadieron que me recibiria sin desconfianza y sin susto. Me presenté pues á su puerta, y viéndola toda anegada en lágrimas, volví mi discurso de un modo càpaz de interesarla á mi favor, por la semejanza que la desgracia me daba con ella.

Comenzaba ya á mirarme con mas atencion, y parecia que se detenian sus lágrimas con la impresion que en ella hacia mi presencia, quando poniéndola otra vez en nuevos sobresaltos un ruido que repentinamente oyó, se separó de mí sin haberme contestado una sola palabra, y aun sin mostrar inquietud porque me dexaba en su quarto. No me apresuré á seguirla; pero reflexionando en una aventura tan extraña, puse los ojos en algunas cartas que estaban confusamente esparcidas sobre una mesa, y me admiré mucho mas de lo que puedo explicar, quando conocí la letra de Tenermill. M4

¡Qué encanto! me dixe á mí mismo; ¿y quién me ayudará á comprehender un enigma como este? En tan críticas circunstancias no creí que me atasen las manos las leyes comunes de la prudencia y del honor, sobre todo en quanto á las cartas. Tomé algunas que rápidamente leí, y mi admiracion se aumentó en extremo, al ver que eran amatorias, y que estaban sin sobrescrito y sin fecha. Por grande que fuese la dificultad que podia yo encontrar en este misterio, perdí la mitad de mis temores por lo que toca á mi propia seguridad, creí desvanecido el riesgo en una casa en que era conocido mi hermano. Aumentóse tambien mi valor hasta tal punto, que no tuve ya reparo en buscar á la persona que acababa de escapárseme; y sea que el amor tuviese parte en sus lágrimas, sea que éstas naciesen de alguna pasion mas violenta, me imaginé que hallaria consuelo en conocerme, y en explicarme la causa de sus penas.

Fixándome en esta idea, baxé hasta la primer puerta que encontré abierta, y me presenté sin detenerme. No pudo mi vista sorprehender tanto al que me vió, como yo mismo quedé sorprehendido al conocer á Anglesey; y añadiendo un vivísimo miedo á mi sorpresa el semblante furioso con que le ví, quedé por algunos instantes sin tener fuerza para dar un paso. No tardando mucho en recobrarme, no tuvo él igual embarazo en tomar inmediatamente su resolucion. ¡Ah! sois vos, me dixo suspirando, como si tambien depusiese algun tanto su admiracion; acercaos, acercaos, y sin duda me ayu-

dareis á aclarar un misterio que os toca tan de cerca como á mí. No conocí á la mas jóven de sus dos hermanas tan prontamente como á él; y sin embargo estaba frente de su hermano en una postura tan humilde, que fácilmente conocí la causa de su inquietud, y que se creía tal vez amenazada de algun efecto de su furor. La muger que encontré anteriormente en la escalera, era su criada, que seguia acreditando con sus lágrimas, que temia alguna cosa terrible para su ama y para sí misma.

Movido en fin del convite de Anglesey, me acerqué á él, que sin disminuir nada del acaloramiento en que se hallaba, me dixo que reconciliado con él Tenermill en su último viage á Irlanda, mostró particular inclinacion á su hermana. Aunque esta inclinacion, añadió, viniese mal con los intentos que tenia acerca de Sara Fincer, cuya mano me confesó esperaba siempre obtener, no me causó admiracion que un Oficial cansado de los exercicios militares, buscase algunos ratos de diversion en la compañía de una señorita amable; y como su quartel no estaba distante de mi casa, permitia yo que viniese secretamente á pasar con nosotros los intervalos de descanso que le dexaban sus funciones. Partió al fin de la campaña, y creí concluido su cariño igualmente que la mansion que habia hecho en Irlanda.



Sin embargo, prosiguió Anglesey, despues de notar desde su partida que esta virtuosa criatura mostraba extraordinarias inquietudes, me sorprehendí al saber una mañana que habia des-

aparecido durante la noche, sin otro acompañamiento que su doncella; y no dexándonos aviso alguno de su intencion, comprehendí al instante la locura de su empresa En vano la mandé buscar por espacio de muchos dias. Decubrí finalmente su retiro, aunque esta ciudad diste veinte leguas de mi casa; y siguiendo inmediatamente sus huellas, hoy mismo la he sorprehendido en el sitio en que la veis. Ha alquilado esta casa por seis meses, y solo á fuerza de amenazas la he podido arrancar la confesion de su oprobrio. Entregóse infamemente á vuestro hermano, que la dexó con el fruto de sus pérfidos amores: por tanto, ya que la casualidad os ha traido aqui sin saber cómo, decidid de la suerte de esta infelíz hermana, porque si decis que Tenermill no piensa ya en casarse con ella, ha de acabar hoy mismo su vida á mis manos.

La he instado, continuó, á que me declare si se ha dexado seducir á lo menos con el pretexto de algunas promesas, y ella me habla de sus cartas, que quiero en vuestra presencia leer. ¿Dónde estan? interrumpió mirando furiosamente á la criada. Ésta, que solo habia subido para tomarlas, y que al aumentarse el ruido baxó inmediatamente temerosa de que se dexase él llevar á algun exceso contra su ama, salió al punto para traerlas.

Me hallaba yo entonces tan atónito con lo que acababa de oir, que no atreviéndome quasi á aventurar la menor respuesta, aguardaba tambien con una viva impaciencia que llegasen las

cartas; pues las que yo habia leido, no eran sino unas protestas regulares de ternura, en que no noté proposicion alguna de casamiento. Por otra parte, conocia yo á Tenermill; y sabia que si era capaz de mirar como un juguete la seduccion de una señorita, no lo era de engañarla con falsas promesas; y con la esperanza que tenia entonces de casarse con Sara Fincer, no podia yo persuadirme que hubiese dado á la hermana de Anglesey otras palabras, que las de un amor cuya ilusion debia ella conocer. La lectura de las cartas, que no se dilató un momento, me confirmó en esta idea. Sin embargo, penetrado del dolor que me causaba la ofensa que Tenermill habia cometido contra Dios, y no creyéndole menos obligado á reparar el honor de una señorita, cuya ruina era obra suya, no tuve dificultad en convenir que miraba yo esta obligacion como un deber indispensable, y prometer que le estrecharia á cumplirla. Este razonamiento, y las exhortaciones que uní para inspirar mas dulzura á Anglesey, sosegaron poco á poco su espíritu, y su hermana se levantó de sus pies para arrojarse á los mios transportada de gozo y de agradecimiento.

El caso que él hizo de mi promesa le tranquilizó tanto, que se informó de la extraña casualidad por qué me hallaba yo en V...... y en casa de su hermana, y no me costó tanto trabajo decirle la verdad de mi aventura, como á él creer que hablaba de veras. Sin embargo, despues de exâminar conmigo quáles podian ser las resultas, convino en que eran bastante peligrosas,

pues me inspiraban todo el temor que se requeria para dexarme llevar á tan extraordinarias resoluciones. Sin hacer profesion de seguir abiertamente el partido del Rey, deseaba bastante su restablecimiento en el Trono para no hacer nada contra su inclinacion, favoreciendo sus intereses; y el servicio que de mí aguardaba le obligaba por otra parte á no negarme su auxîlio. Propúsome que tomase su coche, para alejarme sin que nadie lo conociese; y aunque muy poco hubiera yo echado menos mi caballo y equipage, que me ví obligado á dexar abandonado; aún me dió esperanzas Anglesey de que volviéndoselos á pedir él mismo al Consejero, podria obtenerlos con tanto mayor facilidad, quanto yo le aseguraba no dexar nada en mi valija que pudiese descubrir el secreto de mi comision. Como era yo Irlandes, mi zelo por los Católicos del mismo país, y mi misma qualidad de Obispo, que eran las únicas noticias que el Consejero podria sacar de mi carta, no me exponian al rigor de muchas Leyes nuevas que solo miraban á los Misioneros extrangeros. Mi agradecimiento por el auxîlio que Anglesey tan generosamente me ofrecia, me inspiró un medio de hacer á su hermana el servicio que mejor convenia á su situacion; y como habia pocas trazas de que despues de verme tan desgraciadamente descubierto pudiese yo exercer mas tiempo mi comision, sin recaer á lo menos en algun nuevo lazo, que podia ser tan perjudicial á la causa del Rey como á la seguridad de mi propia vida, me propuse volver á Dublin

por el camino mas corto, y vivir alli secretamente ínterin me llegaban las órdenes de S. M., á quien queria comunicar la verdad de mi aventura. Con la esperanza que tengo, dixe á Anglesey, de persuadir á Tenermill á portarse con vuestra hermana como debe, creo poder ofreceros para ella un asilo en casa de Patricio, que há poco que vino á establecerse en Irlanda. Si me dexais vuestro coche, yo mismo me encargo de conducirla á Dublin, y tampoco desconfio de hacerla pasar á Francia luego que haya prevenido á Tenermill acerca de la obligacion en que está de reparar su falta. Me abrazó movido de su agradecimiento, y todavia movida mas que él su hermana con mis ofertas, no se cansaba de demostrarme el suyo con las expresiones mas tiernas.

Teniendo conmigo á Jacin, y al antiguo criado de Milord Linch, tuve la fortuna de enviarlos á una posada; antes de irme á casa del Consejero; costumbre que seguí en todo mi viage, únicamente por el temor de no incomodar tanto á los que me hacian el favor de hospedarme. Fué me fácil mandar avisar á los dos que saliesen fuera de la ciudad, para que me esperasen en el camino que queria elegir. Entré inmediatamente en el coche de Anglesey con su hermana y su criada, segurísimo de que si el Consejero tomaba el partido de mandarme buscar, sería en las casas católicas de la ciudad, ó á lo menos en qualquiera otra parte, menos en el camino de Dublin. Hice toda la diligencia que se podia esperar del coche en que iba, y causé una ex-

trema sorpresa á Patricio y á su muger, apareciéndome tan pronto en su casa contra lo que ellos y yo esperábamos.

Halléle tan estimado del pueblo, y ya en tan buen concepto con el Virey y con toda la nobleza, que para las intenciones que el Rey me tenia comunicadas, me pareció que efectivamente aquel Príncipe no pudo hacer mejor eleccion; aunque no noté en mi viage que el número de sus partidarios fuese tan considerable como S. M. se lisonjeaba en S. German, ni que estuviesen llenos de aquel ardor en que confiaba tanto para la campaña siguiente. Se lo hice asi presente á Patricio, que habia ya reparado lo mismo en Dublin. Si le quedaban al Rey Jacobo muchos vasallos bastante bien intencionados para desear con ardor su vuelta, habia pocos cuyo zelo fuese capaz de hacerlos exponer sus bienes y su vida por su causa. Al contrario, no teniendo nada mas amable ni mas precioso que apetecer, que la conservacion y seguridad de estas dos ventajas, les parecian mucho mejor aseguradas baxo el nuevo gobierno; y siendo por consiguiente el interes de la Religion el único que era capaz de enardecerlos, este mismo motivo no podia inspirarles todo el ardor que el Rey deseaba, ínterin á lo menos el Príncipe de Orange se mostrase dispuesto á no turbarlos en su culto. El temor de disgustar á la Corte de San German con unos avisos tan claros, no me impidió comunicar al Rey todas mis observaciones. No me dió muestras de que mi sinceridad le ofendiese; pero sin responder al por menor de mis reflexiones, me dió órden de volver prontamente á

Francia, baxo el solo pretexto de que hallándose mi empresa tan fatalmente turbada, no se debia dudar que el Gobierno sería bien pronto informado de ella, y que mi mansion en Irlanda perjudicaria á la comision de mi hermano.

Por mucha voluntad que tuviese yo de sacrificarme á los intereses de mi Religion y de mi Rey, nada encontré que sentir en esta mudanza, pues no faltaba en Francia objecion á mi zelo. Quanto mas reflexîonaba en la desgracia de la señorita Anglesey, mas sentia aumentárseme el deseo de servirla en el asunto de Tenermill. A pesar de todo lo que él habia esperado de sus esfuerzos y de sus luces, veía yo que era el único en la familia que estaba sin establecer, porque no acertaba yo á dar el nombre de establecimiento á la renta que con el juego se habia adquirido. La misma suerte, á que debia una fortuna tan indigna de nosotros, ¿no podia privarle de ella por los mismos caminos? A la verdad, no era para él un partido muy ventajoso que la hija menor de una casa mas noble que rica, que no podia traerle sino esperanzas muy remotas, fuese su esposa; pero además de que el honor y la Religion le obligaban á reparar con el matrimonio el enorme daño que hizo seduciendo aquel corazon, me lisonjeaba yo de que si conseguia que el Rey aprobase esta boda, volveria S. M. á pensar como antes en la elevacion de mi hermano. Sin hallarse en estado de enriquecer á los que le servian, tenia mil medios de emplearlos de un modo ventajoso para su fortuna, como lo acreditaba muy bien el exemplo de Patricio; y no dudaba yo que el deseo de ganar á

su partido toda la casa de Anglesey, le inclinaria tanto como su afecto á la nuestra, á señalar su bondad con nuevos beneficios.

Sin embargo, otras reflexîones me hicieron mudar el pensamiento que antes tenia de prevenir á Tenermill sobre mi proyecto. Aunque no le creyese capaz de negar su trato con la señorita Anglesey, me imaginé que no habiéndose jamás propuesto sino el divertirse, se resistiria desde luego á un matrimonio que miraria como un obstáculo á todas sus pretensiones, y una vez pronunciada en la distancia su negativa, obligaria quizá á la señorita Anglesey á quedarse en Irlanda. En lugar de que pasando conmigo á Francia sin avisar á Tenermill, y sorprehendiéndolo en algun modo antes que tuviese tiempo de pensar en defenderse, podia ella esperar que su presencia y sus lágrimas ablandasen un corazon que no podia estar dispuesto á resistirla. Partimos pues juntos, despues de comunicados á su hermano nuestros intentos, y me propuso acompañarnos; pero temia yo explicaciones demasiado vivas é instancias demasiado violentas de parte de un hombre pundonoroso, que tendria que sostener el honor de su casa: por lo que le rogué que descuidase en quanto á sus intereses en la rectitud de mis intenciones.

Para volver a S. German con algun agradable fruto de mi viage, era menester hallar medio para transportar una parte del tesoro de Linch; pero esto seria muy arriesgado en un tiempo en que la proxîmidad de una campaña

sangrienta aumentaba la vigilancia del Gobierno en todos los Puertos; pues aun á nosotros mismos nos costó bastante trabajo el escapar sin dar alguna sospecha que pudiese ser perjudicial á mi hermano. Tomó el Cielo por su cuenta conducirnos por entre mil peligros, y no pudiendo entrar en Francia sino por largos rodeos, hizo nuestra tardanza recelar á los que tuvieron aviso de mi partida, que me hubiesen acaecido lances todavia mas funestos en el camino. Para mayor apuro la señorita Anglesey tuvo novedad en Flandes, que es por donde nos fué forzoso venir; y el cuidado que no pude menos de tener de ella, atrasó tambien nuestra llegada seis semanas.

Doy el nombre de apuro á este último contratiempo, porque no pude mirarle como un motivo de pesadumbre. A pesar del ardor con que me encargué de mirar por la señorita Anglesey, y aun de la persuasion en que estaba de que esto era un deber indispensable, me espantaba algunas veces la indecencia que me parecia haber en presentarme con ella en la situacion en que se hallaba, y temia para ella misma la ignominia que podia resultarla. ¿Cómo podria presentarla en este estado ni á la Corte, donde queria dar fuerza á sus pretensiones con la autoridad del Rey, ni al mismo Tenermill, que no sabiendo aun nada de las resultas de su amor, podia disgustarse mas que enternecerse con aquel espectáculo? No es esto porque faltase á la señorita Anglesey ninguno de aquellos atractivos propios de su sexô.

Ya he hecho antes el elogio de sus gracias; y la ocasion que tenia de conocer á fondo su índole, me descubria en ella bastante mérito para compensar una flaqueza pasagera, que además de haber ya llorado en la presencia de Dios, tampoco disminuyó sus principios naturales de modestia y de virtud. Pero me alegré muchísimo de verla ya libre de aquella situacion, que no podia menos de manifestar su oprobrio, y que tanto desdecia en una señorita de su ilustre clase. He aqui los efectos, decia yo algunas veces en mi interior, de aquella criminal condescendencia con que suelen los padres dexar á sus hijas; ¡y ó qué leccion tan admirable para estas la que las da por sí misma la infelíz Anglesey! Oye una señorita con gusto los halagos de un jóven licencioso, proferidos en el calor de un bayle, en el encuentro de un teatro ó de un paseo, oyéselos despues repetir con la mayor ternura en una visita no ya tan tumultuosa, entrégale incautamente su corazan; ¿pues qué hay que admirarse que se vea con el tiempo en los mas vergonzosos precipicios?

Inspirándome el término de mi viage mas esperanza y alegria que la que tuve desde que partí, la comunique unos sentimientos tan dulces, trazándola de antemano el plan que yo formaba para apresurar su matrimonio. Tenermill, la dixe, no tendrá otro aviso de nuestra llegada que nuestra propia visita; yo prevendré al Rey acerca de vuestro lance; é interesaré su Religion y su bondad para que os conceda su proteccion. De los muchos amigos que

conozco de mi hermano, suplicaré á aquellos cuya prudencia es capaz de hacerle impresion, que se hallen en su casa al tiempo de nuestra visita, para apoyar vuestras solicitudes con sus instancias y consejos; y proporcionando nos acompañe un Oficial del Rey, á quien suplicaré á S. M. encargue con su recomendacion, ó aun con sus órdenes, si nos es posible obtenerlas, no dudo que con esta mezcla de súplicas, consejos y autoridad, le haremos vencer en un instante todos los obstáculos que pensaria tal vez en oponernos.

Nada la dixe en esto de que no estuviese yo mismo firmemente persuadido: pues en un asunto de esta naturaleza, en que la humanidad y la Religion fundaban nuestros derechos, no me podia imaginar que los principios de muchos amigos de mi hermano, conocidos por hombres de bien, fuesen diferentes de los mios, y ya ponia yo los ojos en aquellos que mas propios me parecian para hacernos el favor que de ellos esperaba. Luego que llegué á París, tuve por conveniente prevenir á algunos antes de irme á S. German; pero principiando por aquel en quien tenia mas confianza para el caso, ¿quánta no fué mi admiracion al verle resistir á todas mis proposiciones? Éste era un Oficial General antiguo, que pasó por todos los grados de la Milicia, y que tenia en el mundo concepto de ser irreprehensible en puntos de honor. Despues de oirme muy atentamente me preguntó: ¿Han apoyado la seduccion algunas promesas? respondíle que la señorita Anglesey no podia pro-

bar ninguna. ¡Ah! replicó sonriyéndose, ¿quién es el que en el discurso de su vida no ha tenido veinte aventuras de esa especie? El honor solamente obliga á cumplir lo que se promete. Demasiado felices serian las mugeres, si con olvidarse de su deber pudiesen adquirirse derecho á nuestra libertad y á nuestros bienes. ¿Quién sería el galan, que no estuviese expuesto á arruinarse con un mal matrimonio? No, añadió, no; jamás exhortaré á vuestro hermano á que sostenga un simple galanteo con el sacrificio de su fortuna, y tal vez con el de su felicidad.

Quitándome toda la esperanza que por esta parte tenia una denegacion tan formal, me arrepentí de haberme encaminado á un Militar, á quien debia suponer menos instruido en materia de moral, ó mas indulgente que otro en quanto á esta especie de desórdenes, á que el mundo da el nombre de galantería y pasatiempo, pero que para Dios son enormes y abominables pecados. Sé muy bien que una buena legislacion debe despreciar las demandas de aquellas mugeres disolutas, que quieren ganar la mano de un jóven incauto, á quien tal vez ellas mismas han corrompido; ni jamás negaré que un Sacramento tan respetable como el matrimonio, no debe ser premio de la iniquidad y del vicio. Pero tambien sostendré siempre, que una doncella honesta seducida verdaderamente por los artificios y estratagemas de un hombre, sea el que fuere, tiene un derecho muy particular á reclamar contra la libertad de su persona. No puedo menos de horrorizarme quando oygo á los doctores del mundo (aun aquellos que

pasan en él por juiciosos) celebrar la maña con que aquel mancebo supo violar la inocencia de aquella jóven, y dexarla despues llorando para siempre su irremediable desdicha. Un padre se consuela fácilmente de los extravíos de un hijo, con tal que no le obliguen á repararlos con un matrimonio opuesto á su voluntad, y muchas veces á su capricho; pero si este mismo hijo dándose por entendido á los estimulos de su agitada conciencia, trata de reparar á aquella soltera el honor que injustamente la quitó, y determina para ello ser su esposo, cuente desde luego con la indignacion irremisible de sus padres y parientes. Este es á la letra el espíritu del mundo, este es el sistema que universalmente reyna entre la que se llama gente de honor; ¡pero quán opuesto es al espíritu del christianismo!

Conocia yo otro amigo de Tenermill, cuyos sentimientos esperé corresponderian mejor á mi esperanza. Era un cambista extremamente rico, pero á quien la reputacion de sus riquezas no habia quitado la de hombre de bien, ni aun la de amigo tierno y generoso; expúsele el hecho, suplicándole como al otro que se uniese conmigo para ganar el corazon de Tenermill. Me miró de un modo libre y descarado. No me admiro, me dixo, de que un Eclesiástico de vuestra piedad y vuestros años lo refiera todo á las máxîmas mas severas del Evangelio; pero sería cosa dura pedir tanta exâctitud en unas gentes como nosotros. ¿No considerais á lo que nos reduciriais si nos obligáseis á casarnos con una muger, por solo haberla tenido una inclinacion pasagera? ¿de qué nos

serviria entonces que la naturaleza haya criado un número tan grande de mugeres? En esto quiso seguramente darnos medio de escoger. Por otra parte, añadió en tono sério, creo que siempre se debe hacer una justa distincion entre los objetos de gusto y los del deber. Si Milord Tenermill hallára en el partido que le proponeis todo lo que conviene á su fortuna y á su felicidad, y por algun olvido de sus intereses se obstinase ahora en desecharlo, quizá emprehenderia yo abrirle los ojos sobre lo que se debe á sí mismo. Pero como esto no puede suponerse sin contradiccion, no le persuadiré á un casamiento, del que su repugnancia ó frialdad me dan motivo para creer que tiene pocas ventajas que prometerse.

Un modo tan claro de explicarse me persuadió que tambien me habia dirigido muy mal. Me acordé del juicio que nos hace formar el Evangelio de los ricos del mundo, y me admiré mucho menos de hallar esta oposicion á sus máxîmas en aquel á quien consulté, que de olvidar yo mismo quán distante está que el espíritu de Religion se concilie con las riquezas. Pero como los dos errores en que habia sucesivamente caido no eran una razon que debiesen obligarme á abandonar mi proyecto, me acordé del nombre de un tercer amigo de Tenermill, de quien á él mismo le oí ponderar muchas veces la rigurosa probidad. Esta debia ser tambien la propiedad de su profesion, pues era un hombre distinguido en la toga. Fuíme pues á su casa con mas esperanza, y la grave-

dad con que me escuchó me pareció asimismo propia para aumentarla. Luego que acabé, estuvo pensativo algunos momentos, como si estuviese considerando el caso segun todos sus aspectos. En fin me preguntó si exîstia algun formal empeño de la mano de mi hermano. Respondíle que no, pero que no por eso dexaba de ser cierto que.....¿Teneis un principio de prueba por escrito? se apresuró á interrumpirme. No, le dixe, la misma señorita confiesa que solo tiene unas cartas amorosas que alegar en su favor. Y bien, replicó sin mostrarse atento á la impresion que en mí hacia su respuesta, deponed el temor de que jamás pueda ella obligar á Milord á casarse; y guardaos de aconsejar á vuestro hermano un casamiento que jamás puede serle ventajoso. Segun el rigor del Derecho, él quedará absuelto con algunas compensaciones, que serán menos proporcionadas al nacimiento de vuestra Irlandesa, que á la gran flaqueza que ha tenido en olvidarse de su deber.

Mi admiracion fué tal despues de esta tercera decision, que faltándome fuerza y voluntad para replicar, tomé el partido de retirarme sin añadir ni una sola palabra. ¡Qué extraña uniformidad de todos los estados, me decia yo á mí mismo, violar manifiestamente una ley de las mas sagradas de la naturaleza y de la Religion! ¡Pues qué! ¿necesita una muger promesas, necesita papeles, para obligar á que se case con ella el que la metió en un precipicio, de que solo puede salir por medio del matrimonio? ¿Los

mismos esfuerzos de la seduccion no son otras tantas promesas, y el sentido no es bastante claro para los dos sexôs? ¿La flaqueza de una muger en rendirse, y el placer que un hombre halla en vencerla, no son como el sello que debe confirmarlas? Bien está que sea un abuso digno de la vigilancia del Gobierno el descaro de aquellas mugeres que á costa de su pudor quieren adquirir un esposo que por ningun título las corresponde: ¿pero permite el bien de la Sociedad que se miren con indiferencia los clamores de aquellas infelices víctimas del artificio y de la seduccion, que sin advertir el lazo que las arman se dexan miserablemente arrastrar de los emponzoñados halagos de un mentiroso, ó del afecto impuro de un jóven libre y atrevido? ¿Es por ventura á los ojos de los hombres á los que en este caso se deben producir pruebas, ni dependen de sus opiniones los principios de la buena fé natural? Mas me imaginé no obstante que un grave Magistrado podia dexar de atender á los deberes simples de la Moral, por sujetarse excesivamente á los objetos de su profesion; pues este es el defecto de la mayor parte de los hombres, referirlo todo á las ideas que mas les dominan. Sin desistir todavia con tres experiencias tan opuestas á mi esperanza, resolví hacer otra en un honrado artesano, á quien tenia por muy apasionado de mi hermano, y que aun lograba algun ascendiente con él por la importancia de algunos servicios que le habia hecho. Nada tendré que temer en este hombre, decia yo, ni de los falsos usos del mundo, ni de la corrupcion de las riquezas, ni de las preocupaciones

del estudio y de la ciencia. El artesano, á cuya casa me fuí inmediatamente, se mostró al principio muy agradecido á mi confianza: pero despues de oidas mis proposiciones; no haré tan mal uso, me dixo con bastante aspereza, del tal qual crédito que tengo con Milord. Este sería el medio de atraerme infaliblemente su ódio, quando llegase algun dia á conocer el daño que le haria con mis consejos. Y para explicaros todo mi pensamiento, añadió, no compadezco tanto como vos á una soltera que de tal modo se olvida de sí, que llega hasta abandonar su honor. ¿A qué no estariamos expuestos en nuestras familias, si tuviesen ellas la esperanza de reparar tan prontamente sus faltas con un buen matrimonio? Es necesario abandonar semejantes culpables á la ignominia, para atemorizar con el exemplo á las que se viesen tentadas á imitarlas.

Sin exâminar este discurso, cuya falsédad por otra parte era notoria, pues no se trataba sino del deber de Tenermill, y la falta de la señorita Anglesey no disminuía la obligacion en que él se hallaba de reparar la suya; conocí que tenia poco socorro que esperar de los demás amigos de Tenermill, quando no podia obtenerle de los que escogí por preferencia. No pudiendo sin embargo persuadirme que mi opinion fuese falsa, ni que fuese yo el único en el mundo que pensase acertadamente en una materia tan importante, admiré el cuidado que mi hermano habia tenido en escoger para íntimos amigos, unas gentes cuyos principios me parecian tan conformes á los suyos; y me compadecí de

todos, al ver como despreciaban los de la Religion hasta desecharlos en un todo de sus razonamientos y consejos. Quedábame otra conseqüencia que inferir del mal éxîto de mis esperanzas. Esta era, que por la misma razon debia yo temer hallar mucho mas resistencia de parte de Tenermill; y no viendo ya otro medio mas poderoso para moverle que el que me faltaba, me hallaba amenazado, por premio de mi zelo, á quedarme cargado con una muger jóven y un niño, á quienes no quedaria otro recurso que mi compasion. Lisonjeéme no obstante con recurrir á la autoridad del Rey; y aunque Tenermill tomó la resolucion de huir de la Corte para pasar una vida libre é independiente, no pude persuadirme hubiese sacudido el yugo del respeto y de la obediencia hasta el extremo de cerrar los oidos á las órdenes de su amo.

Asi es; que con el mismo objeto que me hizo evitar ver á mi familia luego que llegué á París, me fuí á S. German sin dar á nadie el menor aviso de mi llegada. Despues de dar cuenta al Rey de todas las circunstancias de mi viage, nada tuve por mas urgente que poner en manos de S. M. la causa de la señorita Anglesey; y no disimulándole ni mis temores ni el orígen de que nacian, le interesé á favor de una jóven desgraciada, por todos aquellos motivos que podian hacer impresion en un Príncipe religioso. Mostróse mas sensible á ellos que los amigos de Tenermill; pero no habiéndolo visto en su Corte desde su partida, me demostró alguna desconfianza de su fidelidad y sumision. No sé, me dixo

este Príncipe, qué género de vida se ha propuesto en una especie de retiro, en que me han dicho que se ha limitado á la compañia de algunas mugeres, y de un corto número de amigos. Él ganó alguna cosa al juego: ha perdido mucho mas durante vuestra ausencia, y consistiendo todo su caudal en la pension que le he dexado, no puedo fácilmente comprehender con qué recursos mantiene en su casa la abundancia y los placeres cuya descripcion me han hecho. Siento, añadió el Rey, que un hombre á quien estimo, y que podria llegar á ser útil para las mayores cosas, se corrompa en la molicie y en la ociosidad.

No siendo capaces todas estas objeciones de acobardarme, redoblé mis instancias para obtener del Rey á lo menos una recomendacion, que hiciese fé del deseo que tenia S. M. de ver á la señorita Anglesey prontamente restablecida en sus derechos. Consintió en ello, pero despues que yo averiguase las disposiciones de Tenermill, para arreglar el tono de sus órdenes sobre las dificultades que se debian vencer.

Fué tanto lo que me animé con esta esperanza, que dándome prisa á volver á París, no dudé un punto suplicar al Conde y á la Condesa de S..... que recibiesen en su casa á la señorita Anglesey, como á una que algun dia debia ser de nuestra familia casándose con mi hermano. Encarguéles no obstante el silencio acerca de un proyecto que pedia aun algunas disposiciones de la parte del Rey y de la de Tenermill: pero despues de escuchar mi cumplido y el de

la señorita Anglesey con su acostumbrada política, me mostró el Conde algun deseo de hablarme á solas. Discurrí por su inquietud, que tenia alguna cosa importante que decirme, y sin aguardar en efecto á que yo le preguntase, me dixo: ¿teneis la anuencia y consentimiento de Milord Tenermill para pensar en casarle? Una pregunta tan categórica, á que no podia yo responder sin larga explicacion, me sugirió el partido de preguntar al Conde ¿qué dificultad hallaba en este matrimonio? Ignorais, replicó, las novedades ocurridas en vuestra ausencia; y prometiéndome una narracion que era capaz de sorprehenderme, me contó que mi hermano hacia propósito de renunciar á toda esperanza de establecimiento y de fortuna por ciertos disgustos que no disimuló, y que unido con la señora F.... tenian entre los dos formada una compañía de que quizá no habia exemplar. Gloriábanse de estar ambos sin amor y sin ambicion, y de no gustar sino de un cierto número de diversiones que procuran proporcionarse por todos los medios posibles. Amueblaron sin fausto, pero con el mayor primor, una casa en la ciudad, y la de *las Sazones* que les servia de recreo de campo. Su gasto se hacia á medias; y aunque afectasen quitar de su trato toda apariencia de pasion, rara vez estaba el uno sin el otro, y sus placeres eran los mismos. Estos los constituian en tener una buena mesa, en músicas, en la lectura y juego; y habiéndose asociado cinco ó seis personas de ambos sexôs, cuya índole y caracter convenian con su génio, apa-

rentaban despreciar el mundo del qual se creían olvidados. El Embaxador de España, admirado del partido que vió tomar á su sobrina, y ofendido de un sistema tan irregular, nada omitió para hacerla dexar ideas tan extrañas, pero no pudo vencer su resolucion.

Duró esta vida algunos meses, con todo el embeleso que ellos se propusieron: pero Tenermill, naturalmente liberal y generoso, no echando bien sus cuentas sobre lo que podia importar su gasto, se vió tan alcanzado, que tuvo que pensar en otros recursos. El juego que al principio le fué tan favorable, no continuó favoreciéndole con la misma felicidad, y empeñándose cada vez mas en grandes suertes, tuvo tan considerables pérdidas, que para pagar muchas deudas de honor agotó su renta anual. Esta desgracia le hubiera puesto en la absoluta necesidad de abandonar su proyecto, si la señora F......, á la qual se vió obligado á confesar su apuro, no se emplease con la misma generosidad en suplir sus pérdidas. Hasta entonces no sufrió Tenermill que ella contribuyese mucho á los gastos de su establecimiento; pero no hallando ya medio entre la precision de romperle, y la de consentir en verla entrar en su gasto á la parte, se dexó vencer de sus instancias. Un convenio de esta naturaleza era como un nuevo lazo, que les unia mas estrechamente que nunca; y si Tenermill por un resentimiento de ambicion se ausentó de la Corte, llevó el olvido de todo lo que era diferente de su compañia, hasta el extremo de no dexarse ver de su propia familia.

Ya veis, prosiguió el Conde, por lo que os he referido, si he tenido razon para dudar que él esté informado de vuestros intentos, y si no la tengo aun mas para creer que con dificultad le persuadais á entrar en ellos. El gusto de una vida mole y afeminada ha sucedido á su antigua actividad; y me admiro de lo muy mudado que está su caracter. Esa muger le tiene embancado; y sea el que fuere el empeño que con ella pueda haber formado, estoy persuadido de que no conseguireis que le rompa. El mal me pareció tan peligroso como al Conde, y aunque la reserva con que se explicó me impidiese todavia penetrar toda su extension, los peligros solos de una vida tan sensual me causaron una viva inquietud. Sin embargo, no ví como él razones tan fuertes para temer que esta vida fuese un obstáculo al matrimonio de Tenermill, pues estaba yo en el concepto de que no procedia de cariño su empeño con la señora F.....; y no descubriendo otra causa que pudiese sujetarle demasiadamente á ella, me excité tanto mas á la esperanza, quanto la pérdida de sus bienes, y la necesidad en que estaba de aprovecharse de los de una muger sin la qual no podria vivir en la abundancia á que tanto gusto habia tomado, me parecieron un motivo infalible para apartarle de ella, quando le mostrase solo con la mano de la señorita Anglesey nuevos favores del Rey, que no desconfiaba de impetrarle. Separéme del Conde con esta idea, sin tener por conveniente comunicarle aun la verdad de nuestra aventura: disimulo á que no me movia mi desconfianza, pero

á que me creía obligado por respeto á la señorita Anglesey.

En casa de Milord Tenermill supe que hacia algunas semanas que estaba en *las Sazones*, donde gustaba las primeras dulzuras de la primavera con su acostumbrada compañía. La vista de la prisa que se daban en su casa de París para los preparativos de mil cosas que debian servir para su mesa y sus placeres, me dió de un golpe alguna idea de su establecimiento. Fuíme sin dilacion á buscarle, pues además de que el bien parecer pedia de mí esta visita despues de una larga ausencia, tenia yo tanto derecho como él á la hacienda de *las Sazones*, y me creía autorizado á tomar en qualquier tiempo algun informe del estado en que se hallaba. Podia fingir que ignoraba las novedades ocurridas desde mi partida, y de que estuviese ocupada por una compañia tan numerosa: y asi resuelto á este partido, mostré tanta sorpresa al llegar, como si no me hallase informado con la relacion del Conde. Esta ficcion era tambien poco diferente de la verdad, pues en las noticias que recibí, hallé aun á cada paso algun motivo de pasmo y de admiracion. La casa, los jardines, todo presentaba una nueva forma: Tenermill tenia pocos criados que me conociesen; de modo que encontrando muchos á quienes pregunté donde hallaria á su amo, fuí para ellos un espectáculo tan nuevo como los adornos del lugar lo eran para mí.

Entre algunas demostraciones de gozo y algunas caricias, me dexó ver Tenermill bastante inquietud, para persuadirme que estaba violen-

to con mi presencia. Me dirigí á su gabinete, á donde quiso la casualidad que él pasase por algunos asuntos. No perdí la ocasion que venia á buscar, y en vez de responder á las primeras preguntas con que quizá pensaba librarse de las mias, le rogué me oyese en un asunto importantísimo que pedia toda su atencion; y hablándole sin rodeos del estado en que dexaba á la hermana de Anglesey, le pregunté qué pensaba de la desgracia de una muchacha tan amable y tan bien nacida. Un discurso poco esperado, y el tono sério y firme con que le pronuncié, porque no me atrevo á decir el remordimiento de una falta de que se acordaba, le causaron una confusion que por algunos momentos se declaró muy bien por el encendido color de su semblante. Duró sin embargo poco, pues tomándolo al instante á risa, me habló de esta aventura como de una diversion, cuyo efecto no creyó, segun me dixo, que fuese la exîstencia de nuevo ser. Al oirle hablar asi le paré y le dixe; ¿sabes qué con este efecto que podias no obstante preveer, deberia ella producir otro, que siento no ver tan pronto como quisiera? Y notando que esta pregunta le ponia mas atento, le hablé con vigor de los derechos de la señorita Anglesey, y de la misma esperanza que tenia de acreditarlos. Interrumpióme él tambien, y mostrando conocer todo lo que yo solo me habia explicado á medias, tomó un tono mas sério para defenderse. Sus razones fueron las mismas que me causaron antes tanta lástima en boca de sus quatro amigos. Me dixo que no se obligó con palabra alguna; que

no pensó en otra cosa que en divertirse en Irlanda; y que asi, ¿con qué razon se pretendia que la flaqueza de una muger adquiriese por si misma derecho á la fortuna y á la libertad de un hombre? ¡Extraños argumentos, que suponen siempre que la falta esté únicamente de parte del sexô mas flaco, y que no haya reparacion necesaria en esta suerte de lances, sino para lo que el mundo ha querido llamar honor de las mugeres! No esperaba yo hacer impresion por otras pruebas en el espíritu de Tenermill, y asi ni aun me ocurrió el intentarlo. Executé las órdenes del Rey, asegurándome de sus disposiciones, y si añadí alguna cosa, no fué sino para obligarle á explicarlas mas claramente á fuerza de objeciones y de instancias.

Recobróse de tal suerte de su primera alteracion, que rogándome al fin dexase de inquietarle con proposiciones que le molestaban, pasó desde luego á preguntarme noticias de París y de Irlanda. Le satisfice con brevedad, y despidiéndome friamente de él, volví á París á pesar de las instancias que me hizo para que me quedase algunos dias en *las Sazones*, pues no me correspondia quedarme entre una gente como me dixeron era la que le acompañaba. Aunque no penetrase yo enteramente el sentido de las expresiones del Conde, no me figuraba pudiese reynar mucho juicio é inocencia en una mansion en que no se tenia otro objeto que el placer, y mi ánimo en volver á París, era tomar alli á la señorita Anglesey, para presentarla al Rey, á quien esperaba yo mover todavia con mas fuerza

á socorrerla, despues que la viese. Su hermosa presencia y sus lágrimas le interesaron efectivamente hasta el extremo de tomar la resolucion de enviar inmediatamente uno de sus gentiles hombres á *las Sazones*: pues daba S. M. una interpretacion mas favorable que yo á la recusacion de Tenermill. Viendo que nada faltaba á la señorita Anglesey para agradarle, y pensando con razon que debia haberle agradado, pues mereció sus obsequios, se persuadió que el único motivo que podia inspirarle repugnancia era su pobreza; y sin avisarle de sus miras al proponerle la recibiese de su mano, encargó á su gentil hombre le asegurase como que nacia de él, que no le saldria mal el tomar el partido de la sumision. Pero declarándose mas á mí, me dixo que sin pensar en hacerle Duque hasta tanto que fuese bastante rico para sostener esta dignidad, queria concederle en favor de su matrimonio un empleo que le enriqueceria por caminos muy breves. Podeis asegurarle, añadió hablando conmigo, que me he explicado con vos sobre esto, y empeñarle mi palabra de que contaré su obediencia en la clase de sus servicios.

A la piedad que animaba toda las acciones del Rey, se unia un motivo que yo ignoraba. No atreviéndose Anglesey á consentir en todo lo que le prometí de mis buenos oficios á mi despedida, escribió á S. M. desde Irlanda suplicándole concediese su real proteccion á su hermana, y en un asunto en que interesaba el honor de su familia, no tuvo dificultad en prometer á aquel Principe, que en prueba de su agradecimiento, con-

seguiria por él mismo y por sus amigos someter á su obediencia antes de concluirse la campaña toda la Provincia de Mounster. La sumision de esta parte de Irlanda era de una importancia extrema, tanto por la facilidad de los desembarcos, como por los quarteles de las tropas que podian pasar allí el invierno con seguridad. Además, no era poca ventaja empeñar abiertamente á su favor una familia tan numerosa y distinguida como la de Anglesey. Sin penetrar tanto, yo mismo expuse al Rey esta última reflexîon; y si S. M. no me confesó que era capaz de enardecerle, no dexaba yo de haber notado que aumentó su actividad y su zelo. Bien pronto tuve otras pruebas en el interes que mostró quando volvió el gentil hombre que despachó á mi hermano, pues sabiendo que Tenermill recibió sus órdenes con todo el respeto que debia al nombre de su amo, y que á pesar de la maña con que evitó empeñarse con una respuesta positiva, se explicó en términos de una perfecta sumision, instó á que fuese otra vez á verle, y le declarase mejor lo que S. M. resolvia hacer por él. Temia yo, me dixo, que no obstante la franqueza de su grade alma, se aprovechase de mi situacion para insistir en sus antiguos descontentos; pero conociendo su caracter le creo dispuesto á obedecer, pues ha recibido mis órdenes con tan buen semblante. En efecto, diversos exemplos enseñaban todos los dias á este buen Príncipe que el sagrado título de Rey impone poco respeto á las pasiones violentas, quando no está sostenido de la fuerza; y la reciente traicion de

Milord...... le hacia temer á cada paso no hallar mas fidelidad en la mayor parte de los que parecian adictos á su persona.

Esta confianza de mi Rey y el mismo deseo que me mostraba de volver á ganar la voluntad de mi hermano, me animaron con un ardor tan vivo, que pareciéndome tardaba ya en executar sus órdenes, le supliqué me dexase partir, y pasar en derechura á *las Sazones*. Comuniqué todas mis esperanzas á la señorita Anglesey por aquel ayre de satisfaccion con que la rogué me aguardase en París, y aunque era ya de noche quando llegué á nuestra hacienda, no distinguia yo de tiempos, y todos los creía oportunos para mi negocio. Supe quando llegué que Tenermill se levantaba de la mesa, y asi mandé le avisasen que tenia que comunicarle asuntos de importancia, y que deseaba hablarle á solas. Ignoro si habia él ya manifestado á la señora F...... mis proposiciones y las órdenes del Rey, pero la impaciencia que me causó su lentitud me obligó á asomarme á la puerta del gabinere en que estaba aguardándole, y ví que estaba con ella en el quarto inmediato. El ayre misterioso y lo acalorados que mostraban estar en alguna discusion importante, me dió motivo para creer que era mi visita el asunto de su conversacion.

No se presentó á mí Tenermill con menos franqueza. Aparté tambien de mi semblante todo lo que podia darle sujecion, y previniendo preguntas inútiles, le declaré que estaba yo alli de órden del Rey. Hace poco que supiste, le dixe, de boca de uno de sus gentiles hombres,

el interes que toma S. M. en el matrimonio de la señorita Anglesey con vos; pero esta explicacion era solo para el público : yo vengo de su parte para declararte mas particularmente sus intenciones. Con una muger que este buen Señor te insta á que aceptes como de su mano, te promete un empleo que puede bien pronto conducirte á la opulencia, y que te pondrá algun dia en el estado en que te quiere ver para hacerte Duque.

Este anuncio, en el que de tal modo incluí lo mas poderoso que tenia que proponerle, hizo aun mas impresion en él, que la que yo me prometia. Fixó en mí los ojos; y no pudiendo moderar por mucho tiempo los movimientos que le agitaban, me dixo enterneciéndose : ¡pues qué! el Rey se digna buscarme, y lejos de estar ofendido con mi altivez, ¿no teme abatirse demasiado llamándome á sí con nuevos beneficios? ¡Ah! toda mi sangre que quiero emplear en su servicio, no será jamás bastante para corresponder á su bondad. Su transporte me hizo juzgar que tenia ya la fortuna de cogerle por sus dos flacos, de los quales el último subsistía aun con mas fuerza que la que me figuraba. Estos eran la generosidad y la ambicion. Pero quando mas confiado estaba, añadio, que por lo que hacia á su matrimonio con la señorita Anglesey se hallaba desesperado de que le estuviese absolutamente cerrado este camino de corresponder á la bondad del Monarca : que sin hallar en su corazon la menor repugnancia á una señorita tan amable, sobre todo quando le era ofrecida por

el Rey, con todas las demás ventajas que ella debia traerle, tenia otros lazos que no podia romper, y que jamás la mas gloriosa fortuna le haria faltar á sus empeños de honor. Alterado con este lenguage, le pregunté con mucha admiracion si estaba casado: no, me respondió sencillamente, pero hallo poca diferencia. Apartóse de mí para dar algunas vueltas por el gabinete en una distraccion profunda, ínterin yo mismo meditaba en lo que debia pensar de su respuesta; y volviéndose despues á acercar, me suplicó le escuchase sin interrumpirle. Me hallo, me dixo, penetrado de agradecimiento por las bondades del Rey, y no dudo que á vos os causen la misma admiracion; pero me quedan mil caminos para hacerme acreedor á ellas, y no es el mas cómodo el que quiero escoger. Sin embargo, hallándome obligado á desechar el que él mismo se digna ofrecerme, conozco que mi negativa me expondria no solo á su justa indignacion, sino á la censura de todas las gentes de honor, si no la justificára con alguna excusa. Al mismo tiempo os digo, que no es á vos á quien creo hacérsela aprobar; pero en la precision en que me hallo de emplearos para mi justificacion, me ha parecido tan fuerte esta dificultad, que me puso como habeis visto distraido.

A pesar de la promesa que habia yo hecho de oirle sin interrupcion, me creí obligado á quitar una duda que me pareció ofensiva á mi cariño. Me quejé de que él la tuviese por fundada, y le supliqué formase mejor opinion de mi modo de pensar. No, no, replicó sonriyéndose, no

es de vuestro afecto de lo que desconfio; pero no os canseis del silencio que os pido. Y continuando su discurso, me contó que despues que perdido el deseo de casarse con la señora F...., por no querer el Rey consentir en su matrimonio, ó á lo menos habér negado á este enlace las gracias y favores que le obligaron á desearle, no habia por eso cesado de ver á esta señora, y que cada dia encontraba nuevos atractivos en su trato, queriendo su buena suerte que estando ella misma obligada á renunciar á su inclinacion á Patricio, tomase respecto de él parte de aquellos sentimientos que antes tuvo para con su hermano. Que no le pesó verse querido, ínterin habian estado como sepultadas las proposiciones de matrimonio; pero en virtud de la declaracion que ella le hizo de éste por medio del Embaxador de España, la respondió incontinenti que no se creía capaz para llevar la qualidad de marido, y que no exîstiendo ya las razones que le movieron á pensar en ser su esposo, por la mudanza de las disposiciones del Rey, formaba otra vez la resolucion de jamás meterse en cadenas cuya naturaleza le asustaba. Suavizó no obstante esta respuesta con dulces y atentas expresiones, y reconociendo que habia visto pocas mugeres, cuya índole y talento tuviesen para él tanto atractivo, me confesó que se esforzó á inspirarla el gusto de un trato libre, en el que se propuso buscar por sí mismo el remedio de las penas que acababa de experimentar en la Corte. Que en este intermedio ganó al juego sumas bastantes considerables para poner

en órden sus proyectos, y obligándole el Rey á que conservase su pension, se vió en estado de formar un plan que fué del agrado de la señora F..... En fin, admirado él mismo, me dixo, de lo fácil que le fué persuadírselo, y aun discurriendo por esta prueba que no podia ser aquel su primer ensayo de galantería, se acostumbró á vivir con ella, y gozar de una situacion muy dulce, que juntos se formaron en la ciudad y en el campo Me preguntareis, continuó, qué motivo puede hacer este empeño tan inviolable como yo os le represento: escuchadme, porque una parte de lo que os tengo que decir os parecerá dificil de comprehender. En primer lugar, jamás concebireis la fuerza de la costumbre entre dos personas que por mucho tiempo tienen una misma casa, la misma mesa, las mismas ocupaciones, los mismos placeres, y que pasando en una palabra el dia y la noche sin apartarse quasi un momento, han aprendido mutuamente á conocer sus faltas, á disimulárselas, á hablarse quando quieren, á callar lo mismo, á no ocultarse nada de lo que piensan, y á comunicarse sus penas y sus satisfacciones. No es el interes quien los une, pues pueden tener una vida cómoda sin el auxîlio el uno del otro, no es precisamente el gusto de los mismos placeres, pues no los buscan muy vivos, y la mitad del tiempo lo pasan en discurrir sobre el vacío de todo lo que tiene este nombre; no es la inclinacion á una mesa espléndida, porque si nada falta en la suya, tampoco tienen mas apetito, y muchas veces la dexán sin tocar á los mejores

manjares; mucho menos es el amor, pues se ven sin ansia, se ausentan sin pesar, apenas se dicen una palabra de agasajo y de cariño; y muchas veces se acuestan y se levantan sin pensar siquiera en los derechos que recíprocamente se han concedido. Sin embargo, emprehended, si lo creeis posible, obligarlos á renunciar á vivir juntos; y vereis que se burlarán de todos vuestros esfuerzos. No os hablaria tan afirmativamente, añadió, si no pudiese juntar á mi exemplo el de mil personas honradas que en París se hallan en el mismo caso.

Iba á continuar su disparatado discurso, pero ya presentia yo lo que hasta entonces no me ocurrió, y lo que aun me parecia queria él disimularme. Hacíale agravio en esta última sospecha; solo pensaba en acomodarse á mi delicadeza, cubriendo baxo una especie de velo lo que se imaginaba que no podia yo ignorar; y esto, segun los principios en que estaba endurecido, era una consideracion que tenia mas por mí que por él. Pero como la sencillez de mi corazon me hacia atribuir á mi penetracion este descubrimiento, sentí tan alterada toda mi sangre, que olvidé otra vez la palabra que acababa de renovarle de no interrumpirle, y fueron tan poco miradas mis primeras expresiones, como podian serlo en un movimiento de sorpresa en que estaba envuelto en cólera y dolor. Mas quando por los términos de abominacion y amancebamiento que se me escaparon, llegó á comprehender que su método de vida era en mi concepto un continuo manantial de

culpas, y toda su amistad con la señora F...... una verdadera impureza, me dixo sonriyéndose: Bien aguardaba yo que esta conversacion no se acabaria sin tempestad; pero ya podiais estar curado, á lo menos conmigo, de esos arrebatamientos de moral. Sea lo que fuese, añadió inmediatamente con un tono mas sério, desde ahora os dexo, y renuncio hablaros y oiros, si no me concedeis libertad para hablar sin interrumpirme. ¡Hermano imperioso! ¡corazon fiero é indócil! le respondí con un sentimiento de los mas amargos, continúa pues un discurso que me ofende, que me descubre demasiado el desórden en que te hallas, y me convence de lo muy distante que estás del camino que debe seguir un Christiano.

Prosiguió pues meneando la cabeza con cierta sonrisa. Convengo en que el vínculo de que os hablo, no parecerá á todos de igual fuerza, y si he procurado que lo entendais, no ha sido por empeñaros á sostenerlo. He querido solamente que habiéndoos ofrecido á servirme, no ignoraseis algunas de mis disposiciones. Dos obligaciones mucho mas fuertes me unen á la señora F..... La una procede de mis mismas promesas; porque si la relacion que con ella tengo era libre en su orígen, creo que ha mudado de naturaleza desde que la satisfaccion que hemos mútuamente encontrado nos ha obligado á hacer mil juramentos de jamás romperla. ¿Qué diferencia hallais entre un vínculo de esta especie y el del matrimonio? ¿porqué no ha de ser tan indisoluble, quando la esencia de uno

y otro solo consiste en el casamiento de las voluntades? ¿porqué no os parecerá tan respetable, siendo el estado de la naturaleza que es la mas santa, y la primera de todas las leyes? porque......

Cesa por Dios, cesa, le interrumpí viéndole enardecerse en una materia que tenia interes en sostener, y lastimándome todavia mas su corrupcion que sus miserables sofismas, no continúes un discurso que no me permite oir la pureza de nuestra Religion, y no pretendas excusar con aparentes y frívolos pretextos tu desarreglada conducta. Ofendióse de aquel ayre compasivo con que procuré limitarme á estas pocas palabras. No os pido favor, me dixo, y quando querais, defenderé esta doctrina contra todas vuestras preocupaciones; pero á lo menos no negareis que mis promesas traen consigo algun deber, y me imponen alguna obligacion.

Despues, como si creyese esta razon, no solo sin réplica, sino suficiente para justificarle contra las instancias del Rey y las mias, me dió á entender que lo que le quedaba que decirme, era una de aquellas delicadas dificultades, de que nadie quiere hacer alarde, y que qualquiera otro que él con dificultad alegaria, porque le obligaba á confesar dos cosas muy duras para el amor propio. Sin embargo de esto, como su caracter le hacia superior á las flaquezas comunes, y él no sabia avergonzarse de lo que creyó poder aceptar sin vergüenza, me confesó que la señora F...... tenia para con él adquiridos algunos derechos, á que nada podia opo-

ner sin hacerse reo de una infame ingratitud. Creyendo aumentar su fortuna por el juego, la arruinó irremisiblemente. Todo su modo de vivir, que hasta entonces se repartió entre él y la señora F..... se hubiera desvanecido, á no haber ella tenido la generosidad de abandonar á su disposicion todos sus bienes. Se vió obligado á consentir en ello por sus instancias, y desde entonces solo á expensas de esta generosa dama se sostuvo su compañía. ¿Con qué cara podia él proponerla romper un trato, que sabia era para ella su mayor fortuna? En fin que no era capaz de cometer semejante baxeza, aunque le valiese el imperio de todo el mundo; y si queria yo dar cuenta al Rey de sus motivos, estaba persuadido de que serian aprobados asi de este Príncipe como de todas las gentes de honor.

Deseando dexarle libertad para dar toda la fuerza que queria á su apología, no me dí mucha prisa por responderle. Fácil me era destruirla, y me hallaba tan satisfecho con que despues de anunciarme sus razones como obstáculos invencibles, se reduxesen todas ellas á argumentos tan frívolos, que ya quasi me creía seguro de mi victoria. No me paré en su primer artículo, pues aun me admiré de que á él mismo le mereciese un momento de atencion. Me contenté con advertirle con dulzura, quán de veras debia arrepentirse de un método de vida, que habia sido capaz de afeminarle hasta el extremo de dar algun mérito á ocupaciones tan pueriles. Evité con el mismo cuidado el servirme de términos demasiado duros para repre-

hender un trato manifiestamente condenado segun todos mis principios. Pero por muchas excepciones y, modificaciones con que él creyese poder disculparle, le obligué á conceder que era diametralmente opuesto á las leyes comùnes de la Religion que profesaba; y llevándole mucho mas lejos de lo que despues de esta confesion se prometia, le obligué tambien á concluir conmigo á pesar suyo, que aquel trato era á todas luces abominable y escandaloso; que lo era mucho mas el quererlo sostener; y que todas las disculpas con que se empeñó en defenderle, eran otras tantas ilusiones que le sugeria su depravado corazon, y que no podian ni debian alegarse. Por lo que hacia al agradecimiento de que se creía deudor á la señora F...... no pretendí combatirle, y llevé mi indulgencia hasta reconocer que no debia tampoco buscar medio de dispensarse de esta ley. ¿Pero acaso no habia camino mas honesto y mas digno de él, que el de aumentar diariamente esta deuda, poniéndose en precision de gozar perpetuamente del mismo beneficio? Conserva, le dixe, toda la estimacion que debes á los sentimientos de tu dama Española; pero ennoblece los tuyos procurando hacerlos independientes de los suyos. ¿La suerte felíz que te se destina, dexará de abrirte mil medios de acreditar tu gratitud? ¿y hoy mismo no lo puedes hacer prometiéndola una amistad eterna? Este modo de responderle produxo una parte del efecto que yo me prometia, pues aunque emprehendió atrincherarse en el derecho natural,

que me dixo miraba como la regla de un hombre de bien, y se creyó defendido con este pretexto contra la mas fuerte de mis objeciones, me suplicó suspendiese por algunos dias la respuesta que debia dar al Rey, y que demostrase á aquel Príncipe los sentimientos de gratitud con que recibió la primera noticia de sus bondades. No pude dudar que el tiempo que parecia tomar para pensarlo, aumentase la impresion que no pudo menos de hacer en él la pintura de los favores que el Rey le destinaba. Suponiéndole enamorado de la señora F.... temeria yo quizá que combatiese con demasiada fuerza á su ambicion; pero unas consideraciones tan débiles como las que me alegó no podian inspirarme los mismos temores.

Este era menos que nunca el tiempo de detenerme en *las Sazones*; porque no queria exponerme á la vista de la señora F...... ni retardar á la señorita Anglesey el gusto de saber que principiaba á lisonjearme con una sólida esperanza. Comunicándola esta felíz nueva, no pude ocultarla de dónde nacian los obstáculos; pues ignoraba los empeños de mi hermano, y no atribuyendo la frialdad con que la miraba sino á la desgracia que tenia de ser pobre, le acusó hasta entonces mucho menos que á la fortuna. Yo mismo me admiré de la moderacion de sus quejas, y apenas podia concebir que despues de haberle amado tanto, que se hizo capaz de una flaqueza, mirase su suerte con tal tranquilidad, que no daba á entender una pasion violenta. Mas apenas supo de mí que tenia una rival,

quando poniendo ya otro semblante, y manifestando en sus ojos un fuego que jamás reparé, prorumpió en mil nombres odiosos, cuya aplicacion fácilmente comprehendí la hacia á mi hermano: y dirigiéndose á mí, os doy gracias, me dixo, por vuestros cuidados; jamás olvidaré lo que os debo; pero la misma muerte que tuviera presente, y aun la certidumbre de que se hiciese público mi oprobrio, tormento mas insufrible que la muerte, no me obligarian á casarme con un hombre que ha sido capaz de abandonarme por otra. Aunque me pareciese disimulable esta noble altivez, la hice presente que el amor tenia poca parte en la infidelidad de Tenermill, y que tampoco estaba distante su arrepentimiento, pues á mi parecer se hallaba en vísperas de romper todos los empeños que parecian opuestos á su deber. Estas dos consideraciones, que ella me rogó las explicase con todas sus circunstancias, tuvieron fuerza de sosegar su agitacion; pero quedé persuadido á que sin un sacrificio absoluto le sería dificil á Tenermill el contentarla.

Solo estuve dos horas en París; y sin embargo hallé luego que llegué á S. German un lacayo de la señora F...... que me estaba aguardando en casa de Mr. de Sercine, y que habiendo salido de *las Sazones* un quarto de hora despues que yo, me confesó que hizo una extraordinaria diligencia para encontrarme antes de que pudiese presentarme al Rey. Dióle su ama esta órden, y él me entregó una carta suya, instándome á que inmediatamente la leyese. Conte-

nia solo quatro renglones; y en ella me exhortaba que antes de entregarme á mi zelo con tanta confianza, me acordase de la muerte de los tres Españoles, y de lo fácil que era perderme á mi y á todos los que tuvieron parte en aquel trágico acontecimiento.

Helóme toda la sangre esta amenaza tan imprevista; pues creia sepultada en el olvido para siempre una aventura tan desgraciada. Lo estaba en efecto para el público, y para la misma Justicia, que se cansó de hacer pesquisas inútiles; pero la señora F...... no tenia olvidadas las amenazas de Patricio. A la primer noticia de un accidente tan fatal, tuvo la curiosidad de preguntar al guardia que acompañaba á los tres Españoles; y aunque el miramiento que creyó deber á los hermanos de Milord Tenermill, la impidió publicar sus sospechas, no pudo equivocarnos, segun el retrato que de nosotros la hicieron. ¡Qué obstáculo tan terrible para mi empresa! ¿podia yo imaginar el extremo á que era capaz de precipitarla el furor de sus zelos?

Instado por el propio, que solo esperaba mi respuesta para volverse, tomé el partido de darla tan corta y vaga como la carta que me habia traido. Escribí á la señora F....... que sin lisonjearme de penetrar todo el sentido de la suya, podia asegurarla dos cosas igualmente ciertas; la una que no tenia que echarme en cara la mas mínima parte en la muerte de sus Españoles; la otra que no era yo capaz de faltarla al respeto y consideracion que debia á su persona. No dexé de hacer mi corte al Rey; pero con

el fundado rezelo que todavia me quedaba, me guardé muy bien de animarle á pasos demasiado vivos, y á pesar de todas las quejas de mi zelo me creí deudor á la prudencia de este sacrificio. Despues de darle cuenta de los sentimientos de mi hermano, le supliqué suspendiese por algunos dias los impulsos de su bondad ácia él, y perdonase á diversas razones indispensables la tardanza que mostraba él mismo en presentarse á sus pies: sin que aquel excelente Principe viese nada en esta excusa de que ofenderse. Comunicóme algunas cartas de Patricio, que llamaban en aquel momento su atencion principal ácia Irlanda. Las primeras operaciones de la campaña no correspondieron á sus esperanzas, y en la expectativa de muchas empresas que durante el invierno se habian preparado, temia que un presagio tan melancólico enfriase á los que estaban encargados de su execucion. Sin embargo, de su mismo apuro tomó S. M. ocasion de hablarme de Tenermill. Necesito, me dixo, de un hombre de valor é inteligencia: vuestro hermano es el sugeto que me hace falta; con que si le creeis dispuesto á servirme, dadle este nuevo motivo de contar con mis beneficios. No acabó de declararse; pero no tenia yo necesidad de mas explicacion, ni de una órden mas positiva para entrar en unas miras que para mi hermano eran tan gloriosas. Determinéme á irle á ver al instante, pero con la diferencia de que en lugar de ir á buscarle á *las Sazones*, el deseo de no encontrarme con la señora F...... me obligó á tomar el partido de enviarle mi la-

cayo, para proponerle viniese á verse conmigo en París.

Fuí á aguardarle en su casa, y la prontitud con que estuvo en ella, me persuadió de que su impaciencia era igual á la mia. Abrazóme con la mayor franqueza, y anticipándose á la interesante noticia que le traía, por medio de una declaracion que no lo era menos, me aseguró que le hallaba ya resuelto á casarse con la señorita Anglesey, para principiar con esta señal de su sumision á merecer las bondades del Rey. El gozo que esto me causó llegó hasta hacerme olvidar lo que tanta ansia tenia por comunicarle; y ocupándome únicamente en las esperanzas y temores que de repente me causó esta protesta, le pregunté con algun embarazo si no habia algun obstáculo que temer de la señora F..... No temais, me respondió, ni dudeis que ya me he asegurado de su consentimiento. Díle tambien un abrazo con un gozo que no pude moderar, y no imaginándome que se pudiese dar otro sentido á sus expresiones que el que correspondia á mis deseos, ni formar otra idea de su resolucion que la de un sacrificio heroyco que hacia á la Religion y á su fortuna, me valí de las frases mas tiernas y expresivas para demostrarle tanta estimacion como zelo y amistad.

Como la explicacion que despues le dí de las intenciones del Rey solo sirvió para aumentar su ardor, me propuso él mismo llevase la noticia de su consentimiento á la señorita Anglesey, y la empeñase á pasar el dia siguiente á la Corte para hallarse alli con él, y obtener jun-

tos el beneplácito del Rey. Unas ofertas tan formales no me permitieron ya dudar de su sinceridad: no quise dexar que se pasase aquel favor, y prometiéndole estar al otro dia en Palacio con la señorita Anglesey para la hora en que el Rey se levantase, le exhorté que mantuviese gloriosamente tan nobles resoluciones. Un poco mas de reflexîon sobre las circunstancias me haria admirar no me hablase de verla desde aquel mismo dia, y tambien hubiera podido preguntarle quando se proponia salir de *las Sazones* la señora F..... ; pero el movimiento de mi regocijo no me dexó atencion, sino para lo que acababa de causarme una tan agradable sorpresa.

No igualaba ésta todavia á la que comuniqué á la señorita Anglesey, que disipando todas sus desconfianzas un desenredo tan preciso y tan poco esperado, dió gracias á Dios de su felicidad con expresiones las mas enérgicas, pareciéndola un suplicio la dilacion de un solo dia. Ni á ella ni á mi se nos ocurrió que hubiese precauciones que guardar por lo que hace á su rival; porque nos ocupó la atencion otro proyecto que nos pareció la obra maestra de la prudencia, y cuyo suceso correspondió perfectamente á nuestros cuidados. Impacientes por ver á Tenermill ligado con las ceremonias eclesiásticas, tomamos la resolucion de irnos por la tarde á S. German, y disponerlo todo para la celebracion de su matrimonio, inmediatamente que se empeñase en él por el paso que debia dar al dia siguiente. Prevenimos al Rey, que tuvo la bondad de aprobar nuestros intentos, y prome-

ternos todos los auxîlios que dependiesen de su autoridad. Tenermill, fiel á su palabra, llegó á casa de Mr. de Sercine á la hora en que estábamos convenidos: mostró alegrarse al vernos, y sin afectar agasajos muy tiernos, trató á la señorita Anglesey con una consideracion de que ella se manifestó muy contenta, y confirmándola todo lo que me dixo la víspera, la ofreció al punto la mano para irnos juntos á Palacio.

No suspendamos por mas tiempo la explicacion de un misterio en que tal vez empieza á haber demasiada obscuridad. Tenermill estaba seriamente resuelto á casarse con la señorita Anglesey; ¡pero qué matrimonio! ¡y á qué condiciones tan crueles fixaba este sacrificio! Habia tomado todas sus resoluciones de concierto con la señora F.... Esta dama, á quien comunicó la llegada y pretensiones de la señorita Anglesey, no temió por el pronto que tuviese mi hermano mucho que ombatir para librarse de un contratiempo tan importuno; y lejos de comenzar por reconvenciones y quejas, procuró mostrar poco sobresalto. Sin embargo, quando el mensagero del Rey y las esperanzas que este Príncipe hacia dar á Tenermill dispertaron al parecer su ambicion, juzgó mas urgente el peligro, y en el intermedio de esta diputacion y mi visita, empleó toda su maña para cerciorarse del lugar que ocupaba en su corazon, y de si en caso de que pensase otra vez en casarse, podria ella lisonjearse de ser preferida á su rival. En la ingenuidad de Tenermill encontró prontamente con que satisfacer sus dudas. La declaró que no era capaz de

mudar de disposiciones, y que si alguna vez llegaba á pensar en casamiento, sería con unas condiciones demasiado dificiles, para lisonjearse de que pudiese jamás obtenerlas en la infelíz situacion en que se hallaba. Mas con todo, un dia despues se le propusieron estas por mi misma boca, y se mostró tan agradecido y sensible á ellas como ya dexo referido. Lo notó la señora F....., y á las vivas inquietudes que sobre esto le mostró, respondió él en el mismo tono, que jamás la sacrificaria al amor, pero que debiendo dar tambien alguna cosa á su fortuna, no salia por fiador de sí mismo en quanto á resistirse mucho tiempo á las ofertas del Rey, si este Príncipe le cumplia la palabra; y sabiendo de ella misma los términos en que me habia escrito, la suplicó á nombre de una amistad tan firme y tan filosófica como la que los unia, que no se opusiese por consideraciones indignas de ellos, á las grandes esperanzas de que se creía deudor á mis cuidados. Una declaracion tan patente, y el conocimiento que la señora F..... tenia de su caracter, tuvieron para ella fuerza de un positivo desayre: pero no pudiendo renunciar á una conexîon que en cierto modo la era ya necesaria; hizo igualmente ostension de los derechos de su ternura, y del poder que tenia de hacerme daño, para sacar de él dos promesas en que consintió tanto mas gustoso, quanto convenian bastante con su propia inclinacion. La una, que no concluiria su matrimonio sin saber quáles eran las intenciones del Rey sobre su fortuna, y sin recibir prendas ciertas de la mis-

ma boca de aquel Príncipe ; la otra, que dando este paso por la ambicion, no solo no concederia cosa alguna al amor, sino que acostumbraria á la señorita Anglesey á contentarse con llevar su nombre, y á permitir sin quejarse que él prosiguiese viviendo en los ordinarios exercicios de su compañia. Despues de este extraño empeño es quando Tenermill se mostró tan determinado á su matrimonio, y me aseguró con tanto ahinco que la señora F...... no pondria el menor obstáculo.

De este modo, acompañando con esta libertad á la señorita Anglesey, su primera intencion era saber del Rey mismo con qué fortuna podia contar, y arreglar sus ofertas y obligaciones segun la certidumbre que en este punto le diesen. La bondad del Rey no le dexó incierto mucho tiempo. Apenas le besó la mano, dándole algunas disculpas de su larga ausencia, y de la inutilidad en que habia vivido tocante á su servicio, quando mandandole levantar aquel Príncipe con el mas cariñoso semblante, le propuso las miras que acerca de él tenia formadas. Repararás, le dixo, la ociosidad que te echas en cara, y no estoy pesaroso de que además de tus prendas tengas un motivo de esta naturaleza para animarte á servirme Tengo destinados para ti dos empleos, que no piden menos que toda la extension de tu talento y de tu valor. El uno, Intendente general de todas las empresas que se refieran á restablecer mis asuntos, y particularmente de todos los socorros militares que espero de los Príncipes católicos:

el otro, que está mas próxîmo, y que solo es aun el primer exercicio de éste, el qual mira únicamente á la Irlanda. El título importa poco, y la necesidad de evitar todo aparato me impedirá tal vez el crear uno: pero nunca sería demasiado grande si hubiera de corresponder á mis miras. Destino para ti un pleno y absoluto poder sobre mil cosas, que me reservo explicarte con el tiempo, Todo esto es, añadió el Rey, mostrarte una confianza, que seguramente no tendria contigo, si conociese algun otro que la mereciese mejor.

Favores tan distinguidos, y ofertas hechas con tanta nobleza y bondad, obligarian á Tenermill á precipitarse en las llamas por su Rey; y asi su zelo y agradecimiento se manifestaron en mil expresiones llenas de fuego. Interrumpiéndole el Rey para hablarle de su boda, se sometió sin excepcion á todo lo que S. M. mandase. Mostró no obstante sorprehenderse un poco, quando en virtud de este solo consentimiento oyó que me daban órden de pasar á la Capilla, para concluir allí la ceremonia. Pero le ví bien pronto reanimarse con la palabra que el Rey le dió de que no se olvidaria de su sumision, y que la miraria como un nuevo mérito para colmarle de beneficios.

Jamás exerció mi mano las funciones eclesiásticas con mas satisfaccion para mi corazon; y la señorita Anglesey entraba á la parte de mi gozo. El mismo Tenermill sostuvo toda la ceremonia con un ayre de regocijo que me engañó. De este modo, dixe interiormente diri-

giéndome al cielo, vienen á reunirse en mi dichosa familia todos los bienes que es permitido desear sobre la tierra: acabad, gran Dios, lo que todavia falta á su felicidad, llenándola de vuestras bendiciones, Volvimos al quarto del Rey, que hizo á ambos esposos el honor de darles un abrazo, y firmar la acta de su matrimonio; y como aun no habia expedido los decretos de los dos empleos de mi hermano, ó por mejor decir, se habia S. M. reservado decirle las funciones que queria señalarlos, le regaló veinte mil escudos por arras, (le dixo sonriéndose) de una renta que debia ser mucho mas considerable. Dióle quince dias para preparar al viage de Irlanda, con órden únicamente de ir con freqüencia á S. German, donde queria conferenciar con él acerca de los proyectos que estaba resuelto á confiarle.

¿Quién no creeria que tocaba ya el fin de tantas penas y sobresaltos, como me habia costado el afecto á mi familia; y que viéndola felizmente establecida en sus tres ramas, solo me quedaba que consultar la voluntad del Rey para llenar pacificamente mi empleo en la Corte, ó las funciones de mi ministerio en Irlanda? Esta era la idea que yo tenia de mi suerte quando llegamos á casa del Conde de S..... donde fuimos á apearnos en París; y aunque no me ocurrió duda alguna sobre que la señorita Anglesey, á la qual daré en adelante el título de su marido, se alojase desde aquel mismo dia en casa de Milord Tenermill, era natural que supuesto vivió en la del Conde desde

nuestra llegada de Irlanda, le llevase ella la primera noticia de su matrimonio, con todas aquellas expresiones de agradecimiento que á su fina amistad debia. La satisfaccion que él tuvo con tantos acontecimientos felices, nos demostró mejor que nunca quán preciosa le era la felicidad de nuestra familia; pero quando se abandonaba á toda su alegria, y la Condesa se entregaba igualmente á ella, suplicó Tenermill á su nueva esposa que pasase sola con él al quarto que hasta entonces habia ocupado. Todos quantos estábamos presentes atribuimos aquella determinacion á causa muy diferente de la que era en realidad, y el Conde no pudo menos de dar alguna brega á los recien casados. Su retiro duró poco. Mi hermano se separó de su muger al cabo de algunos instantes de conversacion; y volviendo á donde nosotros estábamos, nos dixo con semblante algo melancólico, dirigiéndose al Conde, que diversas razones que acababa de explicar á su muger, no le permitian quedarse con ella, sobre todo en vísperas de su viage, que verisimilmente duraria algun tiempo; y que habiendo ya provisto á su manutencion con una liberalidad, de que no podia quejarse, nos suplicaba conservásemos para con ella los sentimientos que siempre la habiamos mostrado. Como la sorpresa que nos causó este discurso llegó hasta cortarnos la voz, ó á lo menos hizo que el uno descansase en el otro sobre el cuidado de responder, se despidió Tenermill de nosotros despues de saludarnos cortesmente, y tomó otra vez su coche, en el que

se alejó al punto de nuestra vista.

Nuestro primer movimiento nos llevó al quarto de su muger, á quien hallamos anegada en lágrimas, y pronta ya á desmayarse en fuerza de su dolor y sentimiento. No se hizo de rogar para decirnos lo que la ponia en aquella amargura. Me ha tratado, nos dixo aumentando el torrente de su llanto, con un desprecio que me traspasa el alma. Si no me llenó de injurias, me dió claramente á entender que no lo dexaba por moderacion; y en fin me declaró que creyendo haber hecho bastante por mí concediéndome el título de esposa suya, ni piensa en verme ni en vivir conmigo. ¡Ah! sé muy bien á lo que debo atribuir su ódio: yo estoy vendida, perdida enteramente. La muerte era mucho menos cruel para mí que la triste situacion en que voluntariamente me he precipitado. Vos no lo ignorabais, añadió volviendo ácia mí los ojos; ¿porqué pues no me lo advertisteis? ¿A qué fin viene hacerme la mas desgraciada de todas las mugeres?

La interrumpí para consolarla con mejores esperanzas; pues aunque la precipitada fuga de mi hermano me dexase con mucha inquietud, aun me parecia que podia tener excusa por la proxîmidad de su partida, que no le permitia establecer desde luego en su casa á una muger jóven, á quien se veria obligado á dexar sola durante su ausencia. El cuidado que tuvo de proveer á su manutencion, y lo que á instancias mias me dixo ella misma sobre esto, me sostuvo todavia en una opinion tan favorable.

Díxonos Milady que la cedia por el primer año la tercera parte de la suma que el Rey acababa de concederle, ínterin se arreglaban de modo sus cosas, que pudiese asignarla una renta fixa sobre sus sueldos. Valíme de esta misma generosidad para consolarla, inspirándola mejor idea de su suerte; y la prometí no perdonar diligencia alguna para saber á fondo las intenciones de su marido.

El Conde de S...... no formó tan buen juicio como yo. Sabía por mil experiencias quán dificiles son de romper ciertos empeños, y acerca de esto me repitió una parte de lo que ya habia oido yo decir á Tenermill; y bastante era saber que no pensaba separarse de la señora F...... para discurrir que su matrimonio sería menos un obstáculo á su amistad, que una razon de apretar mas los nudos que los unian. Vereis, me dixo el Conde, que despues de haber principiado sin amor, tomará él mucho mas que lo que desea para su propio sosiego, y que todo lo que ha hecho por su muger no vendrá á parar, como ella teme, sino en hacerla infelíz, por el pesar que perpetuamente la causará verse pospuesta á una rival. Estas predicciones, que en boca de un hombre tan juicioso como el Conde no dexaron de asustarme, no me impidieron cumplir la palabra que habia dado á Milady. Ví á Tenermill antes que él volviese á *las Sazones*; pero tuve el dolor de oirle repetir con mucha altanería todo lo que á su muger dixo anteriormente, sin que ni mis súplicas ni mis cargos fuesen capaces de ablandarle.

Aunque no se declaró sobre la conducta que con la señora F...... queria observar, y aun tuvo cuidado de no responder á algunas palabras que aventuré contra esa intimidad, el mal me pareció tan peligroso, que creí no habia otro remedio que escoger, que verme con ella misma, y amedrentarla con mis amenazas, si no podia ganarla con mis exhortaciones. No negándome Tenermill que se volvia inmediatamente á *las Sazones*, no era aquel el momento que queria yo escoger para mi empresa: pero no dudando que comenzaria con mas freqüencia que nunca á hacer otra vez su corte al Rey, me era fácil aprovechar el tiempo de su ausencia. Tomé sobre esto unas precauciones que no podian engañarme, y lejos de comunicar mi intento á su muger, saqué de mil ideas todas diferentes las esperanzas en que proseguia manteniéndola. No desconfiaba yo que ella formase por su parte el mismo proyecto, y que pensando del mismo modo tomase el mismo dia para executarlo. No permitiéndola unos motivos como los suyos omitir nada, hizo que la acompañase un caballero Irlandes, llamado *Viterbb*, con quien ella tenia alguna amistad en París, porque era pariente suyo; y sin otro auxîlio que el de Viterbb y una criada, se propuso hacer frente á todos los peligros, y tratar á lo menos á la señora F...... con toda la arrogancia que puede sacar una muger de los derechos mas legítimos del honor y de la Religion. No sé quáles hubieran sido las resultas de una empresa tan mal concertada. particularmente en un dia en que Tenermill de-

xaba con la señora F....... tres de sus mayores amigos: mas quiso la casualidad que llegando yo en mi silla al mismo tiempo que el coche de Viterbb, conocí inmediatamente á mi cuñada, de cuya boca supe un designio que no podia ya ocultar. Halléle menos reprehensible que arriesgado para sus propios deseos; y haciéndola presentes mil razones que habia para temer que un paso tan inconsiderado alejase de ella mas que nunca la voluntad y corazon de su marido, la propuse otro modo de reducirle, que me inspiraron las mismas circunstancias, y què la fuerza de su cariño la precisó á aprobar á pesar de su altivez. En lugar de las reconvenciones, y quizá de las injurias de que estaba resuelta á llenar á su rival, la aconsejé tomase bastante imperio sobre sí misma para atacarla por los caminos mas dulces de la lisonja y de la amistad. El corazon de mi hermano, la dixe, y el de la misma señora F....... no son corazones de tigres: la modestia y la dulzura hacen impresion en los mas insensibles. Probad á lo menos este recurso, que no costará tanto como el de la violencia á una muger prudente y virtuosa. Quiero, añadí, abriros la carrera, por medio de una conversacion de algunos momentos, que voy á proporcionarme con la señora F...... y entretanto meditareis lo que habeis de decirla. Sin prevenirla acerca de vuestra visita, prepararé su voluntad á favor vuestro con los elogios que la haré de vuestra índole. En fin de ella es de quien espero vuestra felicidad, y a pesar de las miras que me traian, no conozco mejor medio que el que os propongo.

Nada me ha convencido tanto de que el corazon de las mugeres es capaz de toda especie de impresiones, y que sus flaquezas y virtudes naturales dependen quasi siempre del modo que se tiene de presentarlas los objetos, como la facilidad con que mi cuñada se rindió á mi consejo. Puede tambien sacarse de esto otra conseqüencia en favor de su caracter. El olvido de sí misma que la precipitó en una falta vergonzosa antes de su matrimonio, no impedia que juntase á mucho talento y una buena crianza, principios de virtud y de modestia, en que no se debe negar volvió á entrar muy sincéramente. Una pasion violenta cede alguna vez el lugar á la razon, que llega á ser mas poderosa que ella, despues de haber sido antes sacrificada al deleyte: pero segun el calor del resentimiento que la traía á *las Sazones*, no me lisonjeo de una falsa gloria, atribuyendo la moderacion de que en un momento se hizo capaz, á la fuerza y verisimilitud de mi consejo. Una vez concebida esta idea la extendió aun con sus reflexîones, y lo que añadió fué todavia un auxîlio mas poderoso para el felíz éxîto de sus deseos.

La supliqué se quedase en su coche á alguna distancia de nuestra casa, y conviniendo con ella en que por alguna seña que haria yo á mi criado, iria él á advertirla del momento en que la convendria presentarse, no tardé en hacer mi visita á la señora F..... Pedí permiso para verla á solas, y me hizo aguardar largo rato; pero atribuí esta lentitud a su mismo apuro. Sin embargo, llena mi imaginacion de la idea que acababa de

inspirar á mi cuñada, me proponia aliviarla con mis agasajos; y lo executé con tanta felicidad, que sirviendo para disipar todas sus sospechas el semblante tranquilo con que la saludé, se recobró al punto de una alteracion, que no pudo menos de causarla mi primera vista, y recibió mis primeros cumplidos con bastante afabilidad. No busqué rodeos pára explicarla el objeto de mi visita. Continuando en el sistema de observar en mi discurso los mismos miramientos de moderacion y cortesía, la hablé de su familiaridad con mi hermano, como de un trato que alarmaba á toda mi familia, y que causaba sobre todo mortales inquietudes á mi cuñada. Interrumpióme, y previniendo al parecer á lo que iba á parar mi razonamiento, empleó toda la maña de que era capaz, para evitar unas explicaciones que la ofendian. En nada pensaba yo menos que en agraviarla; pero creí que me daba alguna ventaja sobre sí manifestandome este pundonor; ó por mejor decir, debo confesar que siendo muy contraria la idea que tenia yo formada en virtud de tantas relaciones como me habian hecho de ella poco favorables, estaba muy distante de esperar que pudiese ser sensible á la confusion de su desorden; y contento por verla á lo menos con aquellas apariencias de decoro, no desconfié de hacerlas volver en ventaja de mi proyecto: por lo que no insistí un momento en mis reconvenciones. Dando por el contrario un rumbo muy distinto á mi discurso, atribuí á la maledicencia ciertas voces tan ofensivas á su persona como funestas para Milady Te-

nermill ; y tomando despues pretexto del nombre de mi cuñada para hablar de ella con elogio, la pinté como una de las mugeres del mundo, que menos merecian la indiferencia de un marido.

La opinion que tenia la señora F...... de mi caracter, sirvió sin duda para que hallase mas verisímil la idea que de ella mostraba. ¿Cómo se habia de figurar que un hombre, cuya firmeza y teson experimentó muchas veces, y á quien seguramente jamás pintó Tenermill con otros colores mas dulces, pudiera reprimirse hasta encerrar dentro de sí mismo todos los impulsos de su zelo, si estuviese bien informado de la naturaleza de sus malos hábitos? dióla tal confianza esta reflexîon, que mirando quizá mi error como un incidente favorable á todos sus deseos, se entregó al gusto de confirmarme en él, por la descripcion de las diversiones con que pasaba su soledad. La pintura no ofrecia otra cosa que inocencia ; y quando en ella mezcló á Tenermill y sus amigos, se esforzó á representarme todos sus placeres por aquel lado que era capaz de lisonjearme el buen gusto y la razon, como si estas dos cosas fuesen las únicas á que toda su compañia era sensible. No pudo evitar el hablar de Milady ; pero lejos de oponerse al elogio que hice de su mérito, añadió á él diversos lances, que me dixo habia oido con mucha complacencia ; y no tuvo dificultad en asegurarme que tenia ardientes ganas de conocerla.

Tenia yo dada órden á mi criado de que se

estuviese en algun parage desde el qual pudiese descubrirme, y luego que vió la seña en que estabamos convenidos, corrió á avisar á mi cuñada, á la qual hubiera yo querido presente, en un instante en que su rival se declaró tan felízmente por mí. Puse todo mi cuidado en sostener la conversacion sobre el mismo asunto, y continuaba sacando de ella nuevas expresiones de inclinacion y de afecto á la muger de su amante, quando me vinieron á avisar la llegada de Milady Tenermill, que queria entrar á verla. Su mudanza de color y el apuro que este recado la causó, me hicieron tomar inmediatamente la palabra, para demostrar el gozo que sentia yo con un encuentro tan agradable. Milady, la dixe, quedaria sumamente ufana de vuestros sentimientos, si pudiera escucharlos; y tal vez no aguarda hallarse con una amiga ya tan declarada, en una ocasion en que viene ciertamente á pediros á vos misma vuestra estimacion y amistad. Pero quiero, añadí, que al entrar en esta sala sepa desde luego de mí lo que debe esperar. Mas turbada la señora F.... que lo que yo pudiera imaginarme de una muger de su ilustre nacimiento, que á mucho talento juntaba toda la finura del uso del mundo y trato de éste, se quedó por algunos instantes sin hallar expresiones para responderme.

Milady en el ínterin iba ya entrando acompañada de Viterbb, é inmediatamente que me descubrieron ví que ambos buscaban en mis ojos lo que debian juzgar de mis primeras diligencias. Puse un semblante risueño, y adelantando

mis pasos ácia mi cuñada, la dixe en voz bastante alta para que la señora F.... lo oyese: qualquiera que sea, señora, el motivo que aqui os trae, sabed que sois en esta casa mas conocida y amada de lo que creeis. Estoy contentísimo con lo que acabo de oir, y si vos sois sensible á la estimacion y á la amistad, debeis estar agradecida al fino afecto que aqui se os profesa. Mi cuñada, que habia tenido bastante tiempo para estudiar su papel, abrazó al instante á su rival, y la pidió tan naturalmente su amistad, que nada podia dispensar á la señora F...... de prometérsela en el mismo tono. Empeñáronse asi en una conversacion muy tierna; y en medio de este ardor volviendo Milady al parecer sus reflexîones al asunto de su felicidad, preguntó admirada á Viterbb ¿si no confesaba que la voz pública está sujeta á muchas imposturas y si aguardaba segun lo que les habian contado que pudiese ella adquirir tan fácilmente una amiga en la señora F.....? Tenia Viterbb por naturaleza un tono de voz tan áspero, como alta y arrogante era su estatura. Fingiendo pues suavizar su voz, y acompañándola con una afable sonrisa, confesó que no acertaba á volver de su admiracion. Lo que yo veo, nos dixo, me servirá de leccion durante toda mi vida para desconfiar de las relaciones de la maledicencia; y quando os propuse, continuó dirigiéndose á mi cuñada, que vinieseis á informaros por vuestros ojos del caracter de Madama, no os he dicho ni todo el agravio que sus enemigos la han hecho, ni toda la impresion que su malignidad

hacia en mí. Temí causaros demasiado pesar con su relacion, y demasiado susto con mi proyecto. Porque si me permitís esta franqueza, añadió volviendo á su semblante y voz toda su aspereza natural, fué tanto lo que me indigné al oir que Madama mantenia con vuestro marido un comercio escandaloso de que vos erais la víctima, que venia con ánimo de insultarla cruelmente, y desafiar á Tenermill si le veía dispuesto á tomar partido á su favor. Perdonad, señora, prosiguió volviéndose con un cumplimiento forzado ácia la señora F...., perdonad expresiones tan groseras á un Irlandés cuyo genio siempre ha sido algun tanto adusto. Conozco que basta veros y oiros para formar de vos una idea bien diferente.

Un cumplido de esta especie, que á mí mismo me asustaria, si no penetrase la intencion de Viterbb, acabó de sorprehender á la señora F.... Sea que se imaginase que se ignoraban sus confianzas con mi hermano, y que la confusion produxese en ella el efecto del arrepentimiento, sea que teniendo menos pertinacia que ligereza é inclinacion al placer, no viese ya nada de felíz para sí misma en las resultas de una comunicacion tan manifiestamente combatida, sea en fin que empezase á acordarse del claro esplendor de su ilustre casa, y de aquel modo noble de pensar que es como el dote principal de las españolas, tomó el partido, recobrándose de su turbacion, de prorumpir en amargas quejas de la injusticia que hacian á sus sentimientos. Veteis, replicó friamente Viterbb, que todo esto

está fundado en la familiaridad en que tal vez vivis con Milord; y si me creeis capaz de daros un buen consejo, cortareis ese pretexto á la calumnia. Hubiera vuelto a empezar de nuevo el apuro de la señora F..... si satisfecha mi cuñada con verla humillada y temblando, no procurase aumentar sus caricias, para quitarla todas las sospechas que pudo quizá formar de que procediamos de acuerdo. Yo estaba incierto del fin en que podria parar esta escena, y buscaba en mí mismo algun medio de asegurar un buen éxîto, quando nos avisaron que Milord Tenermill acababa de llegar de S. German; noticia que hizo al parecer respirar á la señora F..... al paso que el temor se pintó sensiblemente en el rostro de mi cuñada. Yo tambien con la sorpresa de una circunstancia tan imprevista me hallaba dudoso sobre el partido que debia tomar; pero Tenermill entraba ya en el quarto; y precipitando sus pasos por los informes que recibió del portero, parecia que su modo de andar nos anunciaba tanto furor como impaciencia.

¡Qué admiracion la suya al ver á su muger sentada al lado de la señora F..... y á mí enfrente de ellas, que me esforzaba á sostener las apariencias de alegria con que procuré adornarme durante toda nuestra conversacion! Levantámonos luego que le vimos; pero su sorpresa le detuvo algunos momentos á la puerta del quarto en que estábamos Comprehendí que este instante era decisivo. Animé pues á mi cuñada con una mirada, y excitándome yo mismo al valor, dí algunos pasos ácia él. Han ocurrido, le dixe,

grandes mudanzas en tu ausencia, y el cielo quiere arreglar tus asuntos domésticos, con tanto cuidado como ha restablecido tu fortuna en la Corte. La señora F..... está resuelta á volverse á España: no te lo dirá sin dolor, continué mirándole como á hurtadillas y con un rostro afable para darle á entender que estaba de inteligencia con ella; pero su partida es necesaria. Antes de que ésta se verifique podrás ya alojar en tu casa á Milady, y tendrás la satisfaccion de ver á dos personas que amas, unidas con una amistad muy estrecha en el momento que comienzan á conocerse. Iba yo á proseguir, y confieso que segun mi turbacion hablaba quasi á ciegas, siguiendo únicamente la impresion que me quedaba del método que observamos con la señora F..... Me lisonjeaba de que movida, como daba motivo á pensarlo, por el temor y por la vergüenza, tomaria el camino que yo la abria para salir honradamente de un lugar en que no podia ya prometerse ni seguridad ni honor; y con este pensamiento no temí tampoco fortificar el motivo que la suponia de partir, por medio de algunas palabras ambiguas que podian dar á entender á Tenermill que ella deseaba ocasion, y que no era tanto su inclinacion como una condescendencia forzada la que la detenia en *las Sazones* desde el casamiento de Milady. Mi arenga, aunque poco reflexîonada, produxo mas efecto que lo que yo podia esperar; pues tomando Tenermill todas mis expresiones en el sentido que á primera vista ofrecian, y no pudiendo pensar que prestase yo á su señora F......

unos sentimientos que no tenia, ó que pudiera ella negar, se picó bastante de aquellos que yo la atribuía, para fingir que llegaba á saberlos con mucha indiferencia. Sirviónos tanto mejor su soberbia, quanto llegando al extremo de ni siquiera mirarla, temeroso de manifestarla con sus ojos su inquietud, solo pensó por el contrario en disimular el pesar que le atormentaba. Sentóse, y demostró con algunas expresiones frias y el mayor desinteres que pudo afectar, que no habiendo jamás pretendido detenerla contra su voluntad misma, no la haria la menor violencia para que se quedase. Agraviése tambien la señora F.... por su parte de una moderacion que tanto se parecia á desprecio; pero no siendo ni menos altiva ni menos capaz de disimular su flaqueza, se esforzó á contestarle en el mismo tono, que tampoco tenia motivo alguno para sentir el marcharse, y que se alegraba de tener por testigos de sus disposiciones á unas gentes capaces de justificarlas con su testimonio. Levantóse redoblando sus agasajos á mi cuñada. No sé si en caso de sospechar él que pensaba en partir inmediatamente, se alarmaria hasta el punto de hacer algun movimiento para detenerla; pero le anunciaron en el mismo instante la venida del Conde y la Condesa de S...... que acababan de llegar de París, sin preveer á la verdad que le encontrarian en *las Sazones*, pero contando no obstante con que volveria ácia el fin del dia, y proponiéndose unir sus instancias á las mias y á las de Milady, para reducirle á las obligaciones de su matrimonio. Á

ella era á quien la ocurrió este pensamiento, despues de aprobado el plan que el cielo me inspiró: ella despachó uno de sus criados a Paris, para instarles á venir inmediatamente á *las Sazones*: ella les pidió tambien que traxesen en su compañia á su hijo á quien habia dado á criar en un arrabal de Paris á una Irlandesa que la recomendé yo mismo. Todavia no le habia visto Tenermill, aunque no le ocultamos que le dió á luz en una ciudad de Flandes. Tomando Milady el partido de hacer uso de todos los medios mas dulces de la ternura para ganar á su marido, con razon pensó que la vista de un hijo de aquella edad haria alguna impresion en el corazon de un padre: todo lo demás era invencion de Viterbo.

Vuelto Tenermill de S. German mas pronto de lo que esperábamos, por no haber encontrado al Rey que partió aquella mañana á Fontainebleau, se quedó tan atónito con lo que vió en su casa, que un corazon menos animoso mostraria mucho mas apuro en la misma situacion. Quando á la inquietud que no pudo evitar, se añadió la que le causó la llegada del Conde y la Condesa, perdió la atencion con que estuvo á la respuesta de la señora F.. .., y mientras él se apresuraba á salir á encontrar al Conde, no reparó que ella salia del quarto, y aun se receló menos de la resolucion en que estaba de marchar inmediatamente á París. Me pareció penetrar los intentos que la obligaban á huir. Me aproveché tambien del movimiento que causó la llegada del Conde y de la Condesa, para

dar secretamente órden á mi criado de que observase sus pasos; y quando un instante despues comprehendí con sus señas que ya no estaba en la casa, me hallé con el espíritu mas libre, y no dudé que el partido de Milady se haria mas fuerte.

En efecto, como si el cielo tuviese cuidado de dirigir la lengua del Conde, sus primeros cumplidos fueron enhorabuenas por la perfecta armonía que veía reynar entre mi hermano y su muger; y no dudando que acabaria yo felizmente lo que por su auxîlio se esperaba conseguir, tomó el tono mas sério de la razon y de la amistad para demostrar á Tenermill que el partido á que le suponia determinado, era el único que convenia á su honor y á su fortuna. Un discurso, que tan oportunamente ayudaba á nuestros esfuerzos, produxo sin duda un nuevo movimiento en el corazon de mi hermano. Leía yo en sus ojos el exceso de su agitacion, y lo mismo observó Milady, que persuadida de que toda la felicidad de su vida dependia de aquel felíz momento, se levantó de su silla para arrojarse á los pies de su marido, y abrazándole despues con un ardor, en que fácilmente se dexaba ver que tenia mas parte el cariño que el mismo interes que parecia la ocupaba del todo. Le pidió el reposo, el honor, la vida, que dependian de los sentimientos que le suplicaba tomase por ella; y si era acaso la sumision lo que él exîgia en una muger, no queria vivir sino para obedecerle y agradarle. ¿Si era amor y agradecimiento, habia consagrado su corazon á

estas dos tiernas pasiones, y no era mas fuerte la ley que su obligacion la imponia, que la de sus propios deseos. ¿Qué faltaba pues para obtener lo que Milady pedia con tantos títulos? ¿era menester olvidar todos sus derechos para confesar que ella todo lo tenia de su bondad? pues pronta estaba á mirarlo todo como un favor.

Interrumpimos esta ardiente efusion de sentimientos, tanto para aliviar la ternura de nuestro corazon, como el empeño de Tenermill. El mio estaba penetrado de lo que oia. ¡Ah! Milord, exclamé vertiendo algunas lágrimas, serías demasiado enemigo de la virtud, si el deber te pareciese riguroso baxo este aspecto. ¡Pues qué! le dixo la Condesa, ¿serías tan insensible que resistieses á tanta dulzura y atractivos? El Conde se unió á nosotros con un tono mas compuesto: Milord, dixo á mi hermano, trabajo me costaria comprehender lo que en una muger buscas, si no te interesasen tanto amor y tanto mérito, quando la bondad del Rey junta tambien todas las ventajas de la fortuna. Viterbb en fin que hasta entonces habia podido contenerse, añadió como quien estaba impaciente: Milord, Milord, dispénsase uno algunas veces de guardar ciertos miramientos con una soltera, á quien ha engañado; pero el honor tiene otras leyes en el matrimonio: ¿y pensais que lo que no se haria por una muger, no se debe á su familia?

Iba Tenermill á responder, y siempre he estado persuadido de que cediendo ya á la fuerza de las circunstancias, solo buscaba expresiones

para explicarnos la mudanza de sus ideas; pero la Condesa se anticipó, presentándole á su hijo, que acababa de recibir de los que le traxeron. Yo mismo me sorprehendí con un espectáculo que no esperaba, y me hubiera reido de la imaginacion de mi hermana, si el efecto de esta nueva escena no me persuadiese que conocia mejor que yo los secretos de la naturaleza. Miró Tenermill algunos momentos aquel niño que le precisaban á reconocer por hijo suyo, y despues puso los ojos en su muger. Sus miradas iban animándose por grados, y aun se le encendió bastante el rostro. Si no se le escapaba ni una sola palabra, parecia que lo que la ataba la lengua ó era meramente la confusion, ó algun otro motivo de recelo. En fin inclinando la cabeza sobre la cara de su hijo, le apretó un brevisimo instante con sus labios; y con el mismo movimiento, se levantó en ademan de enamorado, y abrazando mil veces á su muger, juró seria perpetuamente fiel, y no separarse de ella jamás. A unas caricias tan expresivas, y que se conocia eran sincéras, no dio Milady otra respuesta que lágrimas de ternura, con las que nosotros mezclamos las nuestras.

FIN DEL TOMO QUARTO.

NOTA DEL EDITOR FRANCES.

« Debo dar cuenta al Lector de las razones »que ha habido para limitar á doce Libros esta »Obra, que al principio se creyó dividir en »mas. En las Memorias del señor Dean de »Killerine habia con que cumplir esta idea; »pero lo que debia componer los restantes se »halla tan diferente del objeto de los prime- »ros, que apenas podria pasar por continua- »cion de la misma Obra. Son únicamente acon- »tecimientos militares ó negociaciones políti- »cas, que ninguna relacion tienen con el títu- »lo de *Historia Moral*, ni con el intento que »parece haberse propuesto el señor Dean. Aun »quando algun dia se tomase el partido de pu- »blicarlos, sería baxo otro título, y con otros »fines.

»Lo que aqui se echa menos, y lo que se »hubiera intentado insertar en el Libro XII, á »haber sido posible sin alterar el fondo de la »Historia, es solamente la traslacion del teso- »ro eclesiástico de Milord Linch, con algunas »circunstancias pertenecientes tambien á la for- »tuna y establecimiento de nuestros ilustres »hermanos.

»Pero á los que se interesan en el tesoro »bastará saber que pasó felizmente la mar, que »se repartió de órden del Rey Jacobo entre un »gran número de Comunidades Inglesas, que »se establecieron en Francia y en los Paises- »Baxos.

„Por lo que hace á los tres hermanos, aquel
„que tanto se ha nombrado; esto es, Patri-
„cio, se retiró al Condado de Antrim, des-
„pues de hacer al Rey señalados servicios, y
„pasó el resto de su vida con la amable Sara,
„á la que satisfizo con un cariño sin igual de
„todos los anteriores disgustos, y en cuya
„compañía disfrutó sin interrupcion la felici-
„dad que acompaña al amor, quando está fun-
„dado en la virtud.

„Milord Tenermill, menos inclinado al so-
„siego por su índole, continuó sirviendo al
„Rey hasta su muerte, y halló á quel Prín-
„cipe tan fiel á sus promesas, como él á todos
„sus últimos empeños y obligaciones. Sus hijos,
„que estan establecidos en Francia, han re-
„cobrado el título de su casa, heredando los
„bienes de su padre.

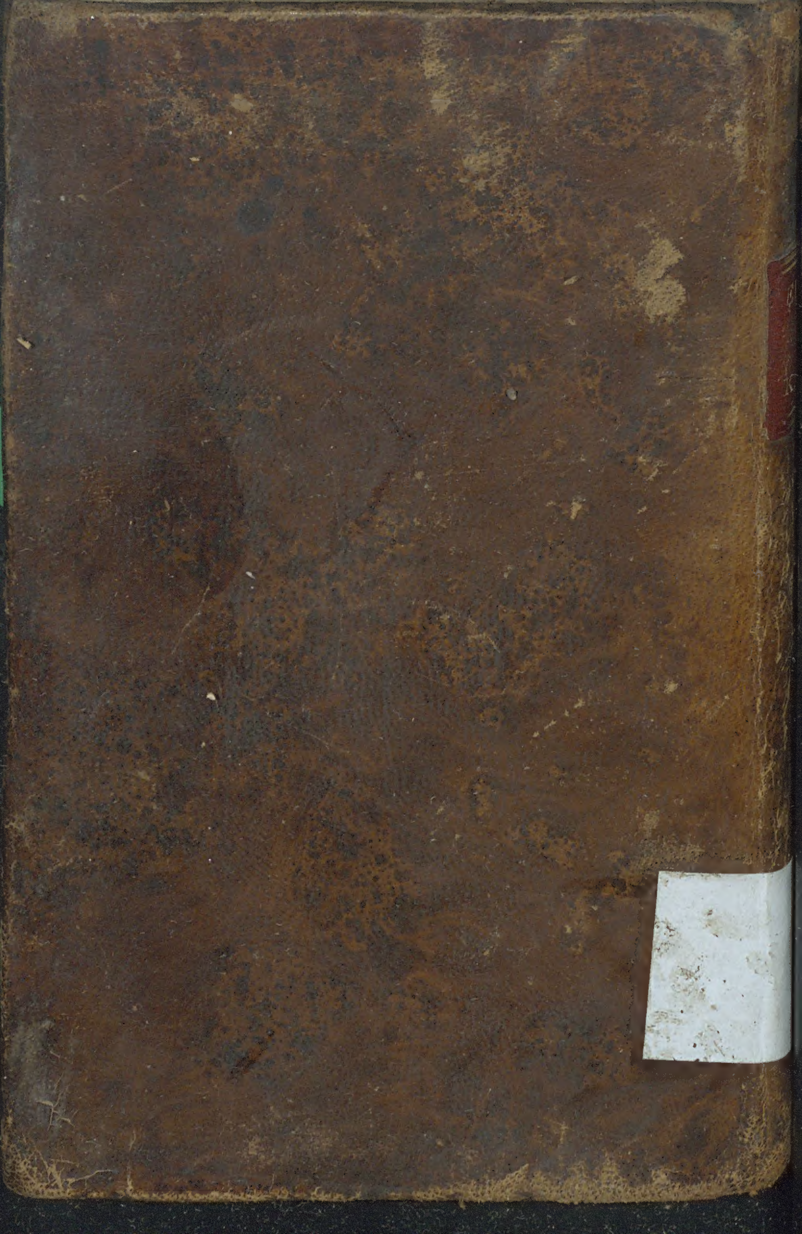
„Finalmente el virtuoso Dean pasó lo res-
„tante de sus dias, unas veces en S. German,
„otras en Irlanda, con la confianza del Rey, el
„tierno amor de su familia, a quien él hizo
„dichosa á costa de tantas penas, y el respeto
„de sus compatriotas, ocupado en cumplir
„continuamente tres objetos de su zelo, y
„teniendo la mayor satisfaccion en escribir la
„Historia de sus hermanos."








EL DEAN
DE
KILLERIN
4
316
449




colorchecker CLASSIC
calibrite
mm